Kipling - Ocampo
Unamuno - Wells y otros

Antología del cuento extraño

4

Selección, traducción y noticias biográficas de
Rodolfo J. Walsh

Largos o breves, estos relatos tienen la característica común de describir insólitas experiencias o de situarse en un clima extraño en el que la realidad prosaica y cotidiana no halla cabida.

Lectulandia

AA. VV.

Antología del cuento extraño 4

Antología del cuento extraño - 4

ePub r1.0
Ascheriit 12.11.16

Título original: *Antología del cuento extraño 3*
AA. VV., 1976
Traducción: Rodolfo Walsh

Editor digital: Ascheriit
ePub base r1.2

1

Metamorfosis
Ramón Gómez de la Serna

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA, el múltiple y regocijante escritor español, nació en Madrid en 1888. Ha escrito novelas en serio y en broma, ha escrito biografías, cuentos y libros de arte, ha reivindicado el chiste, ha dictado conferencias desde un trapecio, ha inventado un nuevo género literario —con lo escasos que andan y como prueba máxima de vitalidad y resistencia está, desde hace varios años, radicado en Buenos Aires.

No era brusco Gazel, pero decía cosas violentas e inesperadas en el idilio silencioso con Esperanza. Aquella tarde había trabajado mucho y estaba nervioso, deseoso de decir alguna gran frase que cubriese a su mujer asustándola un poco. Gazel, sin levantar la vista de su trabajo, le dijo de pronto:

—¡Te voy a clavar con un alfiler como a una mariposa!

Esperanza no contestó nada, pero cuando Gazel volvió la cabeza vio como por la ventana abierta desaparecía una mariposa que se achicaba a lo lejos, mientras se agrandaba la sombra en el fondo de la habitación.

2

Gemini
G. B. Stern

GLADYS BRONWYN STERN, novelista inglesa, nació en Londres en 1890. Obras: *Panthomime* (1914), *The Back Seat* (1923), *Tents of Israel* (1924), *Thunderstorm* (1925), *Debonair* (1928), *Mosaic* (1930), *Monogram* (1936), *The Woman in the Hall* (1939), *Another Part of the Forest* (1941), *The Young Matriarch* (1942).

—Oye… ¿qué ha sido de David Merriman? La pregunta era formulada a menudo, pero aquella noche había urgencia por conocer la respuesta. Se echaba de menos a Merriman. Se echaba de menos su vitalidad, su buen humor y su ridícula costumbre de entrar en interminables divagaciones, cualquiera fuese el tema en discusión, como un río desbordado al que es preciso oponer un dique.

Hasta seis semanas atrás, Merriman era accesible a cualquiera, y en todo momento; pero últimamente circulaban sobre él extraños rumores. En efecto, no habia desaparecido, a la manera de Waring y de otras misteriosas victimas del *Wanderlust*:

> What's become of Waring
> Since he gave us all the slip?…[1]

Corpóreamente, estaba aún en Londres, en su casa, aunque en una oportunidad se había ausentado por espacio de un mes, sin dejar indicio alguno sobre su paradero. Pero, socialmente, había abandonado a sus amigos. Y las noticias que se tenían de él eran inquietantes: «Dicen que ha dejado su empleo en la Gaceta. Dicen que se ha convertido en químico analítico, o algo parecido; que está buscando el elixir de la juventud, como si Vardaroff no hubiera tenido ya la gentileza de encontrarlo; que se pasa todo el día y la mayor parte de la noche enfundado en su bata, barbudo, llenando y vaciando botellas; que después destroza las botellas y que su casa es una pila de vidrios rotos; que no quiere ver a nadie y que está buscando no se que coca… Oh, dicen esto y aquello y lo de más allá».

—Vamos. Estoy harto de oír esas cocas. Vayamos a sacarlo de su madriguera. Lo haremos vestir y afeitarse y pasar la noche con nosotros, como un ser humano.

Prentice fue a sacar su automóvil del *garage*, y salieron en busca de David Merriman.

Los tres amigos de David Merriman estaban inquietos por él, aunque creyesen que lo único que extrañaban era su compañía regocijante y jovial. Al hombre que viajaba con ellos, en cambio, no le importaba. Era un conocido reciente, que Johnny Carfax había llevado aquella noche por casualidad. Más joven que los otros, más elegante y mejor parecido; un mozo atractivo, que daba la impresión de vivir en un mundo de aventuras secretas y no demasiado escrupulosas.

No era difícil imaginarlo usando la chaqueta sobre los hombros, sin meter los brazos en las mangas. Un hombre acostumbrado a las conquistas fáciles. Parecía divertirle todo aquel alboroto en torno a David Merriman. Sus labios dibujaban una sonrisa desdeñosa.

—Si el pobre diablo quiere que lo dejen solo para romper frascos de remedio…

En realidad, le incomodaba que lo sacaran del confortable departamento de Prentice, una vez que lo habían llevado allí. Era una noche ventosa, el *whisky* era bueno, y ¿qué importaba Merriman, al fin de cuentas?

—¿Por qué no llaman por teléfono? —sugirió perezosamente.

Pero los otros no le prestaron atención. Era el más joven, y además un extraño… un extraño bastante entrometido. No querían extraños. Querían que regresara Merriman. El mismo Johnny Carfax se preguntó para qué diablos habría traído al joven Theo Strake.

¿Qué le ocurría a David?

Tenía un departamento en el centro de la ciudad. Aquella noche el centro estaba desierto. El viento circulaba por sus calles vacías, en lugar del gentío y el tránsito habituales. El departamento de Merriman estaba en el último piso. Llamaron y llamaron a la puerta, sin obtener respuesta. De pronto se oyó un estallido, y casi en seguida un líquido sombrío empezó a filtrarse por debajo de la puerta. Era demasiado melodramático para ser verdad; y Theo Strake se echó a reír al ver las caras blancas de sus compañeros.

—Eso no es sangre —dijo con burlona seguridad—. Yo he visto mucha sangre. Huelan, si no me quieren creer. Es… sí, vermut Cinzano.

Pero Prentice había perdido la cabeza y golpeaba la puerta como si abrigara esperanzas de derribarla. La puerta se abrió de pronto y apareció Merriman, semejante a una ilustración convencional de las siniestras historias que habían oído de él.

Parecía Lucifer caído del cielo, tras el porrazo. Estaba sin afeitar, en bata y pantuflas. Pero, aparte de esos detalles puramente externos, tenía un aspecto salvaje, de perseguido y exhausto. Y no parecía tan satisfecho de la visita como cabía esperar de un hombre con fama de jovial.

—¿Quieren entrar? —preguntó abruptamente.

—¡No seas tonto, Merriman! —replicó Carfax, impaciente—. ¿Crees que hemos venido para quedarnos afuera y hablar a gritos detrás de la puerta? Si tienes algo que ocultar, mételo en la alacena lo antes posible: sea hombre, mujer o lo que fuere. Te

damos cincuenta segundos de plazo.

Merriman se encogió de hombros.

—Tengo algo que encontrar; nada que ocultar.

—¿La voluntad perdida?

Sonrió maliciosamente, ya más parecido al David que ellos conocían.

—El cóctel perdido —dijo—. Adelante, pasen… Quizá no lamente que hayan venido. Esta habitación apesta a enigmas, y estoy harto de andar a tientas. Si tú quisieras ir a Hungría, Johnny, ¿cómo harías? ¿Irías a la estación a comprar un billete? ¿Tomarías el tren, y después un barco, y nuevamente el tren? ¿Harías eso? Bueno, pues eso es justamente lo que yo no puedo hacer. ¡Oh, esa espléndida e insolente simplicidad de ir a la estación y comprar un billete de ferrocarril! En cambio yo… ¡Aquí me tienen, varado! ¡Les digo que es para volverse loco!

¿Loco?… El piso de la habitación, sin barrer, estaba atestado de botellas, así como las mesas, las sillas y las estanterías. Vasos sanos y rotos yacían desparramados por doquier; vasos mediados de líquidos pálidos, incoloros o levemente dorados, de un verde claro o un maligno rojo oscuro. Y David Merriman, parado en mitad de aquel desorden fantástico con sabor a alquimia, como un geniecillo desesperado en *robe* de chambre, agitaba los brazos y gritaba, dirigiéndose a alguna invisible agencia de viajes que debía llevarlo a Hungría, y que en cambio lo dejaba en Londres:

¡Sésamo, ábrete! ¡Maldito seas! ¡Ábrete!

¿Qué diablos significaba todo aquello? Era increíble: increíblemente idiota.

—Será mejor que nos cuentes lo que ocurre, David —sugirió Carfax. Tanto él como Prentice y Richardson habrían deseado que su nuevo acompañante no presenciara aquel espectáculo de un Merriman desintegrado.

—Mira —dijo Richardson, que era el espíritu más obtuso del grupo—, mira, Merriman: si quieres ir a Hungría, aunque no se me ocurre por que alguien ha de querer ir a Hungría… Pero si quieres ir… ¿por qué no dejas el asunto en manos de la agencia Cook, o Lunn, o cualquiera de ellas? Supongo que andas detrás de una mujer ¿eh? He oído decir que son morenas y gitanas… No es mi tipo. Pero si te quedas aquí sentado, y abandonas a tus amigos, y bebes en exceso, no irás muy lejos.

Merriman lanzó una carcajada.

—¿No iré muy lejos? ¡Pues yo les digo que sí tengo éxito iré más lejos que Cook y Lunn y que cualquier coche-dormitorio! Iré todo lo lejos que quiera ir: al Cielo, a Hungría… Y tú Horacio, ¿crees que bebo demasiado nada más que para embriagarme? —De pronto pareció advertir que Carfax, que era a quien más apreciaba de los tres, parecía molesto por su actitud—. Está bien, Johnny, está bien… lo diré lo que pasa. Entonces podrás juzgar. Horacio no creerá una palabra de lo que diga, y sera divertido contemplar su incredulidad… lo más divertido que haya presenciado en muchas semanas. Por otra parte, yo mismo no estoy seguro de creerme. Por otra parte, yo mismo no estoy seguro de creerme…

»Ustedes sabrán que durante el verano estuve vagabundeando por Europa Central.

Me atuve a los lugares más pequeños. No me acerqué a Praga, a Budapest, a ninguna de las capitales. En primer lugar, porque no tenía ropa presentable. En una aldea de los Cárpatos, St. Rudigund, el dueño de una taberna me pidió que probara una botella de *slivovitz* casero. No lo había hecho él, sino su padre. Me aseguró que era bastante añejo. Solo le quedaban unas pocas botellas. Era una bebida extraña, no demasiado dulce, con un insinuante aroma de ciruelas. Compré una botella para traérmela a casa. A decir verdad, era un pequeño obsequio para Horacio… ¡Agradéceme, Horacio, aunque nunca haya llegado a tu poder! Aquel viejo me hizo pagar por ella un precio tan extravagante, que al fin de cuentas decidí no regalarla.

»Cuando volví al país… ¿Recuerdan aquella noche en que los invité a cenar, y después, cuando ustedes vinieron, no me encontraron?».

Prentice asintió. Él había sido uno de los invitados. Aquél fue el principio de las extravagancias de Merriman y de todos los rumores que corrían sobre él…

—Había resuelto preparar los cócteles antes de que ustedes llegaran, cuando se me ocurrió que podía inventar uno nuevo, con un poco de *slivovitz*. Abrí la botella y mezclé el cóctel en un vaso. Aquel vaso era para mí: quería probarlo, para ver cómo había resultado el experimento. Apenas le puse algunas gotas de *slivovitz*. Bebí…

»… En el mismo instante me encontré sentado a la mesa de un *cabaret*, en un país extranjero. Bebiendo. La orquesta estaba compuesta por gitanos, auténticos cíngaros. Pensé en seguida que quizá estuviera en Hungría, probablemente en Budapest. Reconocí ese instrumento musical que ellos tienen, semejante a un piano, y que tocan golpeando las teclas con dos palillos rematados en bolitas.

»No, no, no se trataba de una alfombra mágica ni de otra tontería semejante. No me quedé dormido, ni soñé ni atravesé el espacio. Me encontré allí simplemente… allí y no aquí. Es muy sencillo. Tú mismo, Horacio, aceptas diariamente cosas mucho más absurdas, porque estás acostumbrado a ellas. En otras circunstancias, sencillamente no creerías las cosas que ahora crees.

»Pues bien, lo cierto es que allá estaba yo, y como si fuera la cosa más natural del mundo. El café era uno de esos lugares agradablemente irresponsables, adonde uno no puede llevar a su propia hermana y adonde no la llevaría aunque pudiese: lujoso, caro y pintoresco. Había mucha gente.

»La música gitana se deslizaba por el recinto como un agua reluciente; imposible recogerla, recordarla más tarde, pero en el momento le proporciona a uno un auténtico placer. ¿Les dije que no había mujeres entre los parroquianos? El café se llamaba Kiss Ludo. Vi el nombre, al revés, sobre la entrada. No es broma. Los besos son frecuentes en Hungría… Kiss Ludo. El nombre de pila primero. De pronto trajeron tres enormes bandejas con tapas de plata. Todos aplaudieron cuando fueron destapadas y aparecieron tres muchachas cubiertas de flores. Tú tambien habrías aplaudido, Horacio… —Merriman observó con fastidio a Theo Straker, como si acabara de advertir que había un intruso y le hubiese cobrado a primera vista una violenta antipatía—. Sí, la sorpresa habitual en los *cabarets* del Continente.

»Pero aquellas muchachas eran verdaderamente hermosas. Una de ellas… —Bajó la voz, y nuevamente sus menos realizaron mecánicamente el ademán de mezclar un cóctel, como si hubieran repetido tantas veces ese movimiento que ahora actuaran sin intervención de la voluntad de su dueño—. Una de ellas era bellísima. Me recordaba aquellas estampas de Kirschner que a comienzos de la guerra solíamos clavar con tachuelas en las paredes de nuestras barracas, ¿recuerdan? Vivaz, joven y maliciosa. ¡Una maravilla! Tenía cabellos rubios rizados, y un cuerpo ondulante y reluciente, como una pera de oro. Saltó de su bandeja y corrió ligeramente había mí; sí, directamente a donde yo estaba, y se arrodilló en una silla a mi lado. Les confieso que me sentí halagado.

»Hablaba un poco de francés, mas o menos como yo. Esperó a que la música y los ruidos invadieran nuevamente el recinto, y entonces murmuró:

»—Llévame de regreso. Estoy asustada. Me gustas, te quiero, pero estoy asustada.

»—¿Que te lleve de regreso? ¿Adónde? —Me quedé de una pieza cuando contestó: "¡A la escuela!".

»La escuela, dijo, estaba a unas treinta millas de Budapest, en la llanura. No podía explicarme con claridad —su francés, o el mío, era demasiado limitado— cómo había llegado en esa bandeja, debajo de aquella tapa, al Café de Kiss Ludo. No parecía el lugar más adecuado para una discípula de un Seminario de Jóvenes, pero creí entender que se trataba de una broma; que quería ver la vida; que estaba aburrida de la escuela, y que se había hecho pasar por una tal Marishka, cuyo nombre figuraba varias veces en la historia que me contó que ahora estaba cansada de bromas y que… por favor, ¿quería yo llevarla de regreso?

»—Me gustas, te quiero, estoy asustada —tal era su estribillo. Me pregunté cómo habría salido del paso si no hubiese encontrado a nadie a quien apreciar o amar con tan angelical confianza en que la simpatía seria retribuida y el amor… no. ¡Pero, en fin, todos llevamos adentro algo de caballería andante! Alcé a la pequeña belleza, la cargué sobre mis hombros y salí tambaleándome con ella, gritando y fanfarroneando como si fuera mi presa legítima. Y esto entendido, nadie nos detuvo. Las otras dos muchachas quedaron en el café, y los gitanos seguían tocando sus violines como locos. Su música era una marea oscura y fluida. La atravesamos y salimos a la calle. Dos o tres automóviles aguardaban en la calzada. Le dije que sobornara a algún conductor para que nos llevase a su famosa escuela. Yo no hablaba húngaro. No tenía la menor idea de lo que debería decirle a la directora del internado. Aun ahora no se que le habría dicho, si ella hubiera existido. Pero no existía, como verán en seguida.

»La joven aún llevaba puesta su ropa de baile, un vestido de tenue seda amarilla. Le presté mi sobretodo para que se abrigase. Atravesamos durante casi dos horas aquellas tristes llanuras húngaras, que durante el día tienen un aterciopelado color púrpura y están decoradas de altos girasoles amarillos y gordos gansos blancos, y que aun de noche se adivinan interminables, tendidas hacia el invisible horizonte.

»La muchacha se acurrucó en mis brazos y se quedo dormida… Es hora de que alguien desmienta esa famosa leyenda de “los fríos ingleses”…¡Maldita y estúpida leyenda!

»Por fin nos detuvimos ante unas altas rejas de hierro, que indudablemente constituían la entrada de un gran jardín o de una finca rural.

»—Ahora sé el camino —dijo Carla (se llamaba así), y añadió—: Adiós. ¡Gracias! —Y alzó el rostro para que la besara, la muy desvergonzada.

»—¿Te veré nuevamente?

»—¡Todo depende! —Se había levantado del asiento, lista para bajar.

»—¿Depende de qué? —Sentía pavor de perderla para siempre.

»Aguardé su respuesta, pero fué inútil. Porque en aquel preciso momento me encontré nuevamente aquí.

»No, no puedo decirles cómo ocurrió. Es inútil preguntarme. Lo único que se es que no desperté de pronto, ni caí por la chimenea, ni entré montado en un rayo de luna. Nada de eso. Si la magia obedecía a algún talismán (y no parecía magia, sino algo enteramente natural), ese talismán sólo podía ser el cóctel… Porque al “regresar”, apretaba aún con fuerza en la mano el vaso vacío.

»¿Cuánto tiempo estuve en Hungría? Sí, me imagine que preguntarían eso. Pues estuve allá exactamente el tiempo que falté de mi casa, un tiempo mucho menor del que requiere un viaje de ida y regreso. Habré estado una hora en el café y una hora y tres cuartos en el automóvil; y salí de aquí… a ver, ¿a que hora los había invitado a cenar, Prentice? ¿A las ocho? Supongamos que empecé a preparar el cóctel a las ocho menos cuarto. Eran las once menos veinte cuando la aventura llegó a su brusco término. ¡Y me encontré repentinamente aquí, boquiabierto, con el vaso en la mano y la cristalina risa de Carla en mis oídos, sin tener idea de cómo podía volver a encontrarla!

»Transcurrió una semana antes que se me ocurriera que acaso la botella de *slivovitz* tuviese algo que ver con el asunto. Entonces me vestí con mi mejor ropa —porque en cualquier momento podía ver nuevamente a Carla— y bebí un vaso de *slivovitz*, sin mezcla. Se hubieran reído de ver cómo me temblaba la mano al llenar el vaso. Volqué bastante en la mesa…

»Y entonces…¡No pasó nada! ¡No me moví de donde estaba! ¡Se habrían reído aún más si me hubieran visto parado como un plomo ante la mesa del comedor, esperando ser proyectado a la cuarta dimensión, a Hungría…!

»Me devané los sesos tratando de recordar todas las historias de encantamientos que habia leído. Y llegué a la conclusión de que para que el hechizo obrara del mismo modo y con los mismos resultados, todas los detalles debían ser idénticos. Esperé entonces hasta las ocho menos cuarto, y prepare exactamente el mismo cóctel. Recordaba los ingredientes porque al prepararlo por primera vez los había medido con bastante exactitud. Quería impresionar a Dicky Foster, que siempre se jacta de sus recetas privadas.

»Bebí.

»Esta vez todo salió bien. Me encontré nuevamente en Hungría. Pero no exactamente en el mismo lugar, sino en una gran sala de un castillo. A decir verdad —y puesto que no necesito fastidiarlos narrándoles mis descubrimientos en su orden cronológico—, mas tarde supe que ése era el interior de la “Escuela” de Carla, que yo había visto por afuera. ¿Escuela? ¡Qué demonio de chica! Aquello no era más escuela que esta casa. Era la residencia campestre de su esposo. Y su esposo era un conde, o un mariscal de campo, o ambas cosas a la vez. Por lo menos, sus criados le hacían profundas reverencias cada vez que lo veían.

»… De pronto apareció Carla. Entró en la sala, donde yo contemplaba desconsolado las astadas bestias que decoraban las paredes, preguntándome dónde me hallaba y que iría a ocurrir. Bajó la escalera labrada, muy gran dama, muy decorosa, muy decorativa, y me dijo cortésmente que se alegraba de verme y que lamentaba que su esposo hubiera salido a cazar.

»En conjunto, fue una noche insatisfactoria. Ella no abandonó su actitud glacial. No se parecía en nada a la chiquilla que yo había visto entronizada en una bandeja de rosas. Se mostraba tan remota que yo vacilaba en recordarle su aventura y en preguntarle por que me había engañado, fingiendo ser una colegiala cuando en realidad era una mujer casada. Al fin me decidí. Ella frunció el ceño, desconcertada y colérica. Después una luz de comprensión —muy tenue— apareció en su rostro.

»Esa tiene que haber sido mi perversa hermanita, Carla. Somos gemelas. Yo soy Zena, ella es Carla. Pero somos tan parecidas que es difícil distinguir a una de otra.

»—¿Y ella —pregunté con el corazón latiéndome furiosamente— está ahora en el castillo?

»—Sí, vive conmigo. Yo habría querido dejarla más tiempo en el colegio, pero se negaron a tenerla. Es demasiado caprichosa y alocada. Por eso pensamos casarla lo antes posible con un amigo de mi esposo.

»Después de esas palabras, no quiso hablar nuevamente de Carla. Me disculpé en un francés chapurreado. Pero a Zena, cuyo nombre para la sociedad era Condesa Janoschoza, no le caí simpático, o bien era demasiado virtuosa para demostrarlo. Me conservó a distancia. Cualquiera habría dicho que yo era un vasallo. Estos húngaros tienen un espíritu feudal. Me obsequió con refrescos y me mostró fotografiás. Y yo dilataba mi permanencia, esperando instante tras instante que apareciera Carla. Pero aquella vez no la vi…

»¿Cómo, en nombre del Cielo, se explicaban mi presencia? Yo mismo no la explicaba. Sin embargo, a todos les aprecia muy natural.

»Al fin me encontré de vuelta. Daban las diez. Mi anterior estadía en el paraíso había durado cuarenta minutos más. Quizás esta vez el cóctel fue más pequeño.

»Ustedes podrán imaginar en que estado de animo viví los días siguientes. No me atrevía a “volver”. Temía gastar todo el tiempo que me quedaba, consumir aquella preciosa botella de *slivovitz* en largas, tranquilas y amables conversaciones con la

condesa Zena, tan parecida a la perversa Carla. Tan hermosa, y tan asombrosamente igual, y al mismo tiempo tan diferente en su actitud.

»Sin embargo, logré ver nuevamente a Carla, en mi quinta visita al castillo. Para ese entonces, la desesperación empezaba a apoderarse de mí. Como les digo, en la quinta visita vi a Carla, y no a Zena. Carla me pareció tan provocativa e impetuosa como la primera vez, y no disimuló el afecto que me profesaba. Pero se echó a reír cuando yo, con la mayor severidad posible, le pregunté cómo se había atrevido a burlarse de mi en nuestro último encuentro.

»—¡Me divertí tanto!… —exclamó.

»En los intervalos que pasaba aquí, en Londres (y digo intervalos porque mi verdadera vida, la única que importaba, transcurría en aquellos fantásticos instantes desligados del resto del tiempo), traté de aprender el húngaro para llegar a una comunicación más perfecta con las dos hermanas mellizas, que la que podía proporcionarnos el presentar mis respetos a Zena o el besar a Carla. ¿Alguno de ustedes ha tratado de aprender el húngaro? Es peor que el chino. Lo cierto es que, llegada la ocasión, por mucho que me esforzara, no lograba recordar más que dos palabras: *hideg* y *meleg*, cálido y frío. Cálida era Carla, fría era Zena, y yo no avanzaba más de ahí, y la botella de *slivovitz* se vaciaba con rapidez. En Londres, ningún mercader de vinos había oído mencionar esa bebida. Me consolé pensando que en el momento en que la acabara podría ir a Hungría por el camino habitual, en una forma normal y decente, y quedarme allí todo el tiempo que me viniese en gana. Sería difícil encontrar el café de Budapest en que había empezado mi aventura, e igualmente fácil descubrir el castillo del conde Janoschoza. Sin embargo, empezaba a preocuparme.

»Eran muchas las cosas que me inquietaban. En primer lugar, nunca había visto a las dos hermanas al mismo tiempo. Eso era extraño. Y después, ninguna de ellas parecía asombrarse de mis espasmódicas llegadas y partidas, y yo mismo no podía explicárselas: todo aquel negocio era demasiado increíble, y ninguno de nosotros hablaba demasiado bien el francés.

»Por otra parte, mis permanencias en el castillo eran muy breves, y yo habría querido tener a Carla siempre a mi lado. Abrigaba la horrible sospecha de que Carla no tendría el menor empacho en decirle a cualquier otro hombre que le lloviera del cielo después de beber un cóctel: “¡Me gustas, te quiero, estoy asustada!”. ¿Y si yo perdía el secreto del regreso? ¿Si ese misterioso poder se radicaba en otro, en alguien mejor parecido, más… más audaz que yo? La sola idea de que pudiera existir ese rival…

»¡Oh, bueno, de nada sirve desvariar!

»Por aquella época perdí mi empleo en el periódico. Me despidieron, diciéndome que era demasiado distraído. Y eso era justamente lo que me ocurría. Estaba distraído; mi alma, mi corazón y mi espíritu estaban ausentes, y solo mi cuerpo desganado se arrastraba por lugares de Londres.

»Cuando preparé mi último cóctel con lo que restaba de la botella de *slivovitz* —una dosis mayor que la habitual—, calculé que me proyectaría a la cuarta dimensión, o lo que fuere, durante unas cuatro horas.

»Esta vez había resuelto concertar definitivamente una cita con Carla, para lo cual pensaba entrar en Hungría en la forma acostumbrada y normal.

»Pero llegado el momento, olvidé mis propósitos. Sé que es difícil creerlo. Pero si ustedes hubieran tenido la misma revelación que yo tuve, también lo habrían olvidado. Aquello echó todo por tierra.

»La revelación fue simplemente ésta: las hermanas gemelas no existían: Carla era Zena, y Zena era Carla, y ella creía ser ambas a la vez. Era una manía.

»¡Así se explicaba que nunca las hubiera visto juntas! Cada una de ellas hablaba con perfecta convicción de su "hermana": Zena con cierta ansiedad, como si lamentara que la pequeña Carla fuese tan indomeñable y alocada e hiciera cosas tan extravagantes, y Carla con un gesto de rebeldía, los labios fruncidos y una mirada de fastidio por la excesiva seriedad de Zena. Zena se había casado un año atrás, cuando sólo tenía diecisiete años. Y era tan buena… Nunca había nada malo, ni siquiera traicionaba a su marido…

»Todo esto, ese complejo de las mellizas, me fue explicado por un encantador anciano húngaro que hablaba inglés y a quien conocí aquella noche en una cena a la que no tenía el menor deseo de concurrir, pero en la que fui interpelado mucho antes de los postres, y sin posibilidad, por consiguiente, de levantarme y escapar».

Pero las horas que me quedaban eran demasiado preciosas para gastarlas de ese modo. Empecé a odiar a mi vecino de mesa, y a preguntarme cada vez con más insistencia dónde estaba Carla. ¿Dónde se ocultaba siempre? Bien podía hacer acto de presencia, sabiendo que yo la adoraba, que estaba loco por ella, loco como esa música cíngara que se desliza por la noche sobre las llanuras…

»Zena ocupaba la cabecera de la mesa. Me sonrió muy graciosamente, pero yo sabía que no le era simpático. Adiviné que el anciano caballero que hablaba inglés era el amigo del conde Janoschoza a quien estaba destinada Carla, pues la consideraban en edad de casarse. ¡En edad de casarse… a los dieciocho años!

»Es la costumbre en el Continente. ¡Ah, si yo me la hubiera llevado conmigo aquella primera vez, en lugar de devolverla a su hermana… a sí misma! Pero estaba demasiado aturdido para comprender lo que debía hacer. Y ahora me sentía demasiado indefenso y sujeto… sujeto a esa increíble celestina: una botella de *slivovitz*. ¡Qué situación para un amante!

»Si pudiera ver a Carla una vez más —pensaba en ponerla en camino a Inglaterra, antes que cesen los efectos del hechizo, y luego encontrarla aquí… ¿Comprenden lo que quiero decir? No, no comprenden… Horacio parece dispuesto a tomarme la temperatura.

»A los postres sirvieron un *tokay* Aszúbor añejo de setenta años, y las damas se retiraron a otra sala. Aquellas reuniones en el castillo eran muy formales. Fue

entonces cuando trabé conversación con el único hombre que hablaba ingles —mi rival, como lo bauticé melodramáticamente más tarde.

»—¿No le parece que nuestra anfitriona es muy hermosa? —me preguntó.

»Y yo respondí, en son de desafío:

»—Sí, pero no tan hermosa como su hermana, su hermana melliza.

»Y fue entonces cuando me contó toda la historia.

»No me sentí tan sorprendido como podrían ustedes imaginar. Inconscientemente, ya abrigaba mis sospechas. Nunca las había visto juntas. Siempre había visto a Carla o a Zena, nunca a Carla y a Zena.

»En cambio, maldije mi suerte por haberme presentado, tan a menudo, con caprichosa ironía, a Carla convertida en Zena, que era fría y virtuosa y un poco hostil; mientras que pocas veces, poquísimas veces, tuve la buena fortuna de llegar en el momento propicio para encontrar a Zena trocada en Carla…

»Lúgubremente juré para mis adentros no esperar más: la próxima vez que Carla —o la ilusión de Carla, no importa el nombre que ustedes quieran darle— prevaleciera sobre Zena, aceptaría lo que me brindaban los dioses del cóctel. No había motivo de preocupación. La muchacha tenía un esposo, un protector. Antes sí, antes me habría inquietado, cuando aún la creía hermana de Zena, cuando aún la veía como una deliciosa chicuela que miraba con ojos desmesurados al desconocido recién llegado de Inglaterra y le decía: “¡Me gustas, te quiero!”.

»Después de la cena salí al jardín. El *tokay* que acabábamos de beber era fuerte, embriagador e incitante. Mientras lo paladeábamos, el conde había dado unas palmadas, ordenando a su orquesta de músicos gitanos que tocara para nosotros. Y ahora yo sentía que la sangre corría impetuosamente por mis venas.

»Junto a la reja de hierro donde había dejado a Carla aquella primera noche, volví a encontrarla. Naturalmente, tenía puesto el mismo vestido que llevaba poco antes, cuando sentada a la cabecera de la mesa desempeñaba el papel de Zena. Pero comprendí en seguida que ya no era Zena, porque corrió hacia mí con los brazos abiertos.

»… Y en aquel momento los demonios volvieron a depositarme aquí. ¡No se quiénes son, o qué son, ni por qué lo hacen, pero malditos sean! ¡Malditos, mil veces malditos! Saben que no puedo volver a ella… ¡Malditos sean!

»Nunca volví a verla. Viajé inmediatamente a Hungría, por ferrocarril y vapor, pero no pude encontrar el café de Kiss Ludo. Hay docenas de lugares que llevan el nombre de Kiss en todas las calles de Budapest. Ese nombre es tan común como el de Smith en Inglaterra. Pero el café no existía. Y tampoco existía el castillo del conde Janoschoza, al menos en el plano normal y consciente. Recorrí los alrededores de Budapest en veinte, treinta, cuarenta millas a la redonda, como un perro en busca de su presa. Estaba frenético. Hice averiguaciones por doquier.

»Al fin llegué a la conclusión de que aquel extraño mundo y la gente que lo habitaba no podían ser alcanzados por un camino directo. Quizá no tenían existencia

independiente, acaso estaban sujetos al hechizo del condenado cóctel.

»Sin embargo, yo estaba resuelto a no perder a Carla. Evidentemente, lo primero que debía hacer era ir a St. Rudigund y conseguir una buena provisión de *slivovitz*, todas las botellas que el tabernero consintiera en venderme. No importaba el precio. Aun cuando me costaran hasta el último céntimo que poseía, Carla valía eso y más. Carla, y no Zena, que adoraba a su esposo, ¿comprenden ustedes? ¡Y solo la había visto una vez en siete! Si me hubiera quedado algún sentido del humor, eso me habría divertido.

»Cuando llegué a St. Rudigund, el viejo figonero había muerto, y su sucesor se había despachado todas las botellas de *slivovitz*, menos siete. Pagué por ellas un previo fantástico, sencillamente porque no pude ocultar mi desesperación por conseguirlas.

»Después regresé aquí lo antes posible. No me atrevía a iniciar la experiencia en cualquier otro lugar, porque pensaba que el hechizo no obraría sino en la misma habitación, con la misma mesa, el mismo vaso, la misma coctelera. Carla aguardaba, y podía llegar cualquier otro… Era como una fruta en el instante previo a la perfección de la madurez. El más leve golpe la habría derribado al suelo.

»¡Carla! Si hubieran oído ustedes cómo latía mi corazón, mientras yo mezclaba los ingredientes, cuidando de no desperdiciar el *slivovitz*; mientras agitaba la coctelera, llenaba el vaso y lo bebía… Carla… Carla…

»Una vez más, no pasó nada. Permanecí donde estaba.

»Después de la primera conmoción del desengaño, se me ocurrió que el cóctel no había tenido el mismo gusto. O la calidad de aquella botella de *slivovitz* era diferente, o bien yo había modificado las proporciones de la mezcla. ¿Qué cantidad de ginebra había puesto en anteriores oportunidades? ¿Cuánto *vermut* francés? Unas gotas de limón, una pizca de *bitter*… Bueno, pero un cálculo aproximado en gotas y pizcas no bastaba.

»Tenía que recordar con exactitud. El gusto de la bebida había cambiado. Yo recordaba el sabor justo que debía tener, pero en otro aspecto, aquel agitado rodar por Europa había embotado mi memoria. ¿Cuánto *vermut*? ¿Qué cantidad de ginebra? ¿Había echado en el vaso dos chorritos de Angostura o tres?».

—Todo fue inútil —concluyó David Merriman amargamente—. He estado ensayando desde entonces. De nada sirve. Ya casi me he resignado.

Durante la última parte de su relato había estado vertiendo mecánicamente líquidos de las botellas amontonadas sobre la mesa, como sí ya no pudiera dejar de hacerlo, como si debiera seguir mezclando cócteles el resto de su vida, hasta que acaso el azar le deparase por oblicuos caminos la receta olvidada.

Los hombres que escuchaban su historia vieron una botella cuadrada, de oscuro color de ciruelas, sin etiqueta.

Merriman la vació, poniéndola boca abajo. Después, arrebatado por súbita furia, agitó frenéticamente la mezcla, enarbolando la coctelera sobre su cabeza, dilatando

ese movimiento de ritmo desesperado, como si ya no supiera ni le importara el resultado, como si un fantasmagórico tribunal lo obligara burlonamente a repetir hasta la eternidad ese gesto.

Por fin, advirtiendo con despreocupada ironía lo que estaba haciendo, vertió la mezcla y pasó el vaso a Johnny Carfax con un gesto indiferente.

—¿Quieres probarlo? —sugirió—. Es la única bebida que puedo ofrecerte. El cóctel número ciento siete. Creo que ahora tendré que renunciar a mi búsqueda: no me queda más *slivovitz*. Y Horacio, que es tan bondadoso, podrá llevarme lo antes posible a un manicomio.

—No, gracias —dijo Carfax—, no me gustan los cócteles. Tomaría un vaso de jerez, pero un cóctel… —Meneó la cabeza y pasó el vaso al joven Strake, que era el más próximo.

—¡Buena suerte! —exclamó Theo Strake, y se bebió el vaso.

Todos se quedaron mirando el lugar donde había estado parado.

3

La bestia
Joseph Conrad

Teodor Józef Konrad Korzeniowski, JOSEPH CONRAD, para la literatura, nació en Berdichev, Ucrania, en 1857. En 1886 adquirió la ciudadania británica. Marinero desde su adolescencia, llegó a capitán de buque. A partir de 1894 utilizó la experiencia recogida en sus viajes para escribir novelas plenas de colorido, en las que el mar es el telón de fondo, y aún el protagonista principal. Citaremos algunas: *La Locura de Allmayer*, *El Negro del Narciso*, *Lord Jim*, *El Agente Secreto*, *Victoria*. La crítica puede divergir en la ubicación de su obra, pero en el corazón de millones de lectores para quienes describió un mundo fascinante y ya en parte desaparecido, Conrad ocupa el lugar del más seguro afecto. Murió en 1924.

Huyendo de las calles azotadas por la lluvia entré en la taberna de *Los Tres Cuervos* y cambié una sonrisa y una mirada con *Miss* Blank. Este intercambio fue efectuado con toda corrección. Es asombroso pensar que, si vive aún, *Miss* Blank debe de tener actualmente más de sesenta años. ¡Cómo pasa el tiempo!

Al advertir que mi mirada se dirigía, inquisitiva, al tabique de vidrio y madera barnizada, *Miss* Blank tuvo la gentileza de alentarme, diciendo:

—Solo Mr. Jermyn y Mr. Stonor están en la sala, con otro caballero a quien no he visto nunca.

Avancé hacia la puerta del salón. Una voz que pontificaba del otro lado (el tabique era de madera terciada) se elevó a tales estridencias que las palabras finales resaltaron en toda su atrocidad:

—¡Fue ese tipo Wilmot quien le abrió el vientre, y cuánto bien hizo!

La expresión de este sentimiento simplemente inhumano, ya que nada tenía de blasfemo o de indecente, no logró siquiera reprimir el leve bostezo de *Miss* Blank tras la pantalla de su mano. La mujer se quedó mirando con fijeza los vidrios de la ventana, chorreantes de lluvia.

Cuando abrí la puerta del salón, la misma voz proseguía con idéntica tensión de crueldad:

—Me alegré cuando supe que al fin se había encontrado con la horma de su

zapato. Sin embargo, lo siento por el pobre Wilmot. Ese hombre y yo habíamos sido amigos en una época. Naturalmente, aquél fue su fin. Un caso evidente. Ninguna escapatoria. Ninguna.

La voz pertenecía al caballero a quien *Miss* Blank nunca había visto. Estiraba sus largas piernas sobre la alfombra vecina a la chimenea. Jermyn, inclinado hacia adelante, tendía su pañuelo ante la rejilla, y miraba lúgubremente por sobre el hombro. Lo saludé mientras sorteaba una de las mesitas de madera.

Del otro lado del fuego, enorme, imponente y tranquilo, estaba sentado Mr. Stonor, colmando la capacidad de un vasto sillón Windsor. Este hombre no tenía nada pequeño, salvo sus cortas patillas. Varias yardas de tela azul de primerísima calidad (convertidas en un sobretodo) reposaban en una silla a su lado. Y seguramente acababa de conducir a puerto algún buque de ultramar, porque otra silla se asfixiaba bajo su negro impermeable, amplio como un palio, de triple seda aceitada y doble costura.

A sus pies, una maleta de tamaño corriente parecía el juguete de un niño.

No lo saludé. Era demasiado grande para saludarlo en ese salón. Piloto mayor de Trinity, solo durante los meses de verano condescendía a ocupar su puesto en el *cutter*. Muchas veces había estado a cargo de los yates reales que entraban y salían de Port Victoria. Además, es inútil saludar a un monumento. Y él era un monumento. No hablaba, no se movía. Se limitaba a permanecer sentado, irguiendo su hermosa y vieja cabeza, imperturbable y espléndido. Era un bello espectáculo. La presencia de Mr. Stonor reducía al viejo Jermyn a una magra y andrajosa brizna de hombre, y daba al locuaz extranjero vestido con traje de *tweed* un aspecto absurdamente infantil.

Éste debía tener algo más de treinta años, y por cierto no era de esos individuos que se avergüenzan de oír su propia voz, porque abarcándome, por así decirlo, en una mirada amistosa, prosiguió sin ninguna aprensión.

—Yo me alegré —repitió enfáticamente—. Quizá les sorprenda, pero ustedes no sufrieron las que me hizo pasar a mí. Les aseguro que es difícil olvidarlo. Naturalmente, como pueden comprobar, he salido ileso. Pero hizo todo lo posible para enviarme al otro mundo. Y estuvo a punto de mandar al manicomio al hombre más excelente que he conocido. ¿Qué me dicen de eso, eh?

En el enorme rostro de Mr. Stonor no se movió un músculo. ¡Monumental! El que hablaba me miró a los ojos.

—Solía enfermarme de solo pensar que andaba por el mundo asesinando gente.

Jermyn acercó un poco más el pañuelo a la rejilla y lanzó un gemido. Era una costumbre en él. —Lo vi una vez— declaró con plañidera indiferencia—. Tenía un castillo…

El forastero lo miró sorprendido. —¡Tenía tres!— corrigió autoritariamente.

Pero Jermyn no toleraba que lo contradijeran. —Tenía un castillo, digo —repitió con lúgubre obstinación—. Grande, feo y blanco. Se lo podía ver a varias millas de distancia…

—Es cierto —asintió el otro rápidamente—. Fue una idea del viejo Colchester, aunque siempre estaba amenazando con abandonarlo. Decía que ya estaba harto de sus mañas. Que no quería saber más nada con él, aunque no volviera a conseguir otro… y así sucesivamente. Y creo que en efecto lo habría dejado.

»Pero, aunque les sorprenda oírlo, su esposa se oponía. ¿Curioso, eh? Sin embargo, nunca se puede predecir la actitud de una mujer, y Mrs. Colchester, con sus bigotes y sus frondosas cejas, era de las más testarudas que he conocido. Solía andar de un lado a otro con un vestido de seda marrón y una gran cadena de oro golpeteándole el pecho. Si ustedes la hubieran oído gritar: “¡Absurdo!” o “¡Tonterías y supersticiones!”… Pero sabía apreciar su comodidad. No tenían hijos y nunca pusieron casa. Cuando se encontraba en Inglaterra, ella se alojaba en algún hotel o pensión baratos. Sabía perfectamente que nada podía ganar con un cambio. Y además Colchester, aunque excelente hombre, ya no era tan joven, y quizá ella pensó que no le resultaría muy fácil «conseguir otro» (como decía él). Sea como fuere, por un motivo u otro, la buena señora descartaba todo intento de alegato con sus muletillas favoritas: “¡Absurdo!”, “¡Tonterías y supersticiones!”. Una vez oí que el propio Mr. Apse le decía confidencialmente:

»—Le aseguro, senora Colchester, que empieza a inquietarme mucho la reputación que está adquiriendo esa bestia.

»—Oh —respondió ella—, si uno fuera a escuchar todo lo que dicen… —Y enseñó a Apse a un tiempo todos sus dientes postizos—. Hará falta algo más que eso para hacerme perder la confianza que le tengo».

Al llegar el narrador a este punto, Mr. Stonor, sin que su expresión se alterase, lanzó una breve risa sardónica. Todo esto era muy llamativo, pero yo no veía la causa de semejante regocijo. Mire alternativamente a uno y a otro. El forastero sentado en la alfombra también sonreía desagradablemente.

—Y Mr. Apse experimentó tanta gratitud al ver que alguien hablaba bien de su protegido, que estrechó ambas manos a Mrs. Colchester. Todos esos Apses, los viejos y los jóvenes, estaban enamorados de ese abominable y peligroso…

—Perdón —interrumpí, puesto que parecía dirigirse exclusivamente a mí—. Pero ¿de quién diablos está hablando?

—De la familia Apse —respondió cortésmente. Al oír esto, casi lancé un juramento. Pero en aquel preciso instante *Miss* Blank asomaba la cabeza para informar que, si Mr. Stonor quería tomar el tren de las once y tres, el carruaje estaba a la puerta.

El piloto mayor irguió en seguida su poderosa mole y con aterradoras convulsiones empezó a introducirse en su abrigo. El forastero y yo corrimos impulsivamente en su ayuda, y no bien le pusimos las manos encima se quedó perfectamente inmóvil. Debimos elevar mucho nuestros brazos y realizar considerables esfuerzos. Era como poner un caparazón a un elefante manso. Con un «Gracias, caballeros» se zambulló al fin bajo la prenda y atravesó la puerta con

mucha prisa.

El forastero y yo nos miramos amistosamente. —Me pregunto cómo hace para trepar por la escala de un barco —dijo.

Y el pobre Jermyn, que era un simple piloto del Mar del Norte, sin cargo oficial ni título de ninguna especie —es decir, piloto por cortesía de los demás—, volvió a gemir. —Gana ochocientas libras al año —dijo.

—¿Usted es marinero? —pregunté al desconocido, que había vuelto a ocupar su puesto en la alfombra.

—Lo fui hasta hace un par de años, es decir hasta que me casé —repuso el comunicativo individuo—. Y realicé mi primer viaje en ese barco del que estábamos hablando cuando usted entró.

—¿Qué barco? —pregunté, intrigado—. No le oí mencionar un barco.

—Acabo de decirle su nombre, mi querido señor —replicó—. El *Apse Family*[2]. Seguramente habrá oído hablar de la gran firma Apse & Sons, armadores. Tenían una flota bastante grande. El *Lucy Apse*, el *Harold Apse*… el *Ann*, el *John*, el *Malcolm*, el *Clara*, el *Juliet*, y muchos otros más, todos con el apellido *APSE*. A cada buque se le había puesto el nombre de algún pariente de la familia: hermanos, hermanas, tíos, primos, esposas, y creo que hasta el de la abuela… Eran excelentes barcos, sólidos y construidos a la manera antigua: para llevar buena carga y durar mucho tiempo.

»Nada de estos nuevos inventos para ahorrar trabajo; muchos hombres, bastante carne salada y galleta de munición, y allá zarpaban para abrirse paso por esos mares».

El lamentable Jermyn lanzó un murmullo de aprobación que parecía un quejido de dolor. Ésos eran los barcos que le gustaban. Señaló en tono acongojado que a los nuevos dispositivos no se les podía decir: «Agárrense fuerte, muchachos», y que ninguno de ellos subiría al palo mayor en una noche tormentosa con bancos de arena a sotavento. —No —asintió el forastero guiñándome un ojo—. Los Apse tampoco creían en novelerías.

»Daban buen trato a su gente, mejor del que reciben ahora, y estaban tremendamente orgullosos de sus barcos. A éstos nunca les pasó nada. Y el último, el *Apse Family*, estaba llamado a ser como los otros, pero aún más fuerte, más seguro, más espacioso y cómodo. Creo que se habían propuesto hacerlo eterno. Fue construido con acero, teca y *greenheart*, y su tamaño era algo fabuloso para la época. Si alguna vez el orgullo presidió la construcción de un buque, fue en esta oportunidad. Todo lo mejor.

»El capitán más antiguo de la compañía sería su comandante; y a manera de cámara levantaron una casa como las de tierra firme, al abrigo de una toldilla inmensa que se prolongaba casi hasta el palo mayor. ¡Con razón *Mrs*. Colchester no permitía que su esposo renunciara! Era la mejor casa de que había disfrutado en toda su vida de casada. ¡Tenía un coraje esa mujer!…

»¡Y el alboroto que reinó mientras se armaba el barco!… Hagamos esto un poco más fuerte y esto un poco más pesado. ¿Y no sería mejor cambiar aquello otro por

algo más grueso? En los constructores se despertó el espíritu de emulación, y así fue como a la vista de todo el mundo, sin que nadie pareciera advertirlo, aquel buque empezó a convertirse en el armatoste más pesado y torpe del mundo. Le habían calculado un desplazamiento de 2,000 toneladas o algo más. Pero nunca menos. Pues vean ustedes lo que ocurre. Cuando llega el momento de arquearlo, resulta que tiene 1,999 toneladas y fracción. Consternación general. Y se dice que el viejo Apse se sintió tan afectado cuando le dieron la noticia, que se enfermó y murió.

»El anciano se había retirado de la firma veinticinco años antes, y tenía ya noventa y seis, de modo que su muerte no debió sorprender a nadie.

»Pero *Mr*. Lucien Apse estaba convencido de que su padre viviría hasta los cien, y por lo tanto bien puede encabezar la lista de las víctimas. Después viene un carpintero de ribera, un pobre diablo al que la bestia atrapó y aplastó en la botadura. Botadura es un decir; para quienes lo oyeron aullar y crujir y lo vieron bajar a los tumbos las gradas, aquella escena fue más bien el lanzamiento de un demonio a las aguas del río. Cortó todas las riendas como si fueran de bramante y se abalanzó hecho una furia sobre los remolcadores que lo aguardaban.

»Antes que nadie pudiera impedirlo, echó a pique a uno de ellos y al otro lo mandó por tres meses al dique de carena. Uno de sus cables se partió y de pronto, sin que nadie supiera por qué, se dejó remolcar con el otro, manso como un cordero.

»Era así. Nunca se podía estar seguro de lo que estaba tramando. Hay barcos de difícil maniobra; mas, por lo general, uno puede confiar en que se comportaran racionalmente. Pero con ese buque, por más precauciones que se tomaran, no se podía contar. Era una bestia malvada. O quizá, sencillamente, estaba loco».

Formuló esta hipótesis con tanta seriedad que no pude disimular una sonrisa. Entonces dejó de morderse el labio inferior para apostrofarme:

—¡Eh! ¿Por qué no? ¿Cómo sabe usted que no había algo en su construcción, en su estructura, equivalente a la demencia? ¿Qué es la locura, al fin y al cabo? Una pequeña anormalidad en la estructura del cerebro. ¿Por qué no puede haber un buque loco? Quiero decir, loco a la manera de un buque, de suerte que en ninguna circunstancia usted pueda estar seguro de que hará lo que todo buque normal haría naturalmente. Hay barcos que giran en círculos y otros que no se pueden estar quietos.

»Algunos deben ser vigilados cuidadosamente en una tempestad y otros se encabritan a la menor racha de viento. Pero lo hacen siempre. Usted acepta esos defectos como parte del carácter que les atribuye en tanto embarcaciones, así como al tratar con un hombre tiene en cuenta las peculiaridades de temperamento que en tanto hombre le son propias. Con éste no se podía. Era imprevisible. Si no estaba loco, era la bestia más pérfida, traicionera y salvaje que haya surcado las aguas. Lo he visto capear gallardamente un temporal dos días seguidos, y al tercero tomar por la luna dos veces en una misma tarde.

»La primera vez despidió limpiamente al timonel sobre la rueda, pero como no

consiguió matarlo volvió a hacer la prueba tres horas más tarde. Se anegó a proa y a popa, reventó todo el paño, aterró a toda la tripulación e inclusive inquietó a *Mrs*. Colchester en aquellos hermosos camarotes de popa de que estaba tan orgullosa. Cuando pasamos lista a la tripulación, faltaba un hombre. El pobre diablo había caído por la borda, evidentemente, sin que nadie lo viera ni oyese. Y aún me asombro de que haya sido el único.

»Siempre pasaba algo parecido. Siempre. Una vez oí que un viejo contramaestre le decía al capitán Colchester que las cosas habían llegado a tal extremo que tenía miedo de abrir la boca para dar una orden. Y era tan terrible en puerto como en alta mar. Nada bastaba para sujetarlo. A la menor provocación, empezaba a romper cuerdas, cables y maromas de acero como si fueran zanahorias. Era pesado, torpe, poco marinero; mas eso no explicaba la capacidad para el mal que poseía.

»A veces, cuando me acuerdo de él, pienso en esos lunáticos incurables que de tanto en tanto escapan de los hospicios».

Me miró inquisitivamente. Pero, desde luego, yo no podía admitir que un buque estuviese loco. —Era aborrecido en todos los puertos donde lo conocían —prosiguió —. No tenía empacho en arrancar de un muelle seis metros o más de sólido revestimiento de piedra o en amputar un espigón de madera. Debe de haber perdido kilómetros enteros de cadenas y centenares de toneladas de anclas.

»Cuando abordaba algún desdichado barco que le molestaba, costaba un trabajo de mil demonios hacerle soltar la presa. Y lo curioso es que nunca se hacía daño: apenas dos o tres rasguños. Sus propietarios habían querido construir un navío resistente. Y lo era. Lo bastante resistente como para abrir los hielos polares. Y siguió su carrera tal como la había empezado. Desde el día en que fue botado no dejó pasar un solo año sin asesinar a alguien. Creo que los dueños llegaron a inquietarse mucho. Pero estos Apse eran una generación de empecinados. No podían admitir que hubiese alguna falla en el *Apse Family*. Ni siquiera se avinieron a cambiarle el nombre. “Supercherias y zarandajas”, como solía decir *Mrs*. Colchester. Lo menos que podían haber hecho era confinarlo para siempre en un dique seco, tierra adentro, y no dejarlo oler más el agua salada. Le aseguro, señor, que invariablemente mataba a alguien en cada viaje que realizaba. Todo el mundo lo sabía. Su fama cruzó todos los mares».

Expresé mi sorpresa ante el hecho de que un barco con una reputación tan mortífera pudiera conseguir una tripulación.

—Entonces usted no sabe lo que son los marineros, señor. Yo se lo demostraré con un ejemplo. Un día, estando en la dársena, y mientras me paseaba por el castillo de proa, vi que se acercaban dos respetables marineros, uno era un hombre de mediana edad, competente y sosegado a todas luces, el otro; un muchacho joven y vivaz. Leyeron el nombre del velero en la proa y se detuvieron para mirarlo. Y dijo el más viejo:

»—Apse Family… Ése es un perro sanguinario, Jack (palabras textuales), que mata un hombre en cada viaje. No trabajaría en él por todo el oro del mundo.

»Y el otro contestó:

»—Si fuese mío, lo remolcaría al fango y le pegaría fuego. ¡Ya lo creo!

»—A los dueños no les importa —dijo el primero—. Sabe Dios que los hombres son baratos.

»Y el más joven escupió en el agua.

»—Yo no me embarco ahí aunque me paguen doble.

»Estuvieron merodeando un rato y después se alejaron por el dique. Media hora más tarde los vi en cubierta, buscando al contramaestre y al parecer muy ansiosos de que los contrataran. Y en efecto, se embarcaron».

—¿Cómo explica eso? —pregunté.

—¿Qué sé yo? —replicó—. Temeridad… El orgullo de jactarse por la noche ante sus camaradas: «Acabamos de embarcar en el *Apse Family*. Maldito sea, a nosotros no nos asusta…». La típica perversidad del marinero, curiosidad… Bueno, un poco de todo eso. Yo les formulé la misma pregunta en el transcurso del viaje, y el mayor de ellos contestó:

»—No se puede morir más de una vez.

»Y el más joven me aseguró con acento burlón que quería ver que había en esta oportunidad. De todas maneras, esa bestia ejercía una especie de fascinación».

Jermyn, que parecía conocer todos los buques del mundo, terció malhumorado:

—Yo lo vi en una ocasión desde esta misma ventana, subiendo el río a remolque. Era negro, grande y feo, como un enorme ataúd.

—Tenía algo de siniestro, ¿verdad? —asintió el otro mirando amistosamente al viejo Jermyn—. A mí siempre me inspiró una especie de horror. Me produjo una conmoción bestial cuando aún no había cumplido catorce años, el primer día, ¡qué digo!, la primera hora que pasé a bordo de él. Mi padre vino a despedirme; pensaba acompañarme hasta Gravesend. Yo era el segundo de sus hijos que seguía la carrera. Mi hermano mayor era ya oficial.

»Subimos a eso de las once de la mañana, poco antes de que el *Apse Family* saliera de popa de la dársena. Aún no había recorrido tres veces su propia longitud cuando, en respuesta a un pequeño tirón que le dio el remolcador para entrar en el dique, inició una de sus furiosas acometidas, sometiendo el cabo de remolque (una maroma de seis pulgadas) a una tensión tan extrema que allá adelante no tuvieron tiempo para soltarlo y se partió. Yo vi la punta rota saltar en el aire y un momento más tarde aquella bestia chocaba de costado contra el muelle. No se hizo daño. ¡Él no!

»Pero uno de los grumetes, a quien el contramaestre había ordenado subir al palo de mesana para hacer no sé qué cosa, cayó sobre cubierta, a un paso de mí, con un ruido sordo. No era mucho mayor que yo. Unos pocos minutos antes habíamos estado riéndonos juntos. Seguramente estaba desprevenido, no esperaba semejante sacudón. Oí su grito de alarma, agudo y tembloroso, al sentirse caer, y alcé la vista a tiempo para verlo desplomarse como un muñeco. ¡Ough! Mi padre estaba extrañamente

pálido cuando nos despedimos en Gravesend.

»—¿Estás bien? —me dijo mirándome con fijeza.

»—Sí, padre.

»—¿Seguro?

»—Sí, padre.

»—Bueno, adiós entonces, hijo».

—Más tarde me confesó que habría bastado media palabra mía para que me llevase a casa en el acto. Soy el menor de la familia, usted sabe —añadió el hombre con traje de *tweed*, atusándose el bigote y sonriendo ingenuamente.

Tomé nota, con un murmullo de comprensión, de esa interesante noticia. Él agitó despreocupadamente la mano.

—Ese episodio, usted comprende, podía quitarle a un muchacho el ánimo necesario para subir a los mástiles. Cayó a dos o tres pies de mí, golpeando con la cabeza en una bita de amarre. No se movió. Estaba muerto. Era un chico simpático. Había pensado que seriamos buenos amigos. Sin embargo, aquella bestia era capaz de hazañas peores.

»Yo serví tres años en ella, y más tarde uno en el *Lucy Apse*. El pañolero del *Apse Family* apareció también en el *Lucy*, y recuerdo que me dijo una tarde, cuando ya llevábamos una semana en el mar: "¿No es éste un buque lindo y obediente?". Nada tenía de extraño que el *Lucy Apse* nos pareciese un barquito encantador y humilde después de librarnos de aquella fiera enorme y sanguinaria. Era el paraíso. Sus oficiales parecían los hombres más amables del mundo. Para mí, que solo había conocido el *Apse Family*, el *Lucy* era un velero mágico que realizaba por propia iniciativa lo que uno quería.

»Una tarde, por ejemplo, quedamos en facha. Pero en unos diez minutos teníamos nuevamente las velas llenas, cazadas las escotas, las amuras bajas y la cubierta limpia; y el oficial de guardia estaba apoyado pacíficamente en la batayola. Esto me pareció simplemente maravilloso. El otro habría estado media hora engrillado, rolando con la cubierta llena de agua, volteando hombres, derribando mástiles, cortando brazas y tronchando vergas, mientras a popa habría reinado el pánico por culpa de aquel endiablado timón que ponía los pelos de punta con solo mirar cómo se sacudía. Tardé varios días en recobrarme de mi sorpresa.

»Pues bien, terminé mi último año de aprendizaje en ese pequeño y hermoso barco… A decir verdad, no era tan pequeño, pero después de aquella pesada bestia, parecía un juguete.

»Terminé mi período y aprobé los exámenes; y cuando ya estaba pensando divertirme durante tres semanas en tierra, una mañana recibí una carta en la que los armadores me preguntaban si a la mayor brevedad podía incorporarme al *Apse Family* como tercer oficial. Estaba tomando el desayuno; recuerdo que di a mi plato un empujón que lo envió al centro de la mesa. Mi padre, que leía el periódico, alzó los ojos. Mi madre levantó los brazos, asombrada, y yo salí al jardincillo de casa,

donde estuve dando vueltas más de una hora.

»Cuando volví a entrar, mi madre ya no estaba en el comedor y papá se había trasladado a su enorme sillón. La carta yacía sobre la repisa de la chimenea.

»—Este ofrecimiento te honra mucho, y los patrones son muy generosos al hacértelo —dijo—. Por otra parte, veo que Charles ha sido designado primer oficial de ese buque para el próximo viaje.

»En efecto, a la vuelta de la hoja, había una nota manuscrita del propio *Mr*. Apse consignando ese detalle, que se me había pasado por alto. Charley era mi hermano mayor.

»—Pero no me agrada demasiado que mis dos muchachos estén en el mismo barco —prosiguió mi padre con voz lenta y solemne—. Y no tendré inconveniente en escribirle a *Mr*. Apse sobre ese particular.

»¡Pobre papá! Era un excelente padre. ¿Qué habría hecho usted en mi lugar? Me enfermaba la sola idea de volver a ese barco para verme perseguido y acosado por esa bestia, con los pelos de punta día y noche. Pero no podía permitirme el lujo de rechazar el ofrecimiento. Imposible presentar la más legítima de las excusas sin ofender mortalmente a la compañía. Ésta, y a decir verdad toda la familia Apse, inclusive las tías solteronas de Lancashire, se había vuelto extraordinariamente quisquillosa en todo lo referente a la reputación de ese maldito barco.

»Había que responder: “Estoy dispuesto”, aún desde el propio lecho de muerte, si uno quería morir gozando de su favor. Y eso es precisamente lo que respondí… por telegrama, para acabar de una vez con el asunto.

»La perspectiva de ser compañero de tareas de mi hermano me reanimó considerablemente y al mismo tiempo me produjo cierta inquietud. Siempre había sido bueno conmigo, desde la época en que yo era niño, y ahora lo consideraba el mejor hombre del mundo. Y en efecto lo era. Jamás oficial tan competente ha pisado la cubierta de un barco mercante. Se lo aseguro.

»Era un muchacho hermoso, fuerte, enérgico y bronceado, con cabellos castaños levemente ondulados y mirada de halcón. Un tipo magnífico. Hacía muchos años que no nos veíamos, y aun en esta oportunidad, aunque hacía ya tres semanas que estaba en Inglaterra, no había ido a casa; tengo entendido que pasaba sus ratos libres en algún lugar de Surrey, recobrando el tiempo perdido, con Maggie, la sobrina del viejo capitán Colchester. El padre de la chica, muy amigo del mío, era importador de azúcar, y Charley había convertido aquella casa en su segundo hogar. Me pregunté qué pensaría Charley de mí. Había en su rostro cierta severidad que no se disipaba nunca del todo, ni siquiera cuando se entregaba a las más extravagantes francachelas.

»Me recibió con grandes risotadas. Parecía considerar mi ingreso al buque en calidad de oficial como el mayor chiste del mundo. Había una diferencia de diez años entre nosotros, y supongo que la imagen que más fácilmente recordaba de mí era la de un chiquillo con guardapolvo. Yo tenía apenas cuatro años cuando él se embarcó por primera vez. Ahora me sorprendí al comprobar a qué ruidosos extremos podía

llegar su jovialidad.

»—Ya veremos de qué pasta eres —gritó. Y sujetándome del hombro y golpeándome risueñamente las costillas, me arrastró a su camarote.

»—Siéntate, Ned. Me alegro de tenerte conmigo. Yo te daré los últimos retoques, joven oficial, siempre que valga la pena. Y antes que nada, hazte a la idea de que en este viaje no permitiremos que esa bestia mate a nadie. Tenemos que acabar con sus mañas.

»Advertí que lo decía muy en serio. Hablaba lúgubremente del barco, afirmando que debíamos tener cuidado y no dejar que la odiosa bestia nos sorprendiera desprevenidos con alguna de sus malditas trampas.

»Me endilgó una verdadera conferencia de arte náutico aplicable exclusivamente al *Apse Family*. Después, cambiando de tono, empezó a hablar de otras cosas, tocando los temas más absurdos y descabellados, hasta que me dolieron las costillas de tanto reírme.

»Pude advertir perfectamente que estaba un poco sobreexcitado. Y esto no podía deberse exclusivamente a mi arribo. Pero, desde luego, jamás se me habría ocurrido preguntarle qué le sucedía. Puedo asegurarle que yo profesaba un auténtico respeto a mi hermano mayor. Sin embargo, uno o dos días más tarde se aclaró todo, cuando supe que *Miss* Maggie Colchester viajaría en el buque. Su tío la hacía disfrutar de una travesía marítima en beneficio de su salud.

»Pero yo no creo que su salud fuese mala. Tenía buen color y una hermosa cabellera rubia. Por otra parte, se le daba un ardite del viento, la lluvia, la espuma, el sol, los verdes mares y todo lo demás.

»Era una alegre muchacha de ojos azules, de muy buen natural, pero a mí me asustaba la forma en que desafiaba a mi hermano. Temía que el día menos pensado acabara todo en una descomunal reyerta. Sin embargo, no ocurrió nada decisivo hasta después de una semana del arribo a Sydney. Un buen día, a la hora en que almorzaba la tripulación, Charley asomó la cabeza en mi camarote. Yo estaba tendido en la cucheta, fumando pacíficamente.

»—Baja a tierra conmigo, Ned —dijo con su habitual tono seco.

»Me levanté de un salto, naturalmente; bajé tras él la planchada y lo seguí por George Street. Caminaba con pasos de gigante, y yo tras él, jadeando. Hacia un calor terrible.

»—¿Adónde diablos me llevas tan aprisa, Charley? —me atreví a preguntar.

»—Aquí —respondió.

»Y entró en una joyería. No podía imaginarme qué buscaba. Parecía un capricho absurdo. Segundos más tarde ponía bajo mis narices tres anillos, que parecían muy diminutos en la palma de su mano enorme y atezada, al tiempo que gruñía:

»—Para Maggie. ¿Cuál?

»Al oír esto me asusté. No atiné a pronunciar una palabra, pero señalé uno con destellos blancos y azules. Se lo guardó en el bolsillo del chaleco, lo pagó con un

montón de monedas de oro y salió a escape. Cuando subimos a bordo, me sentía sofocado.

»—Te felicito, viejo —murmuré, jadeante.

»Me dio una palmada en la espalda.

»—Cuando vuelvan los marineros, ordena al contramaestre lo que te parezca mejor —dijo—. Esta tarde me tomo asueto.

»Durante un rato no lo vi en cubierta, pero luego salió de la cámara con Maggie, y ambos bajaron la planchada en público, ante la mirada de toda la tripulación, y fueron a dar un paseo en ese día atrozmente caluroso y polvoriento. Unas horas más tarde regresaron con aire muy solemne, aunque al parecer no tenían la menor idea de dónde habían estado. Por lo menos, eso es lo que respondieron a las preguntas de *Mrs*. Colchester a la hora del té.

»Pero ella se encaró con Charley, con voz parecida a la de un cochero nocturno.

»—Tonterías. ¿Cómo no van a saber dónde han estado? Tonterías y zarandajas. Has hecho caminar demasiado a esa muchacha y ahora está muerta de cansancio. No lo vuelvas a hacer.

»Era sorprendente la humildad de Charley ante aquella vieja. Aunque una vez me dijo al oído: “Me alegro de que no sea más que tía política de Maggie. Ése no es un verdadero parentesco”. Pero yo creo que él le dejaba demasiada libertad a Maggie. La muchacha brincaba por todos los rincones del barco con sus faldas de *yachting* y su sombrerito rojo; parecía un pájaro luminoso en un árbol seco. Los viejos marineros sonreían con disimulo cuando la veían venir y se ofrecían para enseñarle nudos y ayustes. Creo que simpatizaba con los hombres por contentar a Charley.

»Como ustedes imaginarán, nunca se hablaba a bordo de las diabólicas inclinaciones de ese maldito barco. En la cámara, por lo menos, no se tocaba el tema. Solo una vez, en el viaje de regreso, Charley declaró incautamente que al parecer en esta oportunidad desembarcaría la tripulación completa.

»El capitán Colchester empezó a ponerse incómodo en seguida, y aquella anciana estúpida y agria se abalanzó sobre Charley como si hubiese dicho una indecencia. Yo mismo me quedé perplejo; en cuando a Maggie, estaba completamente azorada y abría enormemente sus ojos azules. Como es de prever, antes que transcurrieran veinticuatro horas me había arrancado todo el secreto. No era posible ocultarle nada.

»—Qué terrible —dijo con toda solemnidad—. Tantos pobres muchachos… Me alegro de que el viaje esté por terminar. De ahora en adelante no tendré un minuto de tranquilidad, pensando en Charley.

»Le aseguré que no debía inquietarse por él. A pesar de todas sus mañas, aquel barco no podría con Charley. Pareció tranquilizada.

»Al día siguiente vino a recogernos el remolcador frente a Dungeness. Y cuando estuvo bien asegurado el cable de remolque, Charley se frotó las menos y me dijo en voz baja:

»—Esta vez lo hemos derrotado, Ned.

»—Así parece —contesté, sonriendo.

»El día era hermoso y el mar estaba tranquilo como un lago. Empezamos a remontar el río sin incidentes, salvo una vez, frente a Hole Haven, cuando la bestia dio un brusco viraje y estuvo a punto de echar a pique una barcaza anclada a un costado del canal. Pero yo estaba a popa, vigilando el timón, y esta vez no me agarró desprevenido. Charley subió a la toldilla, con aire muy preocupado.

»—Le erramos por poco —dijo.

»—No te preocupes, Charley —repuse alegremente—. Ya lo has amaestrado.

»Debían remolcarnos hasta el dique. El práctico nos abordó un poco más allá de Gravesend, y lo primero que le oí decir fue:

»—Conviene izar en seguida el ancla de babor, señor contramaestre.

»Cuando me encaminé a la proa, ya la maniobra había sido ejecutada. Vi a Maggie en el castillo de proa, disfrutando del espectáculo, y le rogué que volviera a popa, pero desde luego no me hizo caso. Entonces Charley, que estaba muy ocupado con los aparejos, la vio y le gritó, con voz de trueno:

»—Sal de ahí, Maggie. Estás molestando.

»Por toda respuesta, ella le hizo una morisqueta y yo observé que el pobre Charley daba media vuelta, ocultando una sonrisa. La emoción del regreso sonrosaba el rostro de la muchacha y sus ojos azules clavados en el río parecían despedir chispas eléctricas. Un bergantín carbonero acababa de virar delante de nosotros y nuestro remolcador tuvo que parar las máquinas para no embestirlo.

»En pocos instantes, como suele ocurrir en estos casos, se congestionó toda la navegación de las inmediaciones.

»Una fragata y un queche protagonizaron una pequeña colisión en el centro del río. Era un espectáculo digno de verse. Entretanto, nuestro remolcador permanecía detenido.

»Cualquier otro barco que no fuera esa bestia, se habría estado quieto un par de minutos. Pero él no. Ladeó la proa y empezó a derivar, arrastrando al remolcador. Yo observé una flotilla de barcos costeros anclados a un cuarto de milla de distancia y pensé que sería mejor hablar con el práctico.

»—Si lo deja meterse entre esos buques —le advertí sosegadamente—, haría pedazos a varios antes de que consigamos sacarlo.

»—¡Si lo conoceré yo!… —rugió hecho una furia, golpeando el piso con el pie.

»Y empezó a tocar el silbato para que el remolcador enderezara la proa del *Apse Family* lo antes posible. Sopló como un loco, señalando con el brazo a babor, y de pronto observamos que las máquinas, del remolcador funcionaban nuevamente. Sus paletas batían el agua, pero tanto habría válido querer remolcar una montaña: no consiguió moverlo una pulgada. El piloto tornó a sonar el silbato, agitando el brazo a babor. Y vimos que las paletas del remolcador giraban cada vez más rápidamente, a un costado de nuestra proa.

»Por un instante el remolcador y el velero permanecieron inmóviles entre la

multitud de barcos en movimiento, y luego la terrible brutalidad que esa fiera maligna infundía a cada uno de sus desplazamientos arrancó de cuajo el cabo de remolque. Chicoteó el cable arrancando los puntales de la borda uno detrás de otro, como si fueran palillos de cera. Recién entonces advertí que para poder presenciar mejor la escena, Maggie se había trepado al ancla de babor, que yacía sobre la cubierta.

»El ancla había sido alojada correctamente en el cepo, aunque no hubo tiempo de amarrarla. De todas maneras, estaba bastante segura para entrar en el dique. Pero advertí de golpe que un segundo más tarde el cabo de remolque pasaría bajo la lengüeta del ancla. Con el corazón en la boca, alcancé, sin embargo, a gritar:

»—¡Baja de ahí!…

»Pero no tuve tiempo de pronunciar su nombre. Supongo que ella no me oyó. El primer roce del cable contra la lengüeta la derribó; se incorporó veloz como un relámpago, mas no del lado por donde debía escapar. Oí el horroroso ruido del metal raspando la madera, y un instante después el ancla empezaba a levantarse como si fuera un ser vivo; una de sus enormes uñas de hierro ciñó a Maggie por la cintura, pareció estrecharla en un abrazo atroz y dio una vuelta cayendo con ella por sobre la borda con un terrible estrépito de hierro, seguido de varios tremendos aldabonazos que sacudieron al buque de proa a popa, porque la argolla del ancla había aguantado el golpe…».

—¡Qué espantoso! —exclamé.

—Durante muchos años, después de aquella escena —prosiguió mi interlocutor con visible desasosiego—, he soñado con anclas que arrebataban muchachas. —Se estremeció—. Lanzando un aullido lastimero, Charley se precipitó tras ella.

»Pero ni siquiera vislumbró su gorrito rojo en el agua. ¡Nada! ¡Absolutamente nada! Un momento más tarde había una docena de botes alrededor del barco. Subió a uno de ellos. El contramaestre, el carpintero y yo soltamos apresuradamente la otra ancla y no sé cómo dominamos el buque. El piloto parecía haberse vuelto loco. Iba y venía por el castillo de proa, retorciéndose las manos y murmurando para sus adentros:

»—¡Ahora mata mujeres! ¡Ahora mata mujeres!

»Imposible arrancarle otra frase.

»Llegó el crepúsculo, y después una noche negra como alquitrán. Mientras escudriñaba el río, oí un saludo ronco y lastimero:

»¡Ah del barco!

»Eran dos boteros de Gravesend. Traían una linterna en su bote y alzaron la mirada hacia el flanco del buque, sujetándose a la escala sin decir una palabra. A la luz de la linterna, vi allá abajo una cabellera rubia».

Se estremeció nuevamente.

—Al subir la marea, el cadáver de la pobre Maggie zafó de una boya de gran tamaño —explicó—. Me encaminé a popa, con la muerte en el alma, y lancé un cohete para dar la noticia a los que seguían buscándola en el río. Después volví a proa

como un perro y me pasé toda la noche sentado en el pie del bauprés, para estar lo más lejos posible de Charley.

—¡Pobre tipo! —murmuré.

—Sí. Pobre tipo —repitió pensativo—. Esa bestia no se dejó arrebatar su presa ni siquiera por él. Pero al día siguiente él mismo la condujo al dique. Como lo oye. No nos habíamos dicho una palabra, ni siquiera habíamos cambiado una mirada. Yo no quería mirarlo.

»Cuando estuvo asegurado el último cabo, se llevó las manos a la cabeza y clavó la vista en sus pies como si trataba de recordar algo. Los hombres aguardaban en la cubierta principal las palabras que pondrían fin al viaje. Quizá era eso lo que trataba de recordar Charley. Hablé por él.

»—Pueden irse, señores.

»Nunca he visto una tripulación abandonar tan silenciosamente un barco. Se deslizaron por sobre la borda uno a uno, tratando de no hacer demasiado ruido con sus baúles. Miraban en dirección a nosotros, pero ninguno tuvo coraje para acercarse y estrechar la mano del primer oficial, como se acostumbraba.

»Seguí a Charley a todo lo largo del buque desierto, de un lado a otro; no se veía un alma, porque solo quedábamos a bordo él y yo y el viejo capitán, que se había encerrado en el fogón. De improviso el pobre Charley murmura con voz extraviada:

»—No tengo nada más que hacer aquí.

»Y yo lo sigo pegado a sus talones, y subimos por el dique, cruzamos la compuerta y nos encaminamos a Tower Hill. Él solía tomar pensión en casa de una respetable anciana de America Square, para estar más cerca de su trabajo.

»Pero de pronto se detiene, da media vuelta y vuelve hacia donde yo estoy.

»—Ned —dice—, me voy a casa.

»Tuve la suerte de avistar un carruaje y lo hice subir justo a tiempo. Sus piernas empezaban a ceder.

»Al llegar a casa se desplomó en una silla de la sala, y nunca olvidaré las caras atónitas y perfectamente inmóviles de mi padre y mi madre al inclinarse sobre él. No podían comprender lo que había sucedido, hasta que yo balbuceé:

»—Maggie se ahogó ayer en el río.

»Mi madre lanzó un grito. Papá nos miró alternativamente a Charley y a mí, como si quisiera comparar nuestras caras. En efecto, Charley ya no parecía él mismo. Nadie se movía.

»Y de súbito el pobre diablo lleva lentamente a su garganta sus grandes manos atezadas y de un solo tirón desgarra todas sus ropas: el cuello, la camisa, el chaleco. Estaba convertido en la ruina de un hombre. Papá y yo conseguimos llevarlo arriba, y mi madre por poco se mata a fuerza de atenderlo mientras le duró la fiebre cerebral».

El hombre con traje de *tweed* me miró significativamente.

—¡Ah! No se podía hacer nada con esa bestia. Llevaba el demonio adentro.

—¿Dónde está su hermano? —le pregunté, previendo que habría muerto. Pero no:

era comandante de un hermoso barco en la costa china, y ya nunca regresaba a su casa.

Jermyn suspiró hondamente, y advirtiendo que el pañuelo estaba ya bastante seco, lo llevó tiernamente a su roja y lamentable nariz.

—Era una fiera voraz —prosiguió el forastero—. El viejo Colchester se rebeló esta vez y presentó su renuncia. ¿Y querrán creer que la firma Apse & Sons le escribió para pedirle que reconsiderase su decisión? ¡Cualquier cosa para salvar el buen nombre del *Apse Family*! Entonces el viejo Colchester fue a la oficina y dijo que solo volvería a tomar el mando del buque para llevarlo al Atlántico Norte y echarlo a pique. Parecía a punto de perder la chaveta.

»Sus cabellos, de un color gris acerado, se volvieron completamente blancos en quince días. Y *Mr*. Lucien Apse, que lo había conocido de joven, fingió no advertirlo. ¿Qué les parece? ¿Conocen ejemplo igual de obstinación y orgullo?

»Contrataron al primer hombre que pudieron hallar, temiendo que el escándalo del *Apse Family* les impidiera conseguir un capitán. Era un espíritu alegre, este capitán, pero se tomó el asunto muy a pecho. Wilmot era su segundo. Un tipo precipitado, que fingía un absoluto desdén por todas las mujeres. La verdad es que era tímido. Pero bastaba que una muchacha levantara el meñique para darle aliento, y ya nada podía contenerlo. Una vez, siendo grumete, desertó en el extranjero por seguir unas faldas, y habría terminado mal si su capitán no se hubiera tomado la molestia de buscarlo y sacarlo de un burdel por las orejas.

»Se decía que uno de los miembros de la firma había formulado una vez su esperanza de que el condenado barco no tardara en perderse. La anécdota me resulta increíble, a menos que su protagonista haya sido *Mr*. Alfred Apse, a quien el resto de la familia no apreciaba mucho.

»Trabajaba en la oficina, pero lo consideraban la oveja negra por su costumbre de apostar a las carreras de caballos y de volver ebrio a su casa. Cualquiera habría pensado que un barco tan infernalmente mañero se haría pedazos algún día contra la costa por simple espíritu de perversidad. Pues no. Parecía eterno. Estaba resuelto a no tocar fondo».

Jermyn lanzó un gruñido de aprobación.

—Un barco para hacer las delicias de cualquier piloto, ¿eh? —bromeó el forastero —. Pues bien, Wilmot le arregló las cuentas. Era el hombre indicado para hacerlo, pero quizá él mismo no lo habría conseguido sin la ayuda de esa muchacha de ojos verdes, gobernanta o institutriz o lo que diablos fuese de los hijos de *Mr*. y *Mrs*. Pamphilius.

»Habían subido en Port Adelaide como pasajeros, y se dirigían a El Cabo. Pues bien, el buque salió del Puerto y estuvo anclado afuera todo el día. El capitán, que era un alma hospitalaria, había invitado a un almuerzo de despedida, como de costumbre, a numerosas personas de la ciudad. A las cinco de la tarde regresó el último bote. En el golfo, las perspectivas del tiempo eran desagradables y sombrías. El capitán no

tenía ningún motivo para levar anclas. Sin embargo, como había dicho a todo el mundo que zarpaba ese día, le pareció correcto hacerlo. Pero como después de aquel jolgorio no abrigaba ningún deseo de internarse en los estrechos de noche, con poco viento, ordenó seguir la costa hasta la madrugada. Después se fue a dormir. El primer oficial estaba sobre cubierta, bajo la lluvia que caía en fuertes ráfagas. Wilmot lo relevó a medianoche.

»Como observe usted, el *Apse Family* tenía un castillo de popa…».

—Sí, una construcción grande, fea y blanca —murmuró, Jermyn mirando tristemente el fuego—. Eso es una mezcla de sala de mapas y chupeta donde desembocaban las escaleras de la cámara. La lluvia caía en rachas sobre el soñoliento Wilmot. El barco avanzaba lentamente, navegando de bolina, con la costa a unas tres millas a barlovento. No había nada que ver en esa parte del golfo y para evitar los chaparrones Wilmot se puso al abrigo de la sala de mapas, cuya puerta de ese lado estaba abierta. La noche era negra como un barril de alquitrán. Y de pronto Wilmot oyó una voz que le hablaba en un murmullo.

»Esa maldita muchacha que traían consigo los Pamphilius había acostado a los chicos largo rato atrás, naturalmente, pero al parecer no podía dormir. Oyó dar la medianoche y al primer oficial que bajaba para acostarse. Aguardó un rato; después se enfundó en una bata, atravesó el salón descubierto, subió la escalera y entró en la sala de mapas. Se sentó en el sofá, cerca de la puerta, supongo que para tomar el fresco.

»Me imagino que cuando le habló a Wilmot, fue como si alguien le hubiera encendido un fósforo dentro del cerebro. No se cómo se habían hecho tan amigos. Supongo que se habían encontrado en tierra varias veces. Pero no podría asegurarlo, porque cuando me contó la historia Wilmot se interrumpía cada dos por tres para lanzar algún horrible juramento.

»Lo conocí en el muelle de Sydney. Llevaba un delantal de arpillera que le llegaba hasta la mandíbula y empuñaba un enorme látigo. Era carretero. Y muy contento de no morirse de hambre. A ese extremo había caído.

»Bueno, lo cierto es que allá estaba Wilmot, asomando la cabeza por la puerta y quizá apoyándola en el hombro de la muchacha… ¡Un oficial de guardia! El timonel, al presentar su testimonio más tarde, aseguró haberle gritado varias veces que la lámpara de la bitácora se había apagado. Aunque a él no le importaba, porque tenía orden de navegar ciñendo el viento.

»—Me extrañó que el barco se dejara caer por rachas —declaró—, pero en cada oportunidad traté de orzar lo máximo posible: Estaba tan oscuro que no alcanzaba a verme las manos, y la lluvia caía a baldes sobre mi cabeza.

»La verdad era que cada ráfaga de viento hacía virar el barco por la popa, hasta que gradualmente la proa enderezó hacia la costa, sin que nadie lo advirtiera. El mismo Wilmot confesó que por espacio de una hora no se había acercado al compás. Y no le quedaba más remedio que confesar. Porque de pronto oyó al vigía anunciando

truenos y centellas a proa.

»Se zafó de la muchacha y gritó al vigía: —¿Qué dice?

»—Creo que oigo rompientes por avante, señor —aulló el hombre y corrió a popa con el resto de la guardia, bajo el diluvio más atroz y enceguecedor que haya visto nunca, según propias palabras de Wilmot.

»Éste se quedó por un instante tan aterrado y perplejo que ya ni se acordaba en que costado del golfo estaba el barco. Pero aunque no era un buen oficial, era a pesar de todo un hombre de mar. En un segundo recobró su aplomo y las órdenes adecuadas brotaron inconscientemente de sus labios. Duro al timón y maniobrar las gavias del palo mayor y de mesana de modo que ofrecieran la menor resistencia al viento.

»Parece que las velas flameaban. Él no podía verlas, pero las oía restallar sobre su cabeza.

»—Era inútil —me contó, haciendo muecas con el rostro sucio y agitando en la mano aquel maldito látigo de carretero—. Tardaban mucho en desinflarse.

»De pronto las velas dejaron de flamear. Pero en ese momento crítico el viento tornó a virar, llenándolas nuevamente, y empujando al buque con gran velocidad hacia las rocas. La bestia se había excedido en su juego.

»Le había llegado el momento; todo se había confabulado para destruirla: la hora, el hombre, la noche tenebrosa, el viento traicionero, la mujer… No se merecía otra cosa. Extraños son los instrumentos de la Providencia. Existe una especie de justicia poética…».

El hombre con traje de *tweed* me miró duramente.

—El primer arrecife le arrancó la zapata de la quilla, como si fuera de papel. El capitán, al salir de la cámara, se encontró con una mujer enloquecida, enfundada en una bata de franela roja, que revoloteaba chillando como una cacatúa.

»El próximo escollo lo alcanzó bajo la cámara. Descalabró el codaste y se llevó el timón. Después aquella bestia empezó a trepar por una costa escalonada y rocosa, abriéndose el vientre, hasta que al fin se detuvo y entonces el palo mayor cayó por la borda como si fuese una planchada».

—¿Hubo alguna víctima? —pregunté.

—No, salvo ese tipo Wilmot —respondió buscando su sombrero el hombre a quien *Miss* Blank nunca había visto—. Y para él, lo que le ocurrió fue peor que ahogarse. Todos desembarcaron perfectamente. Recién al día siguiente llegó la tempestad desde el Oeste y desmenuzó a esa bestia en un tiempo sorprendentemente breve. Era como si estuviese podrida por dentro… —Cambió de tono—. Ha parado la lluvia. Debo buscar mi bicicleta y correr a cenar a casa. Vivo en Horne Bay. Esta mañana vine a dar un paseo.

Me saludó amistosamente y salió muy satisfecho de sí.

—¿Sabe quién es, Jermyn? —pregunté.

El piloto del Mar del Norte meneó tristemente la cabeza.

—¡Imagínese, perder un buque en esa forma tan estúpida! ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! —gimió lúgubremente volviendo a extender su pañuelo húmedo, como una cortina, ante el fuego resplandeciente.

Al salir cambié una mirada y una sonrisa, muy correctas, con la respetable *Miss* Blank, camarera de *Los Tres Cuervos*.

4

Los buitres
Oscar Cerruto

OSCAR CERRUTO nació en 1907 en La Paz, Bolivia. Periodista y poeta, parte de su obra ha aparecido en distintas publicaciones sudamericanas, entre ellas el suplemento literario de *La Nación* de Buenos Aires. Ingresó en su juventud a la carrera diplomática. Su producción más considerable es una novela, *Aluvión de Fuego*, traducida a varios idiomas.

Cuando subió al tranvía, no advirtió de momento su presencia.

(Había dejado pasar un taxi sin detenerlo ni sabía por qué, y luego dos ómnibus abarrotados de pasajeros. No quería viajar incómodo, expuesto a recibir pisotones o que alguien, al abrirse paso, le arrancara el sombrero. Odiaba esas aglomeraciones. Pero los tranvías no le eran menos aborrecibles. Le parecían vehículos para viejos y mujeres gordas. Artefactos asmáticos y ruidosos. Se decidió, sin embargo, por ese que se acercaba dando cabezazos. Una señora joven con una niña se habían detenido a su lado. «Si suben ellas, lo tomo», pensó. La señora hizo una seña al motorista, y el tranvía, jadeante, se detuvo. Subieron los tres).

Pero al llegar a la mitad del pasillo sintió —sin que la sensación tomara forma en su conciencia— que algo de irregular había allí adentro, en las personas o en la atmósfera.

(El tranvía partió con brusquedad; sus nervios vibraron, adaptándose al aire rumoroso de hierros y vidrios que circulaba en su interior).

Fue entonces cuando percibió algo como un fluido y sus ojos se pusieron a buscar involuntariamente de dónde provenía ese llamado impalpable. No se sentó en seguida, ni avanzó por el pasillo, sino que tomándose de un asidero dejó errar su mirada un segundo, como si esperase encontrar a un conocido, mientras buscaba acomodo con movimientos calmosos, de autómata.

Ocupó al fin, el primer sitio que halló libre, y se disponía ya a desdoblar su diario cuando, de repente, una muchacha sentada en uno de los asientos delanteros, volvió la cabeza, y fue como un choque. De inmediato supo que era eso lo que lo había turbado vagamente, y ya no apartó casi los ojos de ella. En el breve instante en que se cruzaron sus miradas, buscó hasta el último detalle de su rostro, y como en una súbita instantánea, quedó grabado en la placa de su cerebro.

Ahora que mirada su pelo de color de miel, suavemente ondulado, luminoso, sabía cómo era ella. Y aunque no la había oído hablar, conocía el timbre de su voz, clara y recta como una espada. Estaba enterado de todo eso, y, sin embargo, no habría podido describirla.

Cuando se esforzaba por hacerlo, con la mirada fija en su nuca, mientras el tranvía rodaba bajo el sol por las verdes alamedas próximas a la Plaza Italia, solo conseguía arribar a la convicción de que era dulce y femenina, con unos labios de un rojo pálido y una luz en las mejillas que iluminaba y al mismo tiempo diluía los demás rasgos de su cara.

El guarda se acercó a cobrarle su boleto. Un poco confundido, le alargó la moneda (acababa de advertir que la tenía fuertemente sujeta entre los dedos, como un niño).

Se había ubicado cuatro o cinco asientos más atrás, y recordó que antes de hacerlo, en ese segundo en que se mantuvo de pie, buscando, la había visto por la espalda (la acompañaba una amiga, quizá su hermana, sentada a su lado), sin detenerse en ella, que por detrás se confundía con los demás pasajeros, como si su magnetismo femenino solo obrase por el fluido de sus ojos o de su rostro.

Subían los pasajeros. El tranvía seguía rodando, con un estrépito de hierros sin aceitar, quejándose y sacudiendo su armazón estropeada. A los costados se elevaban ahora los altos edificios de la calle Santa Fe, lúcidos de cal hiriente bañada de sol, mientras el guarda, en la plataforma, tiraba enérgicamente del cordón de la campanilla, con la primavera repicando en su sangre.

La muchacha no había vuelto a mirarlo. Hablaba con su compañera y parecía ignorar por completo su presencia. Pero el fluido continuaba actuando en sus nervios, y eso le decía que estaba tácitamente en comunicación con su pensamiento.

Grupos de mujeres jóvenes, vestidas con telas ligeras, de colores alegres, flotaban en el río del tránsito. El tranvía bogaba como un cetáceo, entre las olas de la calle, los racimos humanos peligrosamente colgados de sus barrotes. Así cargado viraba —con ese chirrido en el que se evade el doloroso cansancio del hierro— por la esquina de Paraguay y Maipú cuando asomó un inmenso camión, como un monstruo furioso, y se abalanzó rugiendo sobre él. El pasaje gritó, paralizado. Pero la bestia relampagueante cruzó a dos pulgadas de la tragedia. No había sucedido nada. A lo más, unos paquetes, que rodaron por el suelo. Pensó, sin embargo, en abandonar el vehículo. Seguiría a pie, o tomaría un taxi. Ese armatoste lo inquietaba. «Me van a matar cualquier día», se dijo. Pero en seguida rechazó los absurdos presagios.

El tranvía siguió rodando perezosamente, y su mismo traqueteo sosegado pareció devolverle la confianza.

La risa despreocupada de una pasajera acabó por disipar sus recelos. Además, estaban ya cerca de la calle Corrientes.

Las edificaciones se hicieron familiares; las reconoció: ésa era la cuadra en que habitaba; tenía que bajar. Pero algo lo ataba a su sitio: no se decidía. Solo entonces

comprendió que era la desconocida, y cuando llegó a la esquina en que debía abandonar el vehículo siguió en su asiento, sin moverse. «Es ridículo», pensó profundamente turbado. Nunca había hecho eso. No acostumbraba seguir a las mujeres que encontraba en la calle. Es cierto que era un hombre solo, y que amaba la vida. Es decir, que le habría gustado compartirla con uno de esos seres puros y delicados. Tal vez era su obligación buscarlo.

Pero un recato íntimo le impedía confundirse con un perseguidor callejero. Tuvo la impresión de que el guarda lo espiaba. Y que tiraba con más violencia del cordón de la campanilla. Pero, en seguida, viendo su rostro joven y desaprensivo, comprendió que su sospecha era ilógica, puesto que el guarda, probablemente, no lo había visto en su vida.

Dejaron atrás la Avenida de Mayo. Habían llegado a los barrios del sur de la ciudad, y se deslizaban ahora por una ancha avenida. Al fondo, el humo de las fábricas ensombrecía el cielo. «No puede ir muy lejos —se dijo—. Tiene que bajar pronto». El tranvía se iba vaciando. Observó, asimismo, que a medida que se internaba en los suburbios de la población, el día se apagaba paulatinamente.

Atravesaron el Riachuelo, espeso como un vino. Las dos muchachas seguían en sus asientos, sin hablar. A la luz declinante de la tarde, solo divisaba ahora sus espaldas rígidas, por las que trepaban las sombras, como devorándolas. El tranvía, poco a poco, fue quedando solitario; solo ellas —ellas y él— permanecían inmóviles en su sitio.

Cayó la noche. Luces siniestras iluminaban una ciudad desconocida. Ojos cargados de crimen los miraban pasar desde la tiniebla. Un viento perverso ambulaba por los rincones de las calles, arrastrando papeles y hojas muertas. No había en que lugar se encontraba ni por que estaba allí ni adónde se dirigía.

En el interior del tranvía goteaba una claridad amarilla. De vez en cuando subían unos pasajeros embozados y volvían a desaparecer, misteriosamente, sin que el vehículo se detuviese.

Atravesaba dando saltos por una región desolada, en la que se escurrían sombras apelotonadas, a ras del suelo. En lo alto soplaba el viento enfurecido. Relámpagos como navajas desgarraban la noche. En el seno de la obscuridad se incubaba una tormenta. Truenos apagados rodaban en la lejanía. El tiempo había cambiado sensiblemente. Hacía frío. Se sintió helado: una humedad peligrosa, como una fiebre, lo calaba hasta los huesos.

Y de pronto se derrumbó el temporal. Masas de agua negra caían sobre el tranvía; resonaban los truenos hondamente, como galgos que se despeñan en un precipicio; y el tranvía zigzagueaba en la sombra perseguido por los rayos y los relámpagos.

La tempestad bramó toda la noche. El tranvía siguió corriendo embozado en la cólera nocturna, traqueteante, ciego, tenaz, sin detenerse, como impelido por esa cólera que sólo cedió al amanecer. Volvió a lucir el sol. Atravesaban ahora por una ciudad extraña. ¿Qué ciudad era ésa, que él nunca había visto? Cubos y torres grises

sucedíanse unos al lado de otros, y entre sus vagos muros, habitantes de niebla, fantasmales. ¿Hablaban esas gentes, pertenecían a su mundo? Subían y bajaban; él las sentía cerca, rozándolo, y al mismo tiempo lejanas, como esfumadas, pero amenazantes.

Todas parecían a punto de volverse contra él, de mirarlo con ojos de fuego, de desenfundar heladas armas. Pero en seguida el sol se hundió de nuevo, rápidamente, y reinó otra vez la obscuridad. Bandas incógnitas y ebrias saltaban al tranvía, silenciosas o vociferantes, y volvían a desaparecer. Los perros aullaban a lo lejos. Y se alzaba el día y caía la noche, y el tranvía seguía rodando sin detenerse.

Solo las muchachas no se movían. Ni hablaban. Ni lo miraban.

Ahora la campanilla se agitaba débilmente. La mano del guarda parecía fatigada. La miró asida al cordón, y vio que era una mano de viejo, con la piel rugosa y seca.

Siguió la dirección de la mano cuando ésta descendía y, horrorizado, con un nudo de angustia en la garganta, advirtió que el guarda había envejecido: sus cabellos se habían puesto completamente blancos, y le colgaban como ramas de cerezo sobre los hombros y la espalda; y las arrugas cruzaban su rostro en todas direcciones. Su uniforme había perdido color y forma; aparecía deshilachado y lleno de remiendos.

Tuvo miedo de llevarse la mano a la cara, de mirar siquiera la piel de sus manos. La sangre había dejado de latir en sus sienes.

Con los sentidos como suspensos sobre él mismo, ingrávido, ausente, percibía la ascensión penosa de las ruedas por una angosta quebrada. Las horas resbalaban afuera a modo de gotas de tiempo, opacas, por las barbas eternas de las montañas.

Luego el tranvía entró en una vasta extensión desierta y se deslizaba ahora sin ruido, blandamente, en medio de un aire inmóvil y congelado. Su marcha era fácil, pero lenta, inquietante. Como si con el ruido hubiera desaparecido algo esencial, algo vital y tranquilizador, semejante a la facultad misma de sentir y de escuchar. Como si bruscamente hubiese ensordecido.

Su corazón helado se hizo denso. Pareció estacionarse en el interior del tranvía, con el sumo pesado de la arena. En todo el contorno, afuera, no se distinguía el menor signo de vida. Una luz extraña, irreal, estancada como el aire, bajaba de alguna parte sobre el árido pasaje.

Casi se respiraba una atmósfera de cripta. Un ligero graznido atrajo su atención. «¿Acaso estaré muerto y…?», se dijo, estremeciéndose, y sin atreverse a completar su pensamiento. Miró frente a él con alarma: sobre el pecho de la muchacha se hallaba posado un buitre. Su plumaje negro parecía descolorido, con esa condición del lodo y la herrumbre, que le daba apariencia repulsiva de rata o de murciélago.

Se preguntaba cuándo había entrado allí, y por dónde. Y en medio de su preocupación, casi superflua en esos momentos, advirtió que el pájaro no estaba ocioso: ¡Vio con espanto que su pico se ensañaba en uno de los ojos de la muchacha, que permanecía rígida como una estatua, y muda, como su compañera! Se alzó prontamente de su asiento, para espantar al intruso, y en ese mismo instante pudo ver

que una espesa nube de buitres volaba junto al tranvía, escoltándolo. Algunos trataban de introducirse por las ventanillas cerradas y sus picos repiqueteaban en los cristales con un redoble sordo y funeral. No alcanzó a dar dos pasos: por la puerta delantera irrumpió un huracán ceniciento; las furiosas aves carniceras se estrellaban enceguecidas contra su propio pecho.

Se defendió con los puños crispados, golpeando al azar; protegía sus ojos, sintiendo en las manos las garras y los picos iracundos. La tromba de buitres seguía penetrando inacabable, y era cada vez más ávida y poderosa. La sentía encima de él, coma una ola. Trastabilló. Vaciló.

Fue a caer sobre el filo de uno de los asientos. Un sudor viscoso como la sangre le humedecía la frente. Pudo levantarse de nuevo y comenzó a retroceder. La furiosa acometida lo empujaba hacia el fondo, hacia atrás; era un viento de cólera desencadenado contra él; una columna turbia que bajaba sobre su cabeza, un brazo de la muerte. Se debatió unos instantes en el marco de la puerta, enredado en la pierna inerte del guarda allí caído (la tierra volaba bajo sus pies con un hervor de vértigo) antes de lanzarse al vacío.

Tuvo la visión del tranvía, que fugaba por la meseta lunar, en un altiplano de luz difusa, y se perdía rápidamente en el horizonte, perseguido por una obscura humareda de alas.

5

La Venus de Ille
Prosper Merimée

Literato con aficiones históricas y arqueológicas, inspector de monumentos históricos de Francia, miembro de la Academia de ese país, PROSPER MERIMÉE (1803-1879) ha dejado una colección de novelas breves que brillan por el estilo pulcro, el espíritu burlón y la afinada observación de la realidad, que no excluye el sentido de lo fantástico, como en este relato. *Colomba*, *Carmen*, *Matteo Falcone*, *L'Enlevement de la Redoute*, son los títulos de algunas de sus obras.

Al bajar la última colina de Canigó, distinguí en la llanura, aunque el sol ya se había puesto, las casas de la pequeña aldea de Ille, adonde me encaminaba.

—Seguramente —dije al catalán que desde la víspera me servía de guía— sabe usted dónde vive el señor Peyrehorade.

—¡No he de saberlo! —exclamó—. Conozco su casa como si fuera la mía, y si no estuviera tan oscuro, se la mostraría. Es la más hermosa de Ille. El señor Peyrehorade tiene dinero, ya lo creo; y casa a su hijo con quién tiene aún más que él.

—¿Se celebrará pronto la boda? —le pregunté.

—¿Pronto? Quizá ya se hayan pedido los violines para la fiesta. Puede ser esta tarde, mañana, pasado mañana, ¡qué se yo! Será en Puygarrig. Porque ha de saber usted que el hijo se casa con *Mademoiselle* de Puygarrig. ¡Será algo digno de verse, sí!

Yo traía para el señor Peyrehorade una carta de recomendación de mi amigo el señor P., quien me lo había descrito como un anticuario muy instruido y de una amabilidad a toda prueba, que tendría sumo gusto en mostrarme todas las ruinas de diez leguas a la redonda.

Por consiguiente, confiaba en que me haría visitar los alrededores de Ille, que yo sabía ricos en monumentos antiguos y de la Edad Media. Ese matrimonio, del que oía hablar por primera vez, trastornaba todos mis planes.

«Seré un aguafiestas», me dije. Pero me esperaban; estando anunciado por el señor P., era necesario que me presentara.

—Apostemos, señor —me dijo el guía, habiendo alcanzado ya la llanura—, apostemos un cigarro a que yo adivino que viene a hacer usted en casa del señor

Peyrehorade.

—Bueno —respondí, ofreciéndole el cigarro—, eso no es difícil de adivinar. A esta hora, y después de haber hecho seis leguas en el Canigó lo más importante es cenar.

—Sí, pero… ¿y mañana? Mire usted, apuesto a que ha venido a Ille para ver el ídolo. Lo adiviné cuando lo vi dibujar los santos de Serrabona.

—¡El ídolo! ¿Qué ídolo?

Esa palabra había excitado mi curiosidad.

—¡Cómo! ¿No le han dicho en Perpinán que el señor Peyrehorade ha encontrado un ídolo enterrado?

—¿Quiere decir usted una estatua de terracota, de arcilla?

—No, de cobre, y hay bastante para hacer muchas monedas grandes. Pesa tanto como una campana de iglesia. Estaba enterrada al pie de un olivo, bastante hondo, y es ahí donde la hemos encontrado.

—¿Entonces usted presenció el hallazgo?

—Sí, señor. Hace quince días el señor Peyrehorade nos dijo, a Jean Coll y a mí, que arrancáramos un viejo olivo helado desde el año anterior, porque, como usted sabe, éste ha sido muy malo. Y mientras estábamos trabajando, Jean Coll, que cavaba con el mayor entusiasmo, da un golpe con el pico y yo oigo: *bimm*… como si hubiera golpeado una campana. «¿Qué es eso?», dije yo. Seguimos cavando y cavando, y de pronto aparece una mano negra, que parecía la mano de un muerto saliendo de la tierra. A mí me dio miedo. Fui corriendo a ver a mi amo, y le dije: «Señor, hay muertos bajo el olivo. Haga llamar al párroco».

»—¿Qué muertos? —dijo él. Vino, y no bien vip la mano, exclamó—: ¡Una antigüedad! ¡Una antigüedad!

»Cualquiera habría pensado que acababa de encontrar un tesoro. Y hete aquí que empieza a afanarse con el pico y con las manos y trabaja a la par de nosotros».

—¿Y qué hallaron ustedes, al fin?

—Una gran mujer negra, más de medio cuerpo desnudo, señor, con perdón de usted; todo de cobre, y el señor Peyrehorade nos dijo que era un ídolo del tiempo de los paganos… ¡Qué digo! ¡Del tiempo de Carlomagno!

—Ya veo… alguna buena virgen de bronce, procedente de un convento destruido.

—¿Una Santa Virgen? ¡Nada de eso! Si hubiera sido una Santa Virgen, yo la habría reconocido. Le digo a usted que es un ídolo: se ve en seguida por su aspecto. Lo mira a uno con sus grandes ojos blancos… Se diría que lo está viendo. Y uno tiene que bajar los ojos al mirarla.

—¿Ojos blancos? Sin duda están incrustados en el bronce. Probablemente será alguna estatua romana.

—¡Romana! Eso es. El señor Peyrehorade dice que es romana. ¡Ah!, ya veo que es usted un sabio como él.

—¿Está entera la estatua, bien conservada?

—¡Oh! Sí, no le falta nada, señor. Es aún más hermosa y mejor terminada que el busto de yeso pintado de Luis Felipe, que está en la Municipalidad. Y con todo, la cara de esa estatua no me gusta. Tiene un aire maligno… más aún, es maligna…

—¡Maligna! ¿Qué maldad le ha hecho a usted?

—A mí, precisamente, no.

»Pero vea usted. Estábamos forcejeando para enderezarla, y el señor Peyrehorade también tiraba de la cuerda, aunque no tiene más fuerza que un pollo. Yo traje una piedra para calzarla, cuando de pronto, ¡zas!, cae boca arriba. "¡Cuidado!", grité yo, pero demasiado tarde, porque Jean Coll no tuvo tiempo de sacar la pierna…».

—¿Y le hizo daño?

—¡Le quebró esa pobre pierna como si fuera una caña! Cuando vi eso, me enfurecí. Hubiera querido destrozar ese ídolo a golpes de pico, pero el señor Peyrehorade me lo impidió. Le ha dado dinero a Jean Coll, quién de todas maneras aún está en cama desde hace quince días que le ocurrió eso, y el médico dice que jamás volverá a caminar con esa pierna como con la otra. Es una lástima, él que era nuestro mejor corredor, y después del hijo del señor Peyrehorade, el más hábil jugador de pelota. Por eso el señor Alphonse ha estado triste, porque Coll siempre jugaba con él. Era hermoso ver como se lanzaban la pelota. ¡Paf! ¡Paf! Jamás tocaba el suelo.

Conversando de estas cosas, entramos en Ille, y pronto me hallé en presencia del señor Peyrehorade.

Era un viejecito todavía fuerte y bien dispuesto, empolvado, de nariz roja y aire jovial y chacotero. Antes de abrir la cartas del señor P., me había instalado ante una mesa bien servida, y presentado a su esposa y su hijo diciendo que yo era un arqueólogo ilustre que debía sacar al Rosellón del olvido en que lo tenía la indiferencia de los sabios.

Mientras comía con buen apetito, pues nada mejor para excitarlo que el aire penetrante de las montañas, observé a mis anfitriones. Ya he dicho algo del señor Peyrehorade; debo agregar que era la vivacidad en persona. Hablaba, comía, se levantaba, corría a su biblioteca, me traía libros, me mostraba grabados, me llenaba el vaso; no paraba quieto dos minutos seguidos.

Su esposa, una mujer bastante robusta, como la mayoría de las catalanas cuando han pasado los cuarenta años, era una provinciana cabal, ocupada únicamente en atender su casa. Y aunque la cena fuera suficiente para seis personas, ella corría a la cocina, había matar pichones, abría innumerables jarras de confituras.

En un instante la mesa estuvo cubierta de platos y botellas, y ciertamente yo habría muerto de indigestión con solo probar todo aquello que se me ofrecía. Sin embargo, a cada plato que yo rechazaba, se renovaban las excusas. Temían que no me hallara cómodo en Ille. ¡Hay tan pocos recursos en las provincias, y los parisienses tienen un gusto tan difícil!

Entre las idas y venidas de sus padres, Alphonse Peyrehorade permanecía

inamovible como un vencimiento. Era un joven alto, de veintiséis años, de fisonomía hermosa y regular, pero carente de expresión. Su talla y su figura atlética justificaban la reputación de infatigable jugador de pelota de que gozaba en la región.

Aquella noche vestía con elegancia: era una reproducción exacta del grabado aparecido en el ultimo número del *Journal des Modes*. Pero me pareció que su vestimenta le molestaba, pues estaba rígido como un paste en la horca de su cuello de terciopelo, y cuando se daba vuelta parecía hecho de una sola pieza. Sus manos grandes y curtidas par el sol, sus uñas cortas, contrastaban singularmente con su vestidura.

Eran las manos de un obrero saliendo de las mangas de un *dandy*. Por otra parte, y aunque me examinó de pies a cabeza, con mucha curiosidad, por mi condición de parisiense, solo una vez en toda la velada me dirigió la palabra, y fue para preguntarme dónde había comprado la cadena de mi reloj.

—¡Ea, pues!, mi querido huésped —dijo el señor Peyrehorade cuando la cena tocaba a su fin—, usted me pertenece, está en mi casa. No lo soltaré sino cuando haya visto todo lo que hay de curioso en nuestras montañas. Es necesario que aprenda a conocer nuestro Rosellón, y que le haga justicia. No sospecha usted todo lo que tenemos que mostrarle. Monumentos fenicios, célticos, romanos, árabes, bizantinos; todo lo verá usted, desde el cedro hasta el hisopo. Lo llevaré por todas partes, y no le ahorraré una piedra.

Un acceso de tos lo obligó a callar. Aproveché para decirle que lamentaría mucho fastidiarlo en una circunstancia de tanto interés para su familia. Si él quería darme sus excelentes consejos sobre las excursiones que yo debía realizar, podría arreglármelas yo solo, sin necesidad de que se tomara la molestia de acompañarme.

—¡Ah, se refiere usted a la boda de este muchacho! —exclamó, interrumpiéndome—. Absurdo, eso será pasado mañana. Usted la festejará con nosotros, en familia, porque la novia está de duelo por una tía a quien hereda. Así, pues, no habrá fiesta, no habrá baile… Es una lástima… usted habría visto danzar a nuestras catalanas… Son hermosas, y quizá lo habrían tentado de imitar a mi Alphonse. Se dice que una boda trae otras… El sábado, una vez casados los jóvenes, estaré libre y nos pondremos en movimiento. Perdone que lo fastidiemos con una boda de provincia. Para un parisiense hastiado de fiestas… ¡y una boda sin baile! Sin embargo, vera usted una novia… una novia… ya me hablará usted de ella… Pero usted es un hombre grave y no mira a las mujeres. Tengo algo mejor para mostrarle. ¡Ya verá…! Buena sorpresa le reservó para mañana.

—¡Santo Dios! —le dije—, es difícil tener un tesoro en la casa sin que la gente se entere. Creo adivinar la sorpresa que me prepara. Pero si se trata de su estatua, la descripción que de ella me ha hecho mi guía no ha servido más que para excitar mi curiosidad y predisponerme a la admiración.

—¡Ah!, entonces él le ha hablado del ídolo, pues ése es el nombre que dan a mi hermosa Venus Tur… mas no quiero decirle nada. Mañana la verá a la luz del día y

me dirá si tengo razón en creerla una obra maestra. ¡Vaya! ¡No podría usted haber llegado más oportuno! La estatua tiene inscripciones que yo, pobre ignorante, explico a mi manera… ¡Pero un sabio de París!… Probablemente usted se mofará de mi interpretación; porque yo he escrito un artículo, yo, un viejo anticuario de provincia; me he lanzado a… quiero publicarlo lo antes posible. Si usted tiene la bondad de leerlo y corregirlo, podría esperar… Por ejemplo, tengo suma curiosidad por saber cómo traduciría usted esta inscripción del pedestal: CAVE… Pero aún no quiero preguntarle nada. Mañana, mañana. ¡Hoy, ni una sola palabra de la Venus!

—Haces bien, Peyrehorade —dijo su esposa— en dejar tranquilo a tu ídolo. No dejas comer a nuestro huésped. Vamos, él habrá visto en París estatuas más hermosas que la tuya. Las hay por docenas en las Tullerías, y también son de bronce.

—¡He ahí la ignorancia, la santa ignorancia provinciana! —interrumpió Peyrehorade—. ¡Comparar una admirable antigüedad con las vulgares figuras de Costou! ¡Con cuánta irreverencia habla de los dioses, mi casera!

»Sepa usted que mi esposa quería hacerme fundir la estatua y construir una campana para nuestra iglesia. ¡Y quería ser la madrina! ¡Una obra maestra de Mirón!».

—¡Obra maestra! ¡Obra maestra! ¡Bonita obra maestra la que ha hecho! ¡Quebrarle la pierna a un hombre!

—Esposa mía, ¿ves esto? —dijo Peyrehorade con tono resuelto, tendiendo su pierna derecha calzada en una media de seda de variados colores—. Si mi Venus me hubiera quebrado esta pierna, no lo lamentaría.

—¡Dios mío! Peyrehorade, ¿cómo puedes decir eso? Felizmente, no piensa lo que dice… Y sin embargo, no puedo resolverme a mirar la estatua que, ha causado un desastre semejante. ¡Pobre Jean Coll!

—Herido por Venus, señor —dijo Peyrehorade con una carcajada—, herido por Venus, y el tunante se queja:

»*Veneris nec praemia noris.*

»¿Quién no ha sido herido por Venus?».

Alphonse, que comprendía mejor el francés que el latín, guiñó un ojo con aire de inteligencia, y me miró como diciendo: «¿Y usted, que es parisiense, comprende?».

Terminó la cena. Hacía una hora que yo había dejado de comer. Estaba fatigado, y no lograba ocultar los frecuentes bostezos que se me escapaban. La señora Peyrehorade fue la primera en notarlo, y observó que era tiempo de ir a dormir. Entonces se renovaron las excusas por la escasa comodidad que podían ofrecerme. Yo no estaría como en París.

¡En provincias se vive tan mal!… Era preciso ser indulgente con los roselloneses. Y por más que yo protestara que después de aquella jornada en la montaña un haz de paja me resultaría un lecho delicioso, siguieron rogándome que perdonara a unos pobres campesinos si no podían tratarme tan bien como deseaban. Subí por fin

acompañado por el señor Peyrehorade al cuarto que me habían destinado. La escalera, cuyos escalones superiores eran de madera, desembocaba en mitad de un corredor, al que daban varias habitaciones.

—A la derecha —dijo mi anfitrión— están los aposentos que destino a la futura esposa de mi hijo. Su cuarto está en el extremo opuesto del corredor. Usted comprende —añadió con expresión que quería ser aguda—, usted comprende que es preciso dejar solos a los recién casados. Usted estará en un extremo de la casa, ellos en el otro.

Entramos en una habitación bien amueblada, y lo primero que vi fue un lecho de siete pies de largo, seis de ancho y tan alto que para encaramarse a él hacia falta un banquillo. Después de indicarme el lugar donde estaba la campanilla, y de comprobar que el azucarero estaba lleno y los frascos de agua de Colonia debidamente colocados sobre el tocador, mi anfitrión me dio las buenas noches y me dejó solo, no sin antes haberme preguntado varias veces si necesitaba alguna otra cosa.

Las ventanas estaban cerradas. Antes de desvestirme, abrí una de ellas para respirar el aire fresco de la noche, delicioso después de una cena abundante. Frente a mí estaba el Canigó admirable en toda época, pero que aquella noche, iluminado por una luna resplandeciente, me pareció la montaña más hermosa del mundo. Permanecí varios minutos contemplando su maravillosa silueta, e iba a cerrar la ventana cuando al bajar los ojos divisé la estatua sobre un pedestal a unos cuarenta metros de la casa. Estaba colocada en el ángulo de un seto vivo que separaba un jardincillo de un vasto rectángulo de terreno perfectamente liso, que, según supe más tarde, era el juego de pelota de la aldea. Ese terreno, propiedad del señor Peyrehorade, había sido cedido por él al municipio, a urgentes instancias de su hijo.

A la distancia a que yo estaba, me era difícil distinguir la actitud de la estatua; solo podía juzgar su altura, que me pareció aproximada a los dos metros. En aquel momento dos mozos de la aldea pasaban por el juego de pelota, bastante cerca del seto, silbando la alegre canción del *Rosellón Montagnes régalades*. Se detuvieron para mirar la estatua; uno llegó a apostrofarla en voz alta. Hablaba en catalán; pero yo había estado lo bastante en el Rosellón como para comprender aproximadamente lo que decía:

—¡Aquí estás, pilla! —El término era mucho más enérgico—. ¡Aquí estás! ¡Eres tú, pues, quien le ha quebrado la pierna a Jean Coll! ¡Si fueras mía, yo te rompería el cuello!

—¡Bah! ¿Con qué? —dijo el otro—. Es de cobre, y tan dura que Etienne ha roto su lima tratando de pulirla. Es cobre del tiempo de los paganos; más duro que no sé qué.

—Si yo tuviera mi cortafrío —aseguró el primero (parece que era aprendiz de cerrajero)—, le haría saltar esos grandes ojos blancos con la misma facilidad con que arrancaría una almendra de su cáscara. Hay en ellos más de cien *sous* de plata.

Se alejaron algunos pasos.

—Tengo que darle las buenas noches al ídolo —dijo el más alto de los aprendices, deteniéndose de golpe.

Se agachó, y probablemente recogió una piedra. Lo vi estirar el brazo, lanzar algo y en seguida un sonoro golpe retiñó en el bronce. Instantáneamente el aprendiz se llevó una mano a la cabeza, lanzando un grito de dolor.

—¡Me la ha devuelto! —exclamó.

Y los dos mozos huyeron a toda carrera. Era evidente que la piedra había rebotado en el metal y había castigado al gracioso por el ultraje infligido a la diosa.

Cerré la ventana riendo.

—Otro vándalo castigado por Venus. ¡Ojalá se rompan del mismo modo la cabeza todos los destructores de nuestros viejos monumentos!

Y con este caritativo deseo, me quedé dormido. Cuando desperté, era pleno día. A un lado de mi cama estaba el señor Peyrehorade, en *robe* de *chambre*; al otro, un criado, enviado por su mujer con una taza de chocolate.

—Vamos, levántese, señor parisiense. ¡Estos perezosos de la capital! —decía mi anfitrión mientras yo me vestía apresuradamente—. Las ocho de la mañana y todavía en la cama. Yo estoy levantado desde las seis. Y es la tercera vez que subo. Me he acercado a su puerta en puntillas. Nada, ninguna señal de vida. Le hará mal dormir demasiado a su edad. Y mi Venus, que no ha visto aún… Vamos, tome rápido esa taza de chocolate de Barcelona… Un auténtico contrabando, un chocolate como no se encuentra en París. Recupere fuerzas, porque cuando esté delante de mi Venus, nadie podrá apartarlo de ella.

En cinco minutos estuve preparado, es decir afeitado a medias, con la ropa mal abotonada y escaldado por el chocolate que había bebido hirviente. Bajé al jardín y me encontré ante una admirable estatua.

Era, sin duda, una Venus, y de una maravillosa hermosura. Desnuda de medio cuerpo arriba, como representaban por lo general los antiguos a las grandes divinidades; la mano derecha, levantada a la altura del pecho, estaba vuelta con la palma hacia adentro, el pulgar y los dos primeros dedos extendidos, los otros dos ligeramente flexionados.

La otra mano, pegada a la cadera, sostenía el ropaje que cubría la parte inferior del cuerpo. La actitud de esta estatua me recordaba la del *Jugador de murra*, al que suele designarse, yo no sé por qué, con el nombre de Germanicus. Quizá se había querido representar a la diosa jugando a la murra.

De todas maneras, sería imposible imaginar algo más perfecto que el cuerpo de aquella Venus. Nada más suave, más voluptuoso que sus contornos; nada más elegante ni más noble que su ropaje. Yo había esperado encontrarme con un trabajo mediocre del Bajo Imperio; en cambio, veía ante mi una obra maestra de la mejor época de la estatuaria. Lo que me asombraba, sobre todo, era la exquisita veracidad de las formas, que habrían podido creerse modeladas sobre la naturaleza, si ésta produjera modelos tan perfectos.

La cabellera, recogida sobre la frente, parecía haber sido antaño dorada. La cabeza, pequeña como la de casi todas las estatuas griegas, estaba levemente inclinada hacia adelante. En cuanto al rostro, jamás lograré describir su extraño carácter; no se parecía a ninguna de las estatuas antiguas que yo recordaba. Carecía de esa belleza calma y severa de los escultores griegos, que daban por sisterna a todos los rasgos una majestuosa inmovilidad. Aquí, por el contrario, observé con sorpresa la evidente intención del artista de infundir en su obra una malicia lindante con la perfidia.

Todos los rasgos estaban levemente contraídos: los ojos un poco oblicuos, la boca enarcada en las comisuras, las fosas nasales levemente abultadas. Desdén, ironía, crueldad, se leían en aquel rostro que sin embargo tenía una increíble belleza. En verdad, cuanto más se contemplaba aquella admirable estatua, tanto más se experimentaba el penoso sentimiento de que una hermosura tan extraordinaria pudiese estar acompañada de la ausencia de toda sensibilidad.

—Si el modelo ha existido alguna vez —dije a Peyrehorade—, aunque dudo que el cielo haya producido alguna vez mujer como ésta, compadezco a sus amantes. Debió de complacerse en hacerlos morir de desesperación. Hay en su expresión algo feroz, y sin embargo nunca he visto nada tan bello.

—*Cest Venus tout entiere a sa proie attachee* —exclamó Peyrehorade, satisfecho de mi entusiasmo. La expresión de infernal ironía de la estatua era aumentada, si cabe, por el contraste entre sus ojos incrustados de plata, muy brillantes, y la pátina de un verde negruzco con que el tiempo había cubierto el resto de su cuerpo. Esos ojos brillantes producían cierta ilusión de realidad, de vida. Recordé lo que me había dicho el guía, que hacía bajar los ojos a quienes la miraban. Eso era casi cierto, y no pude reprimir un movimiento de cólera contra mí mismo al sentirme incómodo ante aquella figura de bronce.

—Ahora que ha admirado todo en detalle, mi querido colega en antiguallas —dijo mi anfitrión—, iniciemos, si le parece, una conferencia científica. ¿Qué dice usted de esta inscripción, en la que aún no ha reparado?

Me mostró el pedestal de la estatua, donde leí estas palabras:

CAVE AMANTEM

—*Quid dicis, doctissime?* —me preguntó frotándose las manos—. ¡Vamos a ver si descubrimos el sentido de ese *cave amantem*!

—Tiene dos sentidos —repuse—. Puede traducirse así: «Cuídate de quien te ama, desconfía de los amantes». Pero en este sentido, no se si *cave amantem* sería buen latín. A juzgar por la expresión diabólica de la dama, creo más bien que el artista ha querido prevenir al espectador contra esa terrible belleza. En este caso, yo traduciría: «Cuídate si ella te ama».

—¡Hum! —dijo Peyrehorade—, sí, es un sentido admisible; pero, si a usted no le

incomoda, yo prefiero la primera traducción, aunque he de desarrollarla. ¿Usted sabe quién fue el amante de Venus?

—Hubo varios.

—Sí, pero el primero fue Vulcano. ¿No querrá decir esa inscripción: «A pesar de toda tu belleza, de tu aire desdeñoso, tendrás por amante a un herrero, un villano cojo»? ¡Profunda lección, señor, para las coquetas!

—El latín es un idioma terrible en su concisión —observé para no contradecir formalmente a mi anticuario, y retrocedí un par de pasos con el propósito de contemplar mejor la estatua.

—¡Un momento, colega! —dijo Peyrehorade, deteniéndome por el brazo—. Aún no lo ha visto todo. Hay otra inscripción. Suba al pedestal y mire el brazo derecho.

Y diciendo esto, me ayudó a subir.

Me sujeté sin demasiadas ceremonias del cuello de la Venus, con la que ya empezaba a familiarizarme. Inclusive la miré un instante frente a frente, y me pareció, de cerca, aún más pérfida y más bella que antes. Después advertí que tenía grabados en el brazo algunos caracteres que me parecieron de escritura cursiva antigua. Con ayuda de las gafas, deletreé lo que sigue, mientras Peyrehorade repetía cada palabra a medida que yo la pronunciaba, aprobando con el gesto y con la voz:

»VENERI TVRBVL
»EVTYCHES MYRO
»IMPERIO FECIT».

Después de la palabra TVRBVL de la primera línea, me pareció que había algunas letras borradas. Pero TVRBVL era perfectamente legible.

—¿Qué quiere decir? —me preguntó mi anfitrión, radiante y sonriendo con malicia, pues seguramente pensaba que no acertaría a descifrar con facilidad el TVRBVL.

—Hay una palabra que todavía no alcanzo a explicar —repuse—. Todo lo demás es fácil: «Eutiques Mirón, por orden de Venus, le ha hecho esta ofrenda».

—Perfecto. Pero, TVRBVL, ¿qué le parece? ¿Qué quiere decir TVRBVL?

—Ésa es justamente la palabra que me intriga. Busco en vano cualquier epíteto conocido de Venus que pueda servirme. Veamos, ¿qué le parece TVRBVLENTA? Venus que turba, que agita… Como usted ve, sigue preocupándome su expresión maligna. TVRBVLENTA no es un epíteto del todo malo para Venus —añadí modestamente, pues yo mismo no me sentía demasiado satisfecho de mi explicación.

—¡Venus turbulenta! ¡Venus la alborotadora! Ah, ¿usted cree entonces que mi Venus es una Venus de *cabaret*? No, señor, nada de eso; es una Venus de buena alcurnia. Pero voy a explicarle ese TVRBVL… siempre que me prometa no divulgar mi descubrimiento antes de la publicación de mi memoria. Porque, como usted ve, me

siento orgulloso de mi hallazgo, y al fin y al cabo bien pueden ustedes dejar que nosotros, pobres diablos provincianos, cosechemos algunas espigas. ¡Son ustedes tan ricos, señores sabios parisienses! …

Desde lo alto del pedestal, donde aún seguía encaramado, le prometí solemnemente que jamás cometería la indignidad de robarle su descubrimiento.

—TVRBVL…, señor —dijo, acercándose y bajando la voz, temeroso de que alguna otra persona lo oyera—, debe leerse TVRBVLNERAE.

—Sigo sin comprender.

—Escúcheme bien. A una legua de aquí, al pie de la montaña, hay una aldea llamada Boulternere. Es una corrupción de la palabra latina TVRBVLNERA. Nada más común que esas inversiones. Boulternere fue una ciudad romana. Siempre lo había sospechado, pero no tenía pruebas. Y ahora la prueba está ante nuestros ojos: esta Venus fue la divinidad local de la ciudad de Boulternere, y esta palabra Boulternere, cuyo origen antiguo acabo de demostrar, prueba una cosa muy extraña: Boulternere antes de ser ciudad romana había sido fenicia.

Hizo una pausa para recobrar el aliento y gozar de mi sorpresa. Logré reprimir un fuerte impulso de reír.

—En efecto —prosiguió—. TVRBVLNERA es fenicio puro. TVR es la misma palabra que SUR, ¿verdad? Y SUR es el nombre fenicio de Tiro; no es necesario que le recuerde su significado. BVL es Baal, Bal, Bel, Bul, la misma palabra con ligeras diferencias de pronunciación. En cuanto a NERA, esto me preocupa un poco. A falta de una palabra fenicia, estoy tentado de creer que proviene del griego. VRPOQ, húmedo, pantanoso. Sería, pues, una palabra híbrida. Para justificar mi elección de VRPOQ, le mostraré cómo en Boulternére los arroyos de la montaña forman pantanos infectos. Por otra parte, la terminación NERA pudo ser agregada más tarde en honor de Nera Pivesuvia, mujer de Tétrico, quien habría otorgado algún beneficio a la ciudad de Turbul. Mas, teniendo en cuenta los pantanos, prefiero la etimología de VRPOQ.

Tomó rapé con expresión satisfecha.

—Pero dejemos a los fenicios y volvamos a la inscripción. Traduzco, pues: «Por orden de Venus de Boulternere, Mirón le dedica esta estatua hecha por él».

Me cuidé muy bien de criticar su etimología, pero quise a mi vez hacer gala de penetración y dije:

—Un momento, señor. Mirón ha consagrado algo, pero no estoy seguro de que sea la estatua.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿No fue Mirón un famoso escultor griego? El talento se habrá perpetuado en su familia. Es uno de sus descendientes quien ha cincelado esta estatua. Es casi seguro.

—Sin embargo —repliqué—, veo en este brazo un pequeño agujero. Pienso que ha servido para sujetar algo, un brazalete, por ejemplo, que Mirón dio a Venus en ofrenda expiatoria. Mirón era un amante desdichado. Venus estaba irritada contra él:

la apaciguó consagrándole un brazalete de oro. Observé que *fecit* se utiliza a menudo en lugar de *consecravit*. Son términos sinónimos. Le mostraría más de un ejemplo si tuviese a mano a Gruter o a Orellius. Es natural que un enamorado vea a Venus en sueños, que se imagine que ella le ordena ofrendar a su estatua un brazalete de oro. Mirón le consagró ese brazalete… Después los bárbaros, o algún ladrón sacrílego…

—¡Ah, cómo se ve que usted escribe novelas! —exclamó mi anfitrión, tendiéndome la mano para ayudarme a descender—. No, señor, esta es una obra de la escuela de Mirón. Observe la técnica de ejecución y tendrá que admitirlo.

Habiendo adoptado por principio el no contradecir jamás a los anticuarios testarudos, bajé la cabeza con expresión de convencimiento y dije:

—Es una obra admirable.

—¡Ah, Dios mío! —exclamó de pronto el señor Peyrehorade—. ¡Otro acto de vandalismo! ¡Han lanzado una piedra a mi estatua!

Acababa de descubrir una mancha blanca un poco por encima del pecho de la Venus. Yo advertí una huella similar en los dedos de la mano derecha; supuse entonces que habían sido rozados por la trayectoria de la piedra, o bien que el choque desprendió un fragmento y que éste rebotó sobre la mano. Relaté a mí anfitrión la ofensa que presenciara y el pronto castigo que le había seguido. Él se rio mucho, y comparando el aprendiz a Diómedes, le deseó que, como el héroe griego, viese a todos sus compañeros convertidos en pájaros blancos.

La campana que llamaba al desayuno interrumpió esta conversación sobre temas clásicos, y del mismo modo que la víspera, me vi obligado a comer por cuatro. Después vinieron los arrendatarios del señor Peyrehorade; y mientras él les daba audiencia, su hijo me llevó a ver una calesa que había comprado en Toulouse para su prometida, y que, naturalmente, elogié sin reservas. En seguida entré con él en la cuadra, donde se pasó media hora elogiándome sus caballos, trazándome su genealogía y enumerando los premios que había ganado en las carreras del distrito. Al fin acabó hablándome de su futura, so pretexto de una yegua tordilla que había comprado para ella.

—La veremos hoy —dijo—. No sé si le parecerá hermosa. En París son ustedes exigentes; pero aquí y en Perpiñán todo el mundo la encuentra encantadora. Lo bueno está en que es muy rica. Una tía de Prades le ha dejado una fortuna. ¡Oh, seré muy feliz!

Aquel espectáculo de un joven que parecía más interesado por la dote que por los bellos ojos de su futura me chocó profundamente.

—Usted es buen conocedor de joyas —prosiguió Alphonse—. ¿Qué le parece ésta? Es el anillo que le daré mañana.

Y diciendo esto, se sacó de la primera falange del dedo meñique un grueso anillo engastado de diamantes y formado por dos manos entrelazadas, alusión que me pareció infinitamente poética. El trabajo era antiguo, pero imaginé que había sido retocado para engarzar los diamantes. En el interior de la sortija se leían estas

palabras en letras góticas:

Sempr' ab ti, es decir, *siempre contigo*.

—Hermoso anillo —dije—. Pero esos diamantes que le han sido agregados le hacen perder un poco de su carácter.

—¡Oh, ahora es mucho más hermoso! —contestó sonriendo—. Hay aquí mil doscientos francos de diamantes. Me lo ha dado mi madre. Era un anillo de la familia, muy viejo, de la época de la caballería. Perteneció a mi abuela, que lo había recibido de la suya. Sabe Dios cuando fue hecho.

—La costumbre en París —le dije— es dar un anillo muy simple, compuesto por lo general de dos metales diferentes, como el oro y el platino. El otro anillo que tiene usted en la mano sería muy adecuado. Éste, con sus diamantes y sus manos en relieve, es tan grueso, que no permitirá usar un guante.

—¡Oh, mi esposa hará lo que le plazca! Creo que se alegrará mucho de poseerlo. No es desagradable llevar mil doscientos francos en la mano. Este anillito —añadió contemplando con aire de satisfacción el otro, desprovisto de adornos—, me lo dio una mujer de París un martes de carnaval. ¡Ah, qué bien lo pasé cuando estuve en París hace dos años! ¡Allá si que se divierte uno!

Y lanzó un suspiro de pesar.

Aquel día debíamos comer en Puygarrig, con los padres de la prometida. Subimos en calesa y nos dirigimos al castillo, distante una legua y media aproximadamente de Ille. Fui presentado y recibido como un amigo de la familia. No hablaré de la cena ni de la conversación que se siguió en la que apenas intervine. Alphonse, sentado junto a su futura esposa, le decía de tanto en tanto alguna palabra al oído. Ella no alzaba los ojos, y cada vez que su pretendiente le hablaba, se ruborizaba, pero contestaba sin torpeza.

Mademoiselle de Puygarrig tenía dieciocho años y su figura esbelta y delicada contrastaba con el huesudo físico de su robusto prometido. Era no solamente hermosa, sino seductora. Admire la perfecta naturalidad de todas sus respuestas, y su aire de bondad no exenta de una leve malicia me recordó, a pesar mío, la Venus de mi anfitrión. Y al establecer para mis adentros esta comparación, me pregunté si la superior belleza que era necesario conceder a la estatua no procedía, en gran parte, de su expresión de tigresa; porque la energía, aún en las malas pasiones, excita siempre en nosotros un asombro y una especie de admiración involuntaria.

«¡Qué lástima», me dije al salir de Puygarrig, «que una persona tan amable sea rica, y que su dote la haga apetecible a un hombre indigno de ella!».

Volviendo a Ille, y no sabiendo qué decir a Mme. De Peyrehorade (a quien creí conveniente dirigir de tanto en tanto la palabra), observé:

—¡Qué valientes son ustedes en el Rosellón! ¿Cómo es, señora, que celebran una boda en viernes? En París somos más supersticiosos. Nadie se atrevería a casarse en semejante día.

—Por Dios, no me lo recuerde —contestó—. Si hubiera dependido de mí, sin

duda se habría elegido otro día. Pero Peyrehorade lo ha querido, y hemos tenido que ceder. Sin embargo, estoy inquieta. ¿Si ocurriera una desgracia? Algún motivo ha de haber para que todo el mundo tenga miedo del viernes.

—El viernes —exclamó su esposo— es el día de Venus. Excelente día para una boda. Ya ve usted, querido colega, que no pienso en otra cosa que en mi Venus. Palabra de honor, es por ella que he elegido el viernes. Mañana, si usted quiere, antes de la boda, le haremos un pequeño sacrificio. Sacrificaremos dos palomas, y si yo supiera dónde encontrar incienso…

—¡Qué vergüenza, Peyrehorade! —interrumpió su mujer, escandalizada al extremo—. ¡Incensar un ídolo! ¡Sería una abominación! ¿Qué dirían de nosotros los vecinos?

—Por lo menos —repuso él—, me permitirás ponerle en la cabeza una corona de rosas y de lirios:

»Manibus. Date lillia plenis.

»Ya ve usted, señor: la constitución es una palabra vana. ¡No tenemos libertad de cultos!».

Las actividades del día siguiente fueron ordenadas de la siguiente manera. Todo el mundo debía estar preparado y vestido a las diez de la mañana en punto. Después de tomar el chocolate, iríamos en carruaje a Puygarrig. La ceremonia civil debía realizarse en la alcaldía de la aldea, la ceremonia religiosa en la capilla del castillo. Después vendría el almuerzo, y más tarde cada uno pasaría el tiempo en la mejor forma posible hasta las siete. A esa hora, volverían todos a Ille, donde ambas familias cenarían juntas en casa del señor Peyrehorade. Lo demás resultaba naturalmente de lo anterior: ya que no se podía bailar, se quería comer lo más posible.

A las ocho de la mañana yo estaba sentado delante de la Venus, con un lápiz en la mano, recomenzando por vigésima vez la cabeza de la estatua, sin conseguir captar su expresión. El señor Peyrehorade iba y venía a mi alrededor, dándome consejos y repitiéndome sus etimologías fenicias. Más tarde depositó rosas de Bengala sobre el pedestal de la estatua, y en un tono tragicómico formuló votos por la pareja que iba a vivir debajo de su techo. A las nueve entró en la casa para acabar de arreglarse, y al mismo tiempo apareció Alphonse, muy tieso en su frac nuevo, con guantes blancos, zapatos charolados y cincelados botones de camisa, además de una rosa en el ojal.

—¿No quiere hacer el retrato de mi mujer? —preguntó, inclinándose sobre mi dibujo—. Ella también es hermosa.

En aquel momento comenzaba en la cancha de pelota que ya he mencionado un juego que instantáneamente atrajo la atención de Alphonse. Y yo mismo, fatigado y desesperado de reproducir aquella figura diabólica, abandoné bien pronto mi dibujo para observar a los jugadores. Había entre ellos a algunos arrieros españoles llegados la víspera. Aragoneses y navarros, tenían casi todos una maravillosa habilidad. Y los de Ille, aunque alentados por la presencia y los consejos de Alphonse, fueron rápidamente batidos por estos nuevos campeones. Los espectadores lugareños

estaban consternados. Alphonse miró su reloj. No eran más de las nueve y media. Su madre aún no se había peinado. No vaciló más. Se quitó el frac, pidió una chaqueta y desafió a los españoles. Yo lo miré sonriendo y un poco sorprendido.

—Hay que mantener el honor del país —dijo.

A partir de entonces me pareció verdaderamente hermoso. Era apasionado. Su elegancia, que tanto le preocupaba poco antes, ya nada significaba para él. Algunos minutos atrás, había temido volver la cabeza por no estropear el nudo de la corbata. Ahora ya no pensaba en su cabello rizado ni en su camisa tan bien plegada. ¿Y su prometida…? Estoy seguro de que en caso necesario Alphonse habría hecho postergar la boda. Lo vi calzarse apresuradamente un par de sandalias, arremangarse los puños y con aire decidido ponerse al frente de los derrotados, como César reuniendo sus soldados en Dyrrachium. Salté el cerco y me instalé cómodamente a la sombra de un árbol, desde donde podía ver bien lo que sucedía en ambos campos.

Defraudando la expectativa general, Alphonse marró la primera pelota; cierto es que llegó rasando el suelo y lanzada con fuerza sorprendente por un aragonés que parecía el jefe de los españoles.

Era un hombre de unos cuarenta años, seco y nervioso, de seis pies de estatura, y su tez olivácea tenía un tinte casi tan oscuro como el bronce de la Venus.

Alphonse, furioso, lanzó al suelo su raqueta. —¡Este maldito anillo —gritó—, que me aprieta el dedo y me hace errar una pelota segura!

Se quitó no sin esfuerzo, su anillo de diamantes. Me acerqué para guardárselo. Pero él se adelantó, corrió hacia la Venus y deslizó la sortija en su dedo anular. En seguida volvió a su puesto.

Estaba pálido, pero tranquilo y resuelto. A partir de aquel momento no perdió un solo tanto, y los españoles fueron completamente derrotados. El entusiasmo de los espectadores fue un hermoso espectáculo; unos lanzaban gritos de alegría tirando al aire sus sombreros; otros le estrechaban las manos, llamándolo el crédito del país. Dudo que hubiese recibido felicitaciones más vivas y sinceras si hubiese rechazado una invasión. Y la humillación de los vencidos contribuyó al esplendor de su victoria.

—Jugaremos otro partido, amigo mío —dijo al aragonés en un tono de superioridad—. Pero le daré ventaja.

Yo habría deseado que Alphonse fuese más modesto y me sentí casi dolorido por la humillación de su rival.

El insulto ofendió vivamente al gigante español. Palideció bajo su tez curtida. Miró su paleta con aire sombrío, apretando los dientes. Después dijo en voz baja y sorda:

—*Me lo pagarás*[3].

La voz del señor Peyrehorade turbó el triunfo de su hijo; sorprendido de no encontrarlo presidiendo los aprestos de la calesa nueva, se sorprendió aún más al verlo bañado en sudor, con la raqueta en la mano. Alphonse corrió a la casa, se lavó el rostro y las manos, volvió a ponerse el frac nuevo y los zapatos charolados, y cinco

minutos después avanzábamos al trote largo por el camino de Puygarrig.

Todos los jugadores de pelota de la aldea y gran número de espectadores nos siguieron con gritos de alegría. Los robustos caballos que tiraban de nuestro carruaje apenas podían mantener la delantera sobre aquellos intrépidos catalanes. Estábamos en Puygarrig y el cortejo iba a ponerse en marcha camino a la alcaldía cuando Alphonse se llevó la mano a la frente y me dijo en voz baja:

—¡Qué fastidio! ¡He olvidado el anillo! ¡Está en el dedo de Venus, que el diablo se la lleve! No se lo diga a mi madre, por lo menos. Quizá no lo note.

—¿Por qué no manda a alguien a buscarlo?

—¡Bah! Mi criado se quedó en Ille, y de estos no me fío. Mil doscientos francos en diamantes pueden tentar a cualquiera. Además, ¿qué pensarían de mi distracción? Se burlarían de mí. Me llamarían el marido de la estatua… ¡con tal que no me lo roben! Felizmente, el ídolo infunde temor a estos pillos. No osan acercarse a la distancia de un brazo. ¡Bah!, no es nada. Tengo otro anillo.

Las dos ceremonias, civil y religiosa, se efectuaron con la pompa de rigor; y *Mademoiselle* Puygarrig recibió el anillo de una modista parisiense, sin sospechar que su prometido le sacrificaba un recuerdo amoroso. Después nos sentamos todos a la mesa, bebimos, comimos y aun cantamos prolongadamente. Yo sufría por la prometida las rudas chanzas que estallaban a su alrededor. Sin embargo, ella las toleraba mejor de lo que yo había esperado, y su desasosiego no llegaba a convertirse en torpeza ni en afectación.

Quizá las situaciones difíciles infundan valor.

El almuerzo terminó cuando Dios quiso. Eran las cuatro de la tarde. Los hombres fueron a pasearse por el parque, que era magnífico, o se quedaron a mirar las danzas de los campesinos de Puygarrig, ataviados de fiesta, en el prado del castillo. De este modo transcurrieron varias horas. Entretanto, las mujeres rodeaban solícitas a la novia, que les mostraba sus regalos. Después mudó de ropa, y observé que cubría sus hermosos cabellos con un sombrero de plumas; las mujeres siempre se apresuran a usar en la primera oportunidad que se les presenta el atavío que la costumbre les prohíbe cuando todavía son solteras.

Eran casi las ocho cuando nos dispusimos a regresar a Ille. Pero antes hubo una escena patética. La tía de la novia, mujer muy anciana y devota, que hacía para con ella las veces de madre, no debía acompañarnos.

En el momento de la partida dirigió a su sobrina un conmovedor sermón sobre sus deberes de esposa, del cual resultó un torrente de lágrimas y una infinidad de abrazos. El señor Peyrehorade comparó esta separación con el rapto de las sabinas. Partimos, sin embargo, y en el trayecto todos se esforzaron por distraer a la recién casada y hacerla reír. Pero fue en vano.

En Ille nos esperaba la cena, ¡y qué cena! Si el tosco regocijo de la mañana me había chocado, mucho más me impresionaron los equívocos y chanzas de que se hizo víctima principal a la pareja. El novio, que se había ausentado unos segundos antes de

sentarse a la mesa, estaba pálido y con una seriedad de hielo. Bebía una copa tras otra de viejo vino de Collioure, casi tan fuerte como el aguardiente. Yo estaba a su lado, y me creí obligado a advertirle:

—¡Tenga cuidado! Se dice que el vino…

No se qué tontería añadí para ponerme a tono con los demás comensales.

Él me tocó la rodilla y dijo en voz muy baja:

—Cuando nos levantemos de la mesa… quiero hablarle unas palabras. Su tono solemne me sorprendió. Lo mire atentamente y observé la extraña alteración de sus rasgos.

—¿Se siente indispuesto? —le pregunté.

—No.

Y siguió bebiendo.

Entretanto, en medio de gritos y aplausos, un niño de doce años, que se había deslizado bajo la mesa, mostró a los asistentes una hermosa cinta rosada y blanca que había desatado del tobillo de la novia. Se le llamó la liga de la desposada, y después de ser cortada en pedacitos fue repartida entre los jóvenes, que adornaron con ellos sus ojales, según una vieja costumbre que se conserva aún en algunas familias patriarcales. Y esta vez la desposada enrojeció hasta el blanco de los ojos. Pero su turbación llegó al máximo cuando el señor Peyrehorade después de reclamar silencio cantó algunos versos en catalán, improvisados, según él, cuyo sentido si no los comprendí mal era el siguiente: «¿Qué es esto, amigos míos? ¿El vino que he bebido me hace ver doble? Hay aquí dos Venus…».

La desposada volvió bruscamente la cabeza con una expresión aterrada que hizo reír a todo el mundo.

—Sí —prosiguió el señor Peyrehorade—, hay dos Venus bajo mi techo. A una la he encontrado en la tierra, como una trufa; la otra, descendida del cielo, acaba de dividir su cinturón entre nosotros. Quería decir su liga.

—Hijo mío, elige la Venus romana o la catalana… El muy pillo elige la catalana, y elige lo mejor. La romana es negra, la catalana es blanca. La romana es fría, la catalana inflama a todo el que se le acerca.

Esta salida provocó tal algarabía, aplausos tan ruidosos y risas tan sonoras, que me pareció que el techo estaba a punto de desplomarse sobre nosotros. En torno a la mesa solo había tres semblantes serios, el de los recién casados y el mío. Yo tenía un fuerte dolor de cabeza; además, no sé por que, una boda siempre me entristece. Ésta, por añadidura, me disgustaba un poco.

Cuando el teniente/alcalde cantó las últimas coplas, bastante ligeras por cierto, todos pasamos al salón para despedir a la novia, que bien pronto debía ser conducida a su alcoba, pues ya se acercaba la medianoche.

Alphonse me llevó al alféizar de una ventana y me dijo, desviando los ojos:

—Usted se burlará de mí… Pero no sé qué tengo… ¡estoy hechizado! ¡El diablo me lleve!

Lo primero que se me ocurrió fue que se creía amenazado de alguna de esas desgracias de que hablan Montaigne y *Madame* de Sevigné: «Todo el imperio amoroso está colmado de historias trágicas, etc».

«Yo creía que esta clase de accidentes solo ocurrían a la gente de espíritu», pensé para mis adentros.

—Ha bebido demasiado vino de Collioure, mi querido amigo —le dije—. Yo se lo advertí.

—Sí, puede ser. Pero se trata de algo mucho más terrible.

Hablaba con voz entrecortada. Me pareció completamente ebrio.

—¿Usted recuerda lo que le dije de mi anillo? —prosiguió después de una pausa.

—Sí, ¿se lo han robado?

—No.

—En ese caso, ¿lo tiene en su poder?

—No… yo… no puedo sacarlo del dedo de esa maldita Venus.

—¡Vamos! No habrá tirado con suficiente fuerza.

—Sí, por cierto… Pero ella ha doblado el dedo.

Me miró fijamente con expresión huraña, apoyándose en la falleba para no caerse.

—¡Qué disparate! —le dije—. Ha introducido demasiado el anillo en el dedo. Mañana podrá sacarlo con un par de tenazas. Pero tenga cuidado de no dañar la estatua.

—No, le digo que no. Venus ha encogido el dedo, lo ha replegado. Cierra la mano, ¿comprende usted? Es mi esposa, aparentemente, puesto que le he dado mi anillo… No quiere devolvérmelo.

Me estremecí bruscamente y por un instante sentí la piel de gallina. Pero en aquel momento él suspiró hondamente, lanzando una tufarada de vino, y toda emoción de mi parte desapareció.

«Este condenado», pensé, «está completamente borracho».

—Usted es un anticuario, señor —prosiguió Alphonse con acento lamentable—. Usted conoce esas estatuas… Quizá hay algún resorte, algún truco que yo no conozco… ¿No quiere verla?

—De buena gana —repuse—. Venga conmigo.

—No. Prefiero que vaya usted solo.

Salí del salón.

El tiempo había cambiado durante la cena; ahora empezaba a llover con fuerza. Iba a pedir un paraguas, cuando una reflexión me detuvo. «Sería muy tonto», me dije, «si fuera a comprobar lo que me dice un hombre ebrio. Quizá, por otra parte, haya querido hacerme una broma de mal gusto, para hacer reír a estos honrados provincianos. Y en todo caso, lo menos que puede ocurrirme es empaparme los huesos y pescarme un buen resfrío».

Desde la puerta lancé un vistazo a la estatua chorreante de agua y subí a mi cuarto sin volver al salón. Me acosté; pero tardé mucho tiempo en conciliar el sueño. Todas

las escenas del día retornaban a mi memoria. Pensé en aquella muchacha tan hermosa y tan pura entregada a un ebrio brutal.

«Qué cosa tan detestable», pensé, «es un matrimonio de conveniencia. El alcalde se pone una faja tricolor, el cura se ciñe la estola y la muchacha más honrada del mundo queda en manos de un minotauro. Dos seres que no se aman, ¿qué pueden decirse en un momento como ése, un momento que dos enamorados comprarían al precio de su vida? Una mujer, ¿puede amar jamás a un hombre a quien ha visto grosero una vez? Las primeras impresiones no se borran, y estoy seguro de que Alphonse merecerá ser detestado…».

En el transcurso de mi monólogo, que abrevio mucho, de frecuentes idas y venidas en la casa, puertas que se abrían y cerraban, vehículos que partían. Después me pareció oír, en la escalera, los pasos ligeros de varias mujeres que se dirigían al extremo del corredor opuesto a mi cuarto. Era probablemente el cortejo de la novia, que conducía a ésta a su alcoba. Después los pasos descendieron nuevamente la escalera.

La puerta de *Madame* de Peyrehorade se había cerrado. «Cuán turbada e inquieta debe estar esa pobre muchacha», dije para mis adentros, revolviéndome malhumorado en el lecho. Un hombre soltero desempeña un papel bastante estúpido en una casa donde se celebra una boda.

Hacía algún tiempo que reinaba el silencio cuando fue interrumpido por pesados pasos que subían la escalera. Los escalones de madera crujían ruidosamente.

—¡Qué cernícalo! —exclamé—. Apuesto a que se cae en la escalera.

Todo volvió a quedar tranquilo. Tomé un libro para cambiar el curso de mis ideas. Era una estadística del departamento, complementada por una memoria de Peyrehorade sobre los monumentos druidas del distrito, de Prades. Me quedé dormido al llegar a la tercera página.

Dormí mal y me desperté varias veces. Serían las cinco de la mañana, y ya hacía más de veinte minutos que estaba despierto, cuando cantó el gallo.

Estaba por amanecer. Entonces oí claramente los mismos pasos pesados, el mismo crujido de la escalera que había oído antes de quedarme dormido. Esto me pareció extraño. Bostecé, tratando de adivinar por qué Alphonse se levantaba tan temprano. No logré encontrar ninguna razón plausible. Iba a cerrar los ojos cuando mi atención fue nuevamente excitada por un extraño tropel al que bien pronto se mezcló un tintineo de campanillas y ruido de puertas que se abrían estrepitosamente. Después percibí gritos confusos.

«¡Mi borracho habrá pegado fuego a la casa!», pensé saltando del lecho.

Me vestí rápidamente y entré en el corredor. Del extremo opuesto partían gritos y lamentos, y una voz desgarradora dominaba a todas las demás:

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

Era evidente que alguna desgracia había sucedido a Alphonse. Corrí a la alcoba nupcial. Estaba llena de gente. El primer espectáculo que se ofreció a mis ojos fue el

del joven, vestido a medias, extendido de través sobre el lecho, cuyo tablado estaba roto. Estaba pálido e inmóvil. Su madre lloraba y gemía a su lado. El señor Peyrehorade se movía de un lado a otro, frotándole las sienes con agua de Colonia o poniéndole sales debajo de la nariz. Inútilmente: su hijo estaba muerto hacía largo rato. Sobre un sofá en el otro extremo de la habitación, la desposada era presa de horribles convulsiones. Lanzaba gritos inarticulados, y dos robustos criados se veían en dificultades para contenerla.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¿Qué ha sucedido?

Me acerqué al lecho y levanté el cuerpo del infortunado joven; ya estaba rígido y frío. Sus dientes apretados y su rostro ennegrecido expresaban la angustia más atroz. Era evidente que su muerte había sido violenta y su agonía terrible. Sin embargo, no había rastros de sangre en sus ropas.

Le abrí la camisa y le vi en el pecho una marca que se prolongaba por los flancos y la espalda. Parecía haber sido estrechado en un círculo de hierro. Pisé algo duro que yacía sobre la alfombra; me agaché y vi que era la sortija de diamantes.

Llevé al señor Peyrehorade y su esposa a su habitación; después hice transportar allí a la desposada.

—Aún tenéis una hija —les recordé—. Debéis cuidarla.

Y los dejé solos.

No me parecía dudoso que Alphonse había sido victima de un asesinato cuyos autores habían logrado introducirse durante la noche en la alcoba nupcial. Sin embargo, aquellas magulladuras del pecho, en forma de círculo, me intrigaban bastante. Habría sido imposible producirlas con un bastón o con una barra de hierro. De pronto recordé haber oído decir que en Valencia algunos matones utilizaban largos sacos de cuero, llenos de arena, con los que golpeaban a sus víctimas para cometer sus crímenes a sueldo. Al mismo tiempo recordé al arriero aragonés y su amenaza. Pero aún así, me costaba trabajo pensar que hubiera tomado venganza tan terrible de una broma sin importancia.

Recorrí la casa, buscando por doquier huellas de una irrupción violenta, pero no pude encontrarlas. Bajé al jardín, para ver si los asesinos habían podido introducirse por allí. Mas no hallé ningún indicio seguro. La lluvia de la víspera, por otra parte, había enlodazado el terreno a tal extremo que habría sido imposible encontrar huellas bien netas.

Sin embargo descubrí algunas, no muy profundas; iban en dos direcciones contrarias, pero en una misma línea, partiendo de la esquina del seto contigua al juego de pelota y desembocando en la puerta de la casa. Podían ser los pasos de Alphonse, cuando fue a buscar su anillo en el dedo de la estatua. Por otra parte, el seto era allí menos tupido; debía ser ése el punto elegido por los asesinos para atravesarlo. Pasando una y otra vez ante la estatua, me detuve un instante para observarla. Esta vez, lo reconozco, no pude contemplar sin espanto su expresión de irónica perversidad. Y, con el espíritu colmado de las escenas terribles que acababa de

presenciar, creí ver en ella una divinidad infernal que se regocijaba de la calamidad que había caído sobre la casa.

Volví a mi cuarto y permanecí en él hasta mediodía. A esa hora salí y pedí noticias de mis anfitriones. Estaban un poco más calmados. *Mademoiselle* de Puygarrig —debería decir la viuda de Alphonse— había recobrado el conocimiento. Quiso hablar personalmente con el procurador real de Perpiñán, que estaba de gira en Ille, y este magistrado recibió su declaración y pidió también la mía. Le dije lo que sabía, y no oculté mis sospechas del arriero aragonés.

Ordenó que fuera arrestado inmediatamente.

—¿Le ha dicho algo Mme. Alphonse? —pregunté al procurador cuando mi declaración estuvo escrita y firmada.

—Esa desdichada joven se ha vuelto loca —me respondió sonriendo tristemente —. Loca, enteramente Loca. Dice que hacía varios minutos que estaba acostada con las cortinas del lecho corridas, cuando se abrió la puerta de su alcoba y entró alguien. Mme. Alphonse estaba del lado de la pared, con el rostro vuelto hacia ella. Convencida de que era su marido, no se movió. Un instante más tarde el lecho crujió como si acabara de posarse en él un peso enorme. La joven tuvo mucho miedo, mas no osó volver la cabeza.

Transcurrieron de este modo cinco minutos, quizá diez… ella había perdido la noción del tiempo. De pronto ella, o la persona que estaba a su lado, hizo un movimiento involuntario, y sintió el contacto de algo frío como el hielo. Son sus propias palabras. Se acurrucó aún más contra la pared, temblando de pies a cabeza. Poco más tarde la puerta se abrió por segunda vez, alguien entró y dijo: «Buenas noches, mi pequeña esposa». En seguida se descorrieron las cortinas y ella oyó un grito ahogado. La persona que estaba a su lado en el lecho se incorporó y pareció tender los brazos hacia adelante. Entonces la joven volvió la cabeza… y dice que vio a su marido arrodillado junto a la cama, con la cabeza a la altura de la almohada, entre los brazos de una especie de gigante verdoso que lo estrechaba con fuerza. Dice —y me lo ha repetido veinte veces, pobre mujer—, dice que reconoció, ¿adivina usted?, a la Venus de bronce, la estatua del señor Peyrehorade… Desde que está aquí, todo el mundo sueña con ella.

Pero vuelvo al relato de la desdichada loca. Al ver aquel espectáculo, perdió el conocimiento. Probablemente había perdido la razón algunos momentos antes. No sabe decir cuánto tiempo permaneció desmayada. Al volver en sí, vio nuevamente el fantasma, o la estatua, como afirma siempre, inmóvil, las piernas y la parte inferior del cuerpo sobre el lecho, el busto y los brazos tendidos había adelante, y entre los brazos, su esposo, ya sin movimiento. Cantó un gallo. Entonces la estatua salió del lecho, dejó caer el cadáver y se marchó. Mme. Alphonse tocó desesperadamente la campanilla, y lo demás lo sabe usted.

Se hizo comparecer al español. Estaba tranquilo y se defendió con mucha sangre fría y presencia de ánimo.

Por lo demás, no negó la amenaza que yo había oído, pero se justificó alegando que lo único que había querido decir era que, al día siguiente, cuando hubiera descansado, ganaría un partido de pelota a su vencedor. Recuerdo que añadió:

—Un aragonés ultrajado no espera al día siguiente para vengarse. Si yo hubiese creído que el señor Alphonse quería insultarme, le habría hundido el cuchillo en el vientre allí mismo.

Se compararon sus zapatos con las huellas de pasos en el jardín; sus zapatos eran mucho más grandes.

Por otra parte, el fondero de aquel hombre declaró que había pasado toda la noche masajeando y curando uno de sus mulos, que estaba enfermo.

Por último, el aragonés era hombre de buena reputación, muy conocido en toda la comarca, adonde venía todos los años para ejercer su comercio. Se lo puso en libertad y se le ofrecieron excusas. Olvidaba la declaración de un criado que fue el último que vio a Alphonse con vida.

Éste iba a subir a la alcoba de su mujer, pero antes llamó al criado y le preguntó con expresión de inquietud si sabía dónde estaba yo. El criado respondió que no me había visto. Entonces Alphonse lanzó un suspiro y estuvo cosa de un minuto silencioso antes de decir: «¡Bueno! ¡También a él se lo habrá llevado el diablo!».

Pregunté a este hombre si Alphonse llevaba en aquel momento su anillo de diamantes. El criado vaciló antes de responder; por fin dijo que no le parecía, pero que de todas maneras él no había reparado en ese detalle.

—Si lo hubiera llevado en el dedo —añadió—, sin duda yo lo habría notado, pues creía que se lo había dado a *Madame* Alphonse.

Al interrogar a este hombre sentí un poco del terror supersticioso que la declaración de Mme. Alphonse había propagado por toda la casa. El procurador real me miró, sonriendo, y me cuidé bien de insistir.

Algunas horas después de los funerales de Alphonse me dispuse a marcharme de Ille. El carruaje del señor Peyrehorade debía conducirme a Perpiñán.

A pesar de su estado de debilidad, el pobre anciano quiso acompañarme hasta la puerta de su jardín. Lo atravesamos en silencio, él casi arrastrándose, apoyado en mi brazo. En el momento de la despedida, lancé una última mirada a la estatua de Venus. Preveía que mi anfitrión, aunque no compartiese el terror y el odio que ella inspiraba a una parte de su familia, querría deshacerse de un objeto que le recordaría incesantemente una desgracia atroz. Mi intención era comprometerlo a que la donase a un museo.

Aún no me decidía a entrar en materia cuando el señor Peyrehorade volvió maquinalmente la cabeza hacia el lugar que yo miraba fijamente. Vio la estatua y se deshizo en llanto. Lo abracé, y sin atreverme a decirle una palabra, subí al carruaje.

Desde aquel día, que yo sepa, la misteriosa catástrofe ha permanecido sin explicación.

El señor Peyrehorade murió algunos meses después que su hijo. En su testamento

me legó sus manuscritos, que quizá publicaré algún día. No he encontrado entre ellos la memoria referente a las inscripciones de la estatua de Venus.

P. S.— Mi amigo el señor P. acaba de escribirme de Perpiñán diciéndome que la estatua ya no existe. Después de la muerte de su marido, la primera preocupación de Mme. de Peyrehorade fue hacerla fundir para convertirla en una campana, y bajo esta nueva forma prestó servicios en la iglesia de Ille. Pero, agrega mi amigo, parece que la mala suerte persigue a los que poseen aquel bronce. Desde que la campana suena en Ille, las viñas se han helado dos veces.

6

La puerta en el muro
H. G. Wells

Pocos escritores han influido tanto en el mundo contemporáneo como H. G. (HERBERT GEORGE) WELLS. En libros juveniles anticipó algunas conquistas científicas actuales, o dio forma a milenarios sueños de la humanidad. En obras posteriores ahondó en los problemas de nuestra civilización, poniendo al servicio de ese análisis una singular aptitud sociológica.

La Máquina del Tiempo, *La Isla del Dr. Moreau*, *El Hombre Invisible*, *La Guerra de los Mundos*, *Tono Bungay*, *El Padre de Cristina Alberta*, son sus novelas más conocidas. Escribió también un *Esquema de la Historia* y una amena autobiografía.

1

Hace menos de tres meses, durante una velada propicia a las confidencias, Lionel Wallace me contó esta historia de *La Puerta en el Muro*. Y en aquel momento pensé que, en lo que a él concernía, era verídica.

Me la narró con una simplicidad de convicción tan directa, que no pude menos de creerle. Pero a la mañana siguiente, en mi propio departamento, me hallé al despertar en una atmósfera distinta; y mientras tendido en la cama recordaba las cosas que me había relatado, pero desprovistas ahora del encanto de su voz grave y lenta, desvinculadas de la luz del quinqué que caía sobre la mesa, del ámbito de sombras que nos circundaba y de todos aquellos objetos agradables y relucientes —el postre, las copas, la mantelería de la cena que acabábamos de compartir— que constituían un mundo pequeño y brillante, totalmente aislado de las realidades cotidianas, me parecieron francamente increíbles.

—Son invenciones… —me dije, y añadí—: Pero ¡qué notables!… Jamás lo hubiera imaginado, y menos en él.

Más tarde, mientras sentado en la cama tomaba el té, traté de explicar el sabor a realidad de sus imposibles reminiscencias (era ese sabor a realidad lo que me dejaba perplejo), suponiendo que de algún modo sugerían, mostraban, transmitían (no sé qué palabra utilizar) experiencias que de otra manera era imposible referir.

Pues bien, ya no recurro a esa explicación. Mis dudas se han disipado. Creo ahora, como creí cuando me contó el episodio, que Wallace hizo todo lo posible por develar ante mí la verdad de su secreto. Pero no pretendo adivinar si realmente vio o si creyó ver, si fue el poseedor de un inestimable privilegio o la víctima de un sueño fantástico. Inclusive las circunstancias de su muerte, que aventaron para siempre mis dudas, no aclaran ese dilema.

El lector juzgará por sí mismo.

He olvidado qué comentario, qué crítica formulada por mí al azar, impulsó a un hombre tan reticente a depararme su confianza. Creo que quiso defenderse contra una acusación de tibieza o de irresponsabilidad en relación con un gran movimiento público, en el que su actitud me había defraudado. Lo cierto es que bruscamente intentó justificarse.

—Tengo una preocupación… —dijo.

»Sé —prosiguió después de una pausa—, que he sido negligente. Lo cierto es que… No se trata de un caso de fantasmas o de aparecidos, pero es una cosa difícil de decir, Redmond. Estoy hechizado. Acosado por algo que despoja de interés a las cosas, que me llena de ansias…».

Se interrumpió, refrenado por esa timidez inglesa que tan a menudo nos asalta cuando queremos hablar de cosas conmovedoras, graves o bellas.

—Tú fuiste alumno de Saint Althestan hasta el último año —dijo, y por un instante esto me pareció enteramente desvinculado del tema—. Bueno…

Hizo una nueva pausa. Después, vacilante al principio, con más soltura luego, empezó a hablarme de aquello que había oculto en su vida: el persistente recuerdo de una belleza y una felicidad que llenaban su corazón de insaciables anhelos, y que tornaba opacos, tediosos y vanos todos los intereses y el espectáculo de la vida mundana.

Ahora que poseo la clave, todo parece visiblemente escrito en su rostro. Tengo una fotografía suya en la que ese despego ha sido captado e intensificado. Me recuerda lo que de él dijo una vez una mujer, una mujer que lo había amado mucho: «De pronto pierde todo interés. Se olvida de los demás. No le importa nada de los demás, aunque estén a su lado».

Sin embargo, Wallace no era siempre igualmente apático, y cuando ponía su atención en algo podía ser un hombre muy exitoso. En realidad, su carrera está jalonada de éxitos. Me dejó atrás hace mucho tiempo; se remontó muy por encima de mí y se hizo de un renombre que yo jamás pude lograr. Aún no había cumplido

cuarenta años, y ahora dicen que si hubiera vivido habría ocupado un alto puesto en el gobierno y quizá habría integrado el nuevo gabinete.

En la escuela me superaba siempre sin esfuerzo, como la cosa más natural. Cursamos juntos la mayor parte de nuestros estudios en el Colegio de Saint Althestan, en West Kensington. Entramos a la par en el colegio, pero él egresó mucho más adelantado, con un diluvio de becas y brillantes calificaciones, a pesar de que yo hice una carrera bastante buena. Y fue en aquella escuela donde oí hablar de la Puerta en el Muro por primera vez; la segunda, fue un mes antes de su muerte.

Para él, al menos, la Puerta en el Muro era una puerta auténtica, que a través de una pared verdadera conducía a realidades inmortales. De eso estoy ahora convencido.

Y se enteró de su existencia muy temprano, cuando era apenas un chiquillo de cinco o seis años. Recuerdo que al hacerme depositario de su secreto, con pausada gravedad, efectuó los cálculos y razonamientos necesarios para determinar la fecha.

—Había una enredadera de Virginia, de color carmesí, un color carmesí uniforme y brillante, contra la pared blanca, bajo los rayos luminosos y ambarinos del sol. Esto, de algún modo, forma parte de la impresión que retengo, aunque no sé exactamente por qué. Y en el limpio pavimento, frente a la puerta verde, había hojas de castaños de Indias, en parte verdes y en parte amarillas, pero no pardas ni sucias, de modo que eran hojas recién caídas. De ahí deduzco que transcurría el mes de octubre. Nadie mejor que yo puede saberlo, pues todos los años vigilo la caída de las hojas de los castaños.

»Si estoy acertado en eso, yo tenía por aquella época cinco años y cuatro meses».

Había sido, según él, un chico más bien precoz; aprendió a hablar a edad anormalmente temprana, y era tan sano y «formal», como dice la gente, que gozaba de un grado de libertad que la mayoría de los niños solo alcanzan a los siete u ocho años. Su padre murió cuando él tenía dos, y quedó al cuidado, menos vigilante y autoritario, de una institutriz.

Su padre era un abogado severo y preocupado, que le prestaba escasa atención, aunque esperaba grandes cosas de él. A pesar de toda su viveza de ingenio, creo que la vida le resultaba gris y opaca. Y un día empezó a vagabundear.

No recordaba en particular la negligencia que le permitió escapar, ni cuál de los caminos de West Kensington eligió. Todo eso se había desvanecido entre los incurables borrones de la memoria. Mas la pared blanca y la puerta verde persistían nítidamente.

Según lo que recordaba de aquella experiencia infantil, ya al ver por primera vez la puerta experimentó una extraña emoción, una atracción, un deseo de encaminarse a ella, abrirla y entrar. Y al mismo tiempo tuvo la absoluta certeza de que ceder a esa atracción era imprudente o perverso; una de las dos cosas: no sabía cuál. Cosa extraña, insistió en afirmar que, a menos que la memoria le jugase una curiosa trampa, supo desde el primer momento que la puerta no tenía cerrojo y que podía

entrar fácilmente.

Me parece ver la cara de aquel chico, atraído y rechazado.

Y también se le hizo evidente, aunque nunca me explicó por qué, que su padre se encolerizaría mucho si atravesaba esa puerta.

Wallace me describió con todo detalle esos momentos de vacilación. Pasó de largo ante la puerta y luego, con las menos en los bolsillos y tratando puerilmente de silbar, siguió caminando hasta sobrepasar el extremo del muro. Allí recuerda haber visto varias tiendas sucias, en particular la de un plomero y decorador, donde se amontonaban en polvoriento desorden caños de loza de barro, plomo en láminas, canillas, muestrarios de empapelados y tarros de pintura. Se detuvo, fingiendo examinar esas cosas, y *codiciando*, deseando apasionadamente la puerta verde.

Entonces, según me dijo, experimentó una ráfaga de emoción. Corrió hasta la puerta verde, temeroso de volver a vacilar. La embistió con el brazo extendido y la oyó cerrarse a sus espaldas. De este modo, casi sin pensarlo, entró en el jardín que ha inquietado el resto de sus días.

Le resultó muy difícil a Wallace describirme la impresión exacta que recibió al encontrarse en aquel jardín.

Había algo en el aire mismo que regocijaba, que infundía una sensación de liviandad, de dicha y bienestar; que daba a todos los colores una nitidez, una luminosidad sutil y perfecta. Al entrar, se experimentaba una exquisita felicidad, esa felicidad que raramente se siente en este mundo y solo cuando se es joven y alegre. Allí todo era hermoso…

Wallace se quedó meditando antes de proseguir. —Pues bien —dijo con el acento irresoluto del hombre que hace una pausa antes de referir algo increíble—, había allí dos grandes panteras… Sí, panteras moteadas. Y no tuve miedo. Había un sendero largo y ancho, con canteros de aristas de mármol a ambos lados, y esas dos bestias enormes y aterciopeladas jugaban allí con una pelota. Una alzó la cabeza y se acercó a mí, con cierta curiosidad al parecer. Llegó a mi lado, frotó muy suavemente su oreja tibia y redonda contra la mano que yo le tendía y comenzó a ronronear.

»Te aseguro que era un jardín encantado. ¿Y su tamaño? ¡Oh! Se extendía, inconmensurable, en todas direcciones. Creo que a la distancia había colinas. Solo Dios sabe qué había sido de West Kensington. Y en cierto modo era como un regreso al hogar.

»¿Cómo explicarte? Apenas estuvo la puerta cerrada a mi espalda, olvidé el camino con las hojas caídas de los castaños, los coches de alquiler y los carros de los mercaderes; olvidé esa especie de atracción gravitatoria que me ceñía a la disciplina y la obediencia en casa de mi padre; olvidé todas las dudas y temores, olvidé la discreción, olvidé todas las íntimas realidades de esta vida. En un instante me convertí en un niño feliz, maravillosamente feliz en otro mundo. Era un mundo diferente, con una luz más tibia, penetrante y suave; con una tenue y clara alegría en el aire; con hebras de nubes acariciadas por el sol en lo azul del cielo. Y ante mí se

extendía acogedoramente ese camino largo y ancho, con canteros sin malezas a ambos lados, donde esplendían flores que nadie cuidaba y jugaban aquellas dos grandes panteras. Sin temor puse las manos sobre su pelaje suave, acaricié sus orejas redondas y los sensitivos pliegues debajo de sus orejas, y jugué con ellas, y era como si me diesen la bienvenida a mi hogar. Esta sensación de retorno al hogar era muy aguda. De pronto apareció en el sendero una muchacha alta y rubia, se acercó sonriendo a recibirme, dijo: “¿Y bien?”, y me alzó y me besó, y después me bajó y me llevó de la mano; yo no sentía asombro sino la deliciosa impresión de que todo estaba bien, de que volvían a mi memoria cosas felices que de algún modo extraño olvidara.

»Recuerdo una ancha escalinata de peldaños rojos, que apareció a mi vista entre espigas de delfinios, por donde subimos hasta entrar en una gran avenida sombreada por árboles muy viejos, oscuros y frondosos. A todo lo largo de esta avenida, entre los troncos rojos y hendidos, había suntuosos bancos de mármol, y estatuas, y mansísimas palomas blancas.

»Por esta avenida me llevó mi amiga, bajando el rostro para mirarme (aún recuerdo los rasgos agradables, la barbilla exquisitamente modelada de su rostro dulce y bondadoso), haciéndome preguntas con voz suave y placentera, contándome cosas; bellas cosas, estoy seguro, aunque nunca pude recordarlas… De pronto bajó de un árbol un mono capuchino, muy limpio, con un pelaje pardo rojizo y bondadosos ojos castaños; se acercó a nosotros, corrió a mi lado y me miró sonriendo, y luego se encaramó a mi hombro. Y los dos seguimos caminando, muy felices».

Hizo una pausa. —Prosigue —le dije.

—Recuerdo pequeñas cosas. Recuerdo que pasamos junto a un anciano que meditaba entre laureles, junto a un lugar que alegraban las cotorras, y que atravesando una columnata ancha y sombreada entramos en un palacio espacioso y fresco, lleno de agradables fuentes, de bellas cosas, hechas a la medida de las promesas y los deseos del corazón.

»Y había muchas cosas y mucha gente; a algunos aún los recuerdo con claridad, a otros más vagamente; pero todos eran hermosos y buenos. De algún modo, no se cómo, entendí que todos eran bondadosos conmigo, que se alegraban de tenerme allí, y me colmaban de alegría con sus gestos, con el roce de sus manos, con la bienvenida y el amor de sus ojos».

—Sigue.

Estuvo cavilando unos instantes.

—Encontré compañeros de juegos. Eso significaba mucho para mí, porque yo era un niño solitario. Se dedicaban a deliciosos juegos en un prado cubierto de césped, donde había un reloj de sol tratado con flores. Y jugar era amarnos…

»Pero —es extraño— hay una laguna en mis memorias. No recuerdo cuáles eran esos juegos. Nunca pude recordarlo. Más tarde he pasado largas horas esforzándome, incluso con lágrimas, por rememorar la forma de esa felicidad. He tratado de

recrearla, solo en mi cuarto. Inútilmente. Lo único que retengo es aquella sensación de dicha y los dos amados amigos que con más frecuencia me acompañaban.

»Luego vino una mujer sombría y morena, de rostro grave y pálido, con ojos soñadores; una mujer sombría, que vestía una suave y larga túnica de pálida púrpura y llevaba un libro; me llamó por señas y llevóme aparte a una galería, aunque mis compañeros no querían que me marchase e interrumpiendo sus juegos se quedaron mirando mientras yo me alejaba.

»—¡Vuelve pronto! —gritaban—. ¡Vuelve pronto con nosotros!

»Miré el rostro de la mujer, pero ella no les prestaba atención. Su expresión era muy dulce y grave.

»Me llevó a un banco de la galería, y yo permanecí de pie a su lado, presto a mirar el libro cuando lo abriera sobre sus rodillas.

»Abriéronse las páginas, señalólas con el dedo y yo miré maravillado, porque en las vivientes páginas de ese libro me vi… era la historia de mi vida y en ella figuraban todas las cosas que me habían acontecido desde que naciera. Maravilloso, porque las paginas de ese libro no eran imágenes, ¿comprendes?, sino realidades».

Wallace hizo una pausa solemne y me miró, vacilando.

—Adelante —le dije—. Comprendo.

—Eran realidades… sí, debían serlo; las personas se movían, y los objetos iban y venían con ellas; mi amada madre, a quien casi olvidara; después mi padre, severo y rígido; los criados, mi cuarto, todas las cosas familiares de mi casa. Luego la puerta de entrada, y las calles ajetreadas donde iban y venían los vehículos. Yo observaba y me maravillaba, y tornaba a mirar casi incrédulo el rostro de la mujer, volcaba las páginas, salteando ésta y aquélla para ver más y más de ese libro, hasta que al fin me descubrí merodeando vacilando ante la puerta verde enclavada en el largo muro blanco, y sentí renovados el miedo y el conflicto interior.

»—¿Y después? —exclamé, y habría vuelto la página siguiente, pero la mano fría de la mujer me detuvo.

»—¿Después? —insistí forcejeando suavemente con la mano de la mujer, tirando de sus dedos con toda la fuerza de mis años infantiles, y cuando ella cedió y pasó la página, se inclinó sobre mí como una sombra y me besó en la frente.

»Pero en aquella página no aparecía el jardín encantado, ni las panteras, ni la muchacha que me había llevado de la mano, ni los amigos que no habían querido dejarme ir.

»Veíase una calle larga y gris de West Kensington, a esa hora fría del atardecer, antes de encenderse los faroles; y yo me encontraba ahí, pequeño y desdichado, llorando a gritos, a pesar de mis esfuerzos por dominarme; y lloraba porque no podía volver junto a los amados compañeros de juegos que me habían gritado: "¡Vuelve con nosotros! ¡Vuelve pronto con nosotros!". Yo estaba ahí.

»Y ya no era la página de un libro, sino la cruda realidad; aquel sitio encantado y la mano que intentaba detenerme, la mano de esa madre grave a cuyas rodillas estuve

pegado, habían desaparecido. ¿Dónde estaban ahora?».

Wallace calló nuevamente y permaneció un rato con los ojos clavados en el fuego.

—¡Oh! ¡La congoja de ese regreso! —murmuró.

—¿Y bien? —dije al cabo de uno o dos minutos.

—De vuelta en este mundo gris, yo era un pobre desdichado. Al comprender en toda su magnitud lo que me había sucedido, me entregué a una pena irredimible. Y aún llevo en mí la vergüenza, la humillación de ese llanto en público y del oprobioso retorno a mi casa. Veo nuevamente a ese anciano caballero de benévolo aspecto, un anciano con lentes de oro, que se detuvo para hablarme… punzándome antes con la punta de su paraguas. —¡Pobre chico! —dijo—. ¿Estás extraviado?

»¡Y yo había nacido en Londres, y tenía más de cinco años! Se empeñó en llamar a un policía, joven y bondadoso, y en rodearme de curiosos y llevarme a casa. Sollozando, observado por todo el mundo, temeroso, salí de aquel jardín encantado para volver al umbral de la casa de mi padre.

»Eso es todo cuanto recuerdo de mi visión del jardín… el jardín que aún ahora me obsesiona. Naturalmente, no puedo expresar esa inefable condición de translúcida irrealidad, esa diferencia en relación con los objetos comunes de nuestra experiencia que imperaba allí; pero eso… eso es lo que ocurrió. Si fue un sueño, estoy seguro de que he soñado despierto y que ha sido un sueño extraordinario… ¡Hum! Desde luego, hubo un interrogatorio terrible, por padre de mi tía, mi padre, la nodriza, la institutriz, todos…

»Traté de explicarles, y por primera vez mi padre me dio una paliza por embustero. Más tarde intenté contar el caso a mi tía, y ella volvió a castigarme por reincidir perversamente.

»Más tarde se prohibió a todos escucharme, oír una sola palabra del asunto. Hasta me quitaron por un tiempo los libros de cuentos de hadas… porque yo era demasiado “imaginativo”. ¿Eh? ¡Sí, llegaron a eso! Mi padre era de la vieja escuela… Y mi historia quedó encerrada dentro de mí. Yo la susurraba a mi almohada: mi almohada que a menudo estaba húmeda y salada de llanto bajo mis labios murmurantes. Y a mis oraciones preestablecidas, menos fervientes, agregaba siempre esta súplica de todo corazón: “¡Te ruego, Señor, que me hagas soñar con el jardín! ¡Oh, llévame nuevamente al jardín! ¡Llévame al jardín!”. A menudo, en efecto, soné con él. Quizá he agregado elementos al sueno, quizá lo he alterado, no sé… Debes comprender que esto no es más que una tentativa de reconstruir una experiencia muy temprana sobre recuerdos fragmentarios. Entre éstos y otras memorias subsiguientes de mi infancia, hay una laguna.

»Llegó un momento en que me pareció imposible que alguna vez tornara a hablar de aquella prodigiosa vislumbre».

Formulé una pregunta obvia.

—No —respondió—. Que yo recuerde, nunca, en aquellos primeros años, intenté reencontrar el camino que conducía al jardín. Ahora esto me parece extraño, pero

pienso que después de aquella malaventura acaso se vigilaron con más cuidado mis movimientos, para impedir que me extraviase. No, sólo cuando lo conocí intenté buscar nuevamente el jardín. Y creo que hubo una época, aunque ahora parezca increíble, en que lo olvidé totalmente; puede haber sido alrededor de los ocho o nueve años. ¿Recuerdas cuando yo era un chiquillo en Saint Althestan's?

—Sí, recuerdo.

—¿Y alguna vez, en ese entonces, di indicios de poseer un sueño secreto?

2

Alzó la mirada con una repentina sonrisa.

—¿Alguna vez jugaste conmigo al «Paso del Noroeste»? No, naturalmente, tú no te acercabas a mí.

»Era de esa clase de juegos —prosiguió— que ocupan el día entero a todo chico imaginativo. La idea era descubrir un "Paso del Noroeste" para llegar a la escuela[4]. El camino habitual no presentaba dificultades; el juego consistía en buscar un camino que no fuera sencillo, saliendo de casa diez minutos antes en alguna dirección imprevista, y abriéndose paso hasta la meta a través de calles desconocidas.

Y un día me encontré extraviado en unas callejas de barrio pobre, más allá de Campden Hill, y comencé a pensar que por primera vez el juego me resultaría adverso y llegaría tarde a la escuela. Casi desesperado, me interné por un camino que parecía un callejón sin salida, y en su extremo descubrí un pasaje. Lo recorrí apresuradamente, con renovada esperanza.

»—¡Todavía he de llegar a tiempo! —exclamé pasando ante una hilera de sucias tiendas que me parecieron inexplicablemente familiares. Y de pronto, ¡oh, prodigio!, ahí estaba el largo muro blanco y la puerta verde que conducía al jardín encantado.

»Fue una revelación instantánea. ¡Eso quería decir que el jardín, el maravilloso jardín no era un sueño!».

Hizo una pausa.

—Supongo que mi segunda experiencia de la puerta verde pone de manifiesto el mundo de distancia que hay entre la vida laboriosa de un escolar y la infinita holganza de una criatura. Sea como fuere, esta vez no se me ocurrió ni por un momento entrar directamente. No se si comprendes… En primer término, dominaba en mi espíritu la idea de llegar a tiempo a la escuela; estaba decidido a no quebrar toda una trayectoria de puntualidad.

»Indudablemente, debí experimentar algún deseo de abrir la puerta… sí. Debí sentirlo. Pero me parece recordar que consideré la atracción de la puerta simplemente como un nuevo obstáculo para mi suprema decisión de llegar a la escuela. Ese descubrimiento, desde luego, me interesó inmensamente: me fui con el pensamiento puesto en él, pero me fui. La puerta no pudo refrenarme. Pasé de largo, corriendo; saqué el reloj y comprobé que aún me quedaban diez minutos; poco más tarde me encontraba bajando un declive, ya en sitios familiares.

»Llegué a la escuela jadeante, es cierto, y empapado en sudor, pero a tiempo. Recuerdo que colgué el abrigo y la gorra… Había pasado junto a la puerta y había seguido de largo. ¿Extraño, verdad?».

Me miró pensativamente.

—Naturalmente, yo no sabía en aquel momento que la puerta no siempre estaría ahí. La imaginación de un niño es limitada.

»Supongo que me pareció maravilloso que estuviera allí y que yo conociera el camino para volver a ella. Pero ya la escuela me imponía sus exigencias. Imagino que estuve muy distraído y desatento esa mañana, recordando cuanto podía de los extraños y hermosos seres a quienes pronto vería nuevamente. Aunque parezca raro, no abrigaba la menor duda de que se alegrarían de verme… Sí, aquella mañana debí considerar ese jardín como un hermoso lugar al que uno podía volver en los intervalos de una ardua carrera escolástica.

»Y en efecto, aquel día no fui. El día siguiente era semiferiado; quizá eso influyó. Quizá también, la distracción elaboró en mi estado de ánimo ciertas imposiciones, reduciendo el margen de tiempo que en realidad necesitaba para mi excursión. No lo sé. Lo que sé es que ahora el jardín encantado dominaba a tal punto mis pensamientos, que ya no pude guardar el secreto.

»Lo confié a un chico con aspecto de hurón, cuyo nombre no recuerdo. Lo apodábamos Squiff».

—Se llamaba Hopkins —dije.

—Eso es, Hopkins. No me fue agradable decírselo. Tenía la impresión de que en cierto modo revelar el secreto era contrariar determinadas reglas, pero se lo dije. Él solía acompañarme en parte del trayecto a mi casa; era muy locuaz, y si no hubiéramos hablado del jardín encantado habríamos hablado de otra cosa, y a mí me resultaba intolerable pensar en otra cosa. Por eso se lo dije.

»Bueno, él divulgó mi secreto. Al día siguiente, en el recreo, me vi rodeado de media docena de chicos mayores que yo, que me fastidiaban y parecían muy curiosos por saber algo más del jardín encantado. Estaba ese grandote de Fawcett, ¿lo recuerdas?, y también Carnaby y Morley Reynolds. ¿Tú también, por casualidad? No, creo que lo recordaría…

»Un niño es un ser de extraños sentimientos. Realmente creo que, a pesar de mi secreto disgusto conmigo mismo, en el fondo me sentía un poco halagado por llamar la atención de aquellos compañeros más grandes que yo.

»Recuerdo en particular el placer que me causó el elogio de Crashaw (¿recuerdas a Crashaw, que llegó a alcalde y que era hijo de un compositor?); dijo que era el mejor embuste que había oído. Pero al mismo tiempo yo experimentaba un oscuro sentimiento de vergüenza, realmente doloroso, por haber dejado escapar lo que a mi juicio era un secreto sagrado.

»Y esa bestia de Fawcett se permitió una broma acerca de la muchacha vestida de verde…».

La voz de Wallace se hizo más sorda al recuerdo de la humillación.

—Fingí no oír —continuó—. Bueno, después Carnaby me llamó mentiroso y riñó conmigo cuando le dije que el episodio era verídico. Afirmé que sabía dónde estaba la puerta y que en diez minutos podía conducirlos a ella. Carnaby se mostró ofensivamente virtuoso, y respondió que tendría que hacerlo y probar mis palabras o sufrir las consecuencias. ¿Carnaby nunca te retorció el brazo? Entonces quizá comprenderás mi situación. Juré que mi historia era cierta.

»Por aquel entonces no había nadie en la escuela capaz de salvarlo a uno de las iras de Carnaby, aunque Crashaw quiso calmarlo. Pero Carnaby gozaba del juego. Yo me excité, sentí que mis orejas se ponían rojas, empecé a sentir miedo.

»Me comporté como un chico estúpido, y el resultado fue que en lugar de dirigirme solo a mi jardín encantado, abrí la marcha —con las mejillas encendidas, las orejas encarnadas, los ojos febriles y el alma convertida en un ardor de angustia y miseria— seguido por un grupo de seis camaradas burlones, curiosos y amenazantes.

»Y no encontramos el muro blanco ni la puerta verde…».

—¿Quieres decir que…?

—Quiero decir simplemente que no pude encontrarla. A pesar mío.

»Y más tarde, cuando pude volver solo, tampoco la encontré. Jamás la encontré. Ahora me parece que la estuve buscando siempre, en aquellos días del colegio, pero sin hallarla nunca… nunca».

—¿Y los compañeros… se mostraron desagradables?

—Bestialmente… Carnaby celebró una especie de consejo de guerra, me hizo juzgar acusándome de embustero y malvado. Recuerdo que volví a casa y subí furtivamente a mi cuarto, para ocultar las huellas de las lágrimas.

»Y seguí llorando hasta quedarme dormido, mas no por Carnaby, sino por el jardín, por la hermosa tarde que había anhelado, por las dulces y amigables mujeres, por los compañeritos que me aguardaban, por el juego que había ansiado aprender nuevamente, ese hermoso juego olvidado…

»Llegué a creer firmemente que si no hubiera revelado el secreto… En fin, lo cierto es que después atravesé malos momentos: lloraba de noche y fantaseaba de día. Durante dos bimestres dejé de estudiar y tuve malas notas. ¿Recuerdas? Sí, debes recordarlo.

»Fuiste tú, al superarme en matemáticas, quien me lanzó nuevamente a la brecha».

3

Durante un rato mi amigo contempló silenciosamente el rojo corazón del fuego.

Después dijo:

—No volví a verla hasta los diecisiete años.

»Apareció ante mí por tercera vez cuando me dirigía a Paddington, en camino a Oxford, donde debía disputar una beca. Fue apenas una momentánea vislumbre. Iba arrellanado en el coche, fumando un cigarrillo y creyéndome sin duda un cabal hombre de mundo, cuando de súbito divisé la puerta y la pared y experimenté la certidumbre de cosas inolvidables y todavía asequibles.

»El carruaje siguió de largo, traqueteando; tomado de sorpresa, no atiné a detenerlo antes de que se alejara bastante y doblara la esquina. Entonces viví una extraña experiencia, un doble y divergente movimiento de mi voluntad: golpeé con los nudillos la portezuela del techo del carruaje y bajé el brazo para sacar mi reloj.

»—¡Sí, señor! —repuso vivamente el conductor.

»—Este… perdone… no es nada —repliqué—. Un error. No nos queda mucho tiempo. ¡Siga!

»Y seguimos…

»Gané la beca. Y la noche en que supe la noticia me senté junto al fuego en mi pequeña habitación del piso alto, mi estudio, en casa de mi padre, cuando aún sonaban en mis oídos sus elogios (que nunca prodigaba) y sus sanos consejos; y mientras fumaba mi pipa favorita (esa formidable *bulldog* de la adolescencia) pensé en la puerta del largo muro blanco.

»Si me hubiera detenido —pensé—, habría perdido la beca, no hubiese entrado en Oxford, habría echado a perder la brillante carrera que me aguarda. Ahora empiezo a ver mejor las cosas.

»Así estuve cavilando hondamente, pero sin dudar de que mi carrera era algo que merecía un sacrificio.

»Aquellos amados amigos, aquella atmósfera límpida, eránme muy caros, muy entrañables, pero remotos. Mis ambiciones se centraban ahora en el mundo. Miraba abrirse otra puerta: la puerta de mi carrera».

Una vez más contempló fijamente el fuego. Por un instante fugaz, el cárdeno resplandor destacó en su rostro un gesto de porfiada energía, que en seguida se desvaneció.

—Pues bien —continuó con un suspiro—, he realzado mi carrera. He trabajado mucho, he trabajado duramente. Pero mil veces he soñado con el hechizado jardín y en cuatro ocasiones, a partir de aquel día… he visto o columbrado su puerta. Sí, cuatro veces.

»Durante algún tiempo este mundo me pareció tan espléndido e interesante, tan lleno de significado y oportunidades, que el semidesvaído encanto del jardín resultaba, en comparación, muy tenue y remoto. ¿Acaso hay alguien que desee

acariciar una pantera cuando va a cenar con hermosas mujeres y hombres ilustres? Cuando de Oxford regresé a Londres, yo era un hombre pujante, lleno de promesas que en parte se han cumplido. En parte. Y sin embargo, he tenido mis desengaños…

»Dos veces estuve enamorado. No me extenderé sobre esto, pero en una ocasión, cuando iba a ver a alguien que, yo bien sabía, dudaba de si me atrevería a ir, tomé al azar un atajo, una calle poco frecuentada cerca de Earl's Court, y así me hallé ante el muro blanco y la familiar puerta verde.

»—¡Qué extraño! —me dije—. Yo pensaba que este sitio estaba en Campden Hill. Es el lugar que nunca he podido encontrar, cuya búsqueda es empresa más ardua que contar los Stonehenge, el escenario de mis extrañas fantasías.

»Y seguí de largo, firme en mi propósito anterior. Aquella tarde la puerta verde no tenía poder sobre mí.

»Experimenté apenas el momentáneo impulso de probar el picaporte (sólo necesitaba para ello dar tres pasos a un costado), aunque en el fondo de mi corazón estaba seguro de que se abriría para mí; pero después pensé que al hacerlo quizá llegaría tarde a la cita en que estaba comprometido mi honor.

»Más tarde lamenté mucho mi puntualidad; pensé que por lo menos podía haberme asomado para hacer una seña amistosa a las panteras. Mas la experiencia me había enseñado ya que no debía buscar tardíamente lo que buscando no se puede encontrar. Sí, esta vez lo lamenté mucho…

»Después pasaron años de duro trabajo y no volví a hallar la puerta hasta hace muy poco. Simultáneamente con este reencuentro, he tenido la sensación de que algo así como una delgada película opaca empezaba a oscurecer mi mundo. La perspectiva de no volver jamás a ver esa puerta comenzó a parecerme triste y amarga.

»Quizá estaba sufriendo las primeras consecuencias del exceso de trabajo, quizá se apoderaba de mí el sentimiento de frisar ya en los cuarenta años. No sé. Pero es indudable que las cosas no tienen para mí ese vivo resplandor que facilita el esfuerzo; y esto me ocurre cuando debería estar trabajando, participando en los nuevos acontecimientos políticos. Extraño, ¿verdad? La vida se me hace fatigosa, y sus frutos, cuando estoy a punto de obtenerlos, carentes de valor. Hace poco comencé a desear intensamente el jardín. Sí… y tres veces he visto…».

—¿El jardín?

—No. La puerta. Y no he entrado. Se inclinó hacia mí sobre la mesa y su voz reflejaba una pena inmensa.

—Tres veces se me presentó la oportunidad… ¡tres veces! Había jurado que si esa puerta volvía a ofrecérseme, entraría por ella, saldría de este polvo, de este calor, de este superfluo oropel de vanidades, de estas laboriosas futilezas.

»Entraría para no volver nunca. Esta vez me quedaría… Lo había jurado, mas cuando llegó el momento, no entré.

»Tres veces en un año pasé ante esa puerta sin entrar. Tres veces en el ultimo año.

»La primera fue la noche en que hubo aquel reñido debate sobre la Ley de

Arrendamientos, en cuya votación el gobierno se salvó apenas por tres sufragios. ¿Recuerdas? Ninguno de nuestros partidarios, y quizá muy pocos de nuestros rivales, pensaba que la sesión pudiera levantarse durante la noche.

»Pero de pronto el debate se vino abajo como un castillo de naipes. Hotchkiss y yo estábamos cenando con su primo en Brentford; ambos habíamos abandonado el recinto. Nos llamaron por teléfono e inmediatamente nos pusimos en camino en el automóvil del primo. Llegamos apenas a tiempo, y en el trayecto pasamos ante el muro y la puerta, pálidos a la luz de la luna, manchados de un cálido amarillo al iluminarlos nuestros faros, pero inconfundibles.

»—¡Dios mío! —exclamé.

»—¿Qué? —preguntó Hotchkiss.

»—Nada —repuse.

»Y así pasó el momento.

»—He realizado un gran sacrificio —dije, al entrar, al presidente del bloque.

»—Todos se han sacrificado —me respondió y pasó de prisa a mi lado.

»No veo cómo podía haber obrado de otro modo. Y mi próximo encuentro con la puerta ocurrió cuando corría a la cabecera de mi padre, para dar a ese severo anciano el último adiós. También en esta oportunidad las exigencias de las circunstancias fueron imperativas. Pero la tercera vez la situación fue distinta. Sucedió hace una semana, y al recordarlo aún me inunda un ardiente remordimiento. Estaba con Gurker y Ralphs… Ya no es un secreto, tú lo sabes, que he hablado con Gurker.

»Habíamos estado cenando en Frobisher's y la conversación tomó un sesgo íntimo. El problema del lugar que yo ocuparía en el nuevo ministerio escapaba a la órbita de nuestra discusión. Sí, si… Ahora todo eso está arreglado.

»No conviene comentar el asunto todavía, pero no tengo por que ocultarte un secreto… Sí… Gracias, gracias. Pero deja que te cuente el resto de la historia.

»Aquella noche las cosas estaban un poco en el aire. Mi posición era muy delicada. Yo tenía vivos deseos de conseguir una respuesta definida de Gurker, pero me estorbaba la presencia de Ralphs. Utilizaba toda mi capacidad mental para que esa conversación ligera y despreocupada no apuntase con demasiada evidencia al tema que me interesaba. Esto era indispensable. La actitud de Ralphs a partir de aquel momento ha justificado de sobra mi desconfianza… Yo sabía que Ralphs iba a dejarnos más allá de Kensington High Street, y entonces podría sorprender a Gurker abordando francamente el asunto. A veces uno tiene que recurrir a esas pequeñas estratagemas… Y fue entonces cuando allí adelante, en el límite de mi campo visual, percibí una vez más la pared Blanca y la puerta verde.

»Pasamos ante ella conversando. Yo pasé ante ella. Todavía puedo ver la sombra del aguzado perfil de Gurker, de su sombrero de copa inclinado sobre su prominente nariz, de los numerosos pliegues de su bufanda; y después mi propia sombra y la de Ralphs.

»Pasé a veinte pulgadas de esa puerta.

»¿Qué ocurriría —pensé— si les diera las buenas noches y entrara?

»Y estaba ansioso por hablar a solas con Gurker.

»Asediado por un cúmulo de problemas, me era imposible responder a esa pregunta.

»Pensarán que estoy loco —me dije—. Y si llegara a desaparecer… Misteriosa desaparición de tan importante personaje político.

»Esto influyó en mí. Un millar de consideraciones mundanas inconcebiblemente mezquinas obraron sobre mí en esa crisis».

Me miró con sonrisa apenada.

—Y aquí estoy —dijo lentamente—. Aquí estoy —repitió— y he perdido mi última oportunidad. Tres veces en un año se me brindó esa puerta… esa puerta que conduce a la paz, a la felicidad, a una belleza no soñada, a una bondad que ningún hombre puede imaginar.

»Y yo la he rechazado, Redmond, y no volverá a aparecer…».

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. Lo sé. Y ahora he quedado solo con mi trabajo, con los compromisos que tan fuertemente me retuvieron cuando llegó el momento de la decisión. Tú dices que he tenido éxito, que he conseguido esa cosa vulgar, chillona, tediosa y envidiada que llaman éxito. ¡Y es cierto! —Tenía en la mano, en su mano poderosa, una nuez —. Si esto fuese mi éxito… —Y la aplastó entre los dedos y me mostró los fragmentos desmenuzados.

»Te diré una cosa, Redmond. Esa pérdida me está destruyendo. Hace dos meses, hace casi diez semanas, que no hago trabajo alguno, salvo las tareas más necesarias y urgentes. Mi alma está llena de inextinguibles remordimientos.

»De noche, cuando creo que podré pasar inadvertido, salgo y ambulo por las calles. Sí. Me pregunto que diría la gente si lo supiera. ¡Un ministro del gabinete, la cabeza responsable de la más importante de las reparticiones, errando solo… pensando… lamentándose a veces casi en voz alta… en busca de una puerta, de un jardín!».

4

Aún me parece ver su rostro más bien pálido y el fuego extraño y sombrío que inundaba sus ojos. Esta noche lo recuerdo vívidamente. Rememoro sus palabras, su acento, mientras aún yace en mi sofá la *Westminster Gazette* de anoche con la noticia

de su muerte. Hoy, a la hora del almuerzo, todos los socios del club comentaban el asunto. No hemos hablado de otra cosa.

Encontraron su cadáver ayer por la mañana, muy temprano, en una profunda excavación próxima a la estación de East Kensington. Es uno de los dos túneles construidos recientemente en las obras de prolongación del ferrocarril hacia el Sur.

Para impedir el acceso del público, está protegido por una empalizada, sobre el camino real; y en esa empalizada había una puerta pequeña, para dar paso a los obreros que viven en esa dirección. La puerta quedó abierta, por culpa de un malentendido entre dos trabajadores, y Wallace entró por ella.

Una legión de preguntas, de enigmas, oscurecen mi espíritu.

Al parecer, recorrió todo el camino a pie, desde el Parlamento (a menudo ha regresado caminando a su casa durante el último período de sesiones), y es así como imagino su oscura silueta, absorta y decidida, avanzando por las calles desiertas y nocturnas. ¿Acaso los pálidos focos eléctricos dieron a los toscos tablones una semblanza de blancura? ¿Quizá esa puerta fatal y abierta despertó en él algún recuerdo?

Y al fin y al cabo, ¿existió alguna vez la puerta verde en el muro?

No lo sé. He referido su historia tal como él me la contó. A veces creo que Wallace fue simple víctima de la conjunción de ciertas alucinaciones raras, más no sin precedentes, y de una trampa tendida por descuido; pero ésta no es la más profunda de mis convicciones. Pensad, si queréis, que soy supersticioso y tonto; pero en el fondo estoy casi plenamente convencido de que Wallace poseía en verdad una facultad anormal, cierto sentido, algo (no se cómo llamarlo) que bajo la apariencia de un muro y una pared le ofrecía una salida, un secreto y singular camino de evasión que conducía a otro mundo mucho más hermoso. Si es así, diréis, esa facultad lo traicionó a último momento. Pero ¿realmente lo traicionó? En ese punto rozáis el más íntimo misterio de estos soñadores, estos hombres imaginativos y visionarios. Nosotros vemos el mundo corriente y vulgar, vemos la empalizada y el foso. Para el juicio común, Wallace salió de un mundo de seguridades para internarse en la oscuridad, en el peligro, en la muerte. Pero ¿acaso él participaba de ese juicio?

7

El poeta resucitado
Guillaume Apollinaire

GUILLAUME APOLLINAIRE, poeta francés, precursor o creador del surrealismo, nació en Roma en 1880. Obras: *L'Herésiarque et Cie, A lcools, Calligrammes, Le Poete Assassine*. A este último libro pertenece el breve y extrañísimo relato que sigue, escrito durante la primera guerra mundial. Quizá «para recibir cortésmente a la victoria» en compañía de los personajes de su cuento, Apollinaire murió el día en que se firmó el armisticio, en 1918.

El nuevo Lázaro se sacudió como un perro mojado y salió del cementerio. Eran las tres de la tarde y por todas partes estaban pegando los cartelones referentes a la movilización.

ESTE ES
EL ATAÚ
D EN QU
E EL YA
CÍA PÁL
IDO Y P
UDRIÉ
NDO
SE

Reclamó en la gendarmería un duplicado de su libreta militar, y como estaba en el servicio auxiliar se hizo trasladar al servicio activo.

Vivía desde hacia unos tres meses en la guarnición del noveno regimiento de artillería de campaña en N. m. s.

Una tarde, a eso de las 6, leía melancólicamente este extraño anuncio que decora una pared en una callejuela próxima a *les Arenes*:

LA
CASA PLATÓN
NO TIENE SUCURSAL

Cuando a su lado se irguió un extraño brigadier, que formaba parte de su regimiento y cuyo rostro estaba cubierto por una máscara ciega.

—Sígueme —le dijo la máscara extraña—. ¡Y cuidado con el ajenjo! ¡Atención!

—Le sigo, brigadier —dijo el nuevo Lázaro—; pero, dígame, ¿está usted herido?

—Tengo una máscara, artillero —dijo el brigadier misterioso—, y esa máscara oculta todo lo que desearías saber, todo lo que querrías ver, oculta la respuesta a todas tus preguntas desde que has vuelto a la vida, enmudece todas las profecías y gracias a ella ya no te es posible conocer la verdad.

Y el artillero resucitado siguió al brigadier enmascarado y llegaron a la iglesia de los Carmelitas y tomaron el camino de Uzes, que llevaba a los cuarteles.

Entraron, atravesaron el patio de honor, fueron hasta el parque, detrás de los edificios, y allí, apoyándose contra la rueda izquierda de un 75, el brigadier se desenmascaró de pronto y el poeta resucitado vio ante sí todo lo que quería saber, todo lo que quería ver.

En grandes paisajes de nieve y de sangre, vio la dura vida de los frentes; el esplendor de los obuses que estallaban, la mirada desvelada de los centinelas exhaustos de fatiga; el enfermero que da de beber al herido; el sargento de artillería, agente de enlace de un coronel de infantería, que espera con impaciencia la carta de su amiga; el jefe de sección que inicia la guardia en la noche cubierta de nieve; el Rey-Luna flotaba encima de las trincheras y gritaba, no ya en alemán sino en francés:

«A mí me toca quitarle la corona que di a su abuelo».

Al mismo tiempo lanzaba pequeñas bombas de angustia y de locura sobre sus regimientos bávaros; en el cuerpo de garibaldinos, Giovanni Moroni recibía una bala en el vientre y moría pensando en su madre Attilia; en Paris, David Bakar tejía pasamontañas para los soldados y leía *L'Echo de Paris*; Viersélin Tigoboth conducía un cañón automóvil belga hacia Ypres; Mme. Muscade cuidaba a los heridos en un hospital de Cannes; Paponat era sargento furriel en un parque de infantería en Lisieux; René Dalize comandaba una compañía de ametralladoras; el pájaro de Benin camuflaba piezas de artillería pesada; en Szepeny, Hungría, un elegante viejecito se suicidaba ante el altar donde reposa la urna de Santa Adorata. En Viena, el conde Polaski, cuyo castillo está en los alrededores de Cracovia, compraba a un ropavejero una extraña máscara en forma de pico de águila, el *feldwebel* Hannes Irlbeck ordenaba a sus reclutas asesinar a un viejo sacerdote ardenés y a cuatro jovencitas indefensas; el viejo ventrílocuo cómico Chrislam Barrow daba funciones en los hospitales de Londres para distraer a los heridos.

Después el poeta resucitado vio los mares profundos, las minas flotantes, los submarinos, las poderosas escuadras.

Vio los campos de batalla de Prusia Oriental, de Polonia, la calma de una pequeña aldea siberiana, combates en África, Anzac y Sedul-Bar, Salónica, la elegancia desollada e infinitamente terrible del mar de trincheras en la piojosa Champana, el subteniente herido que llevan a la ambulancia, los jugadores de *baseball* en Connecticut; y batallas, batallas; mas en el momento en que iba a ver el fin de todo, y sobre todo aquello que deseaba conocer, el brigadier se puso nuevamente su máscara

ciega y dijo antes de irse:

—Artillero, has faltado al llamado. Has estado ausente.

En aquel momento la trompeta tocó las tiernas, melancólicas notas de la extinción de los fuegos. Levantando la cabeza antes de volver a su cuadra, el poeta resucitado vio que en el cielo las estrellas se habían agrupado y que sin apagarse se deshojaban en perfumados pétalos: y, puntos de impacto de millones de gritos lanzados por la tierra y por el cielo, formaban esta deslumbrante inscripción:

```
V I V A     F R A N C I A
   DUERME   EN  SU
   CATRECITO    DE
S  O  L  D  A  D  O   M  I
P           O            E
T                         A
R                         E
S                        U
C                          I
T                         A
D                        O
```

Después se marchó como los otros con un destacamento…

Y el frente se iluminó, los hexaedros giraron, las flores de acero se abrieron, las alambradas de púa enflaquecieron de deseos sangrientos, las trincheras se abrieron como hembras ante los machos.

Mientras el poeta oía maullar los obuses sobre los hipogeos que cavan los soldados, una Dama maravillosa acariciaba su collar de hombres atentos, ese collar sin igual, gargantilla de todas las razas que chorrea fuegos sin número.

Et les chevaux de frise écumaient sous la pluie O glauque jour oú va le regiment de sites. O tranchées, soeurs profondes des murailles.

Después de llegar a caballo hasta las líneas, con su pelotón de rondines y envuelto en vapores asfixiantes, el brigadier de la máscara ciega sonreía amorosamente al porvenir cuando un obús de grueso calibre le acertó en la cabeza, de donde salió, como una sangre pura, una Minerva triunfal.

¡De pie, todo el mundo, para recibir cortésmente a la victoria!

8

La sed
Silvina Ocampo

SILVINA OCAMPO nació en Buenos Aires. Ha publicado varios libros de poesías: *Viaje olvidado, Enumeración de la Patria, Espacios métricos, Los nombres*, y una colección de cuentos: *Autobiografía de Irene*. En 1942 obtuvo el Premio Municipal.

Mi amiga Keng-Su me decía:

—En la ventana del hotel brillaba esa luz diáfana que a veces y de un modo fugaz anticipa, en diciembre, el mes de marzo. Sientes como yo la presencia del mar: se extiende, penetra en todos los objetos, en los follajes, en los troncos de los árboles de todos los jardines, en nuestros rostros y en nuestras cabelleras.

»Esta sonoridad, esta frescura que sólo hay en las grutas, hace dos meses entró en mi luminosa habitación, trayendo en sus pliegues azules y verdes algo más que el aire y que el espectáculo diario de las plantas y del firmamento.

»Trajo una mariposa amarilla con nervaduras anaranjadas y negras. La mariposa se posa en la flor de un vaso: reflejada en el espejo agregaba pétalos a la flor sobre la cual abría y cerraba las alas. Me acerqué tratando de no proyectar una sombra sobre ella: los lepidópteros temen las sombras. Huyó de la sombra de mi mano para posarse en el marco del espejo.

»Me acerqué de nuevo y pude apresar sus alas entre mis dedos delicados. Pensé: "Tendría que soltarla. No es una flor, no puedo colocarla en un florero, no puedo darle agua, no puedo conservarla entre las hojas de un libro, como un pensamiento". Pensé: "No es un pájaro, no puedo encerrarla en una jaula de mimbre con una pequeña bañera y un tarrito enlozado, con alpiste"».

—Sobre la mesa —prosiguió—, entre mis peinetas y mis horquillas, había un alfiler de oro con una turquesa. Lo tomé y atravesé con dificultad el cuerpo resistente de la mariposa —ahora cuando recuerdo aquel momento me estremezco como si hubiera oído una pequeña voz quejándose en el cuerpo oscuro del insecto. Luego clavé el alfiler con su presa en la tapa de una caja de jabones donde guardó la lima, la tijera y el barniz con que pinto mis uñas.

»La mariposa abría y cerraba las alas como siguiendo el ritmo de mi respiración. En mis dedos quedó un polvillo irisado y suave. La dejé en mi habitación ensayando su inmóvil vuelo de agonía.

»A la noche, cuando volví, la mariposa había volado llevándose el alfiler. La busqué en el jardín de la plaza, situada frente al hotel, sobre las favoritas y las retamas, sobre las flores de los tilos, sobre el césped; sobre un montón de hojas caídas. La busqué vanamente.

»En mis sueños sentí remordimientos. Me decía: “¿Por qué no la encerré adentro de una caja? ¿Por que no la cubrí con un vaso de vidrio? ¿Por qué no la perforé con un alfiler más grueso y pesado?”».

Keng-Su permaneció un instante silenciosa. Estábamos sentadas sobre la arena, debajo de la carpa. Escuchábamos el rumor de las olas tranquilas. Eran las siete de la tarde y hacía un inusitado calor.

—Durante muchos días no vine a la playa —continuó Keng-Su anudando su cabellera negra—; tenía que terminar de bordar una tapicería para *Miss* Eldington, la dueña del hotel. Sabes cómo es de exigente. Además yo necesitaba dinero para pagar los gastos.

»Durante muchos días sucedieron cosas insólitas en mi habitación. Tal vez las he soñado.

»Mi biblioteca se compone de cuatro o cinco libros que siempre llevo a veranear conmigo. La lectura no es uno de mis entretenimientos favoritos, pero siempre mi madre me aconsejaba, para que mis sueños fueran agradables, la lectura de estos libros: *El libro de Mencius, La Fiesta de las Linternas, Hoei-Lan Ki (Historia del círculo de tiza)* y *El Libro de las Recompensas y de las Penas*.

»Varias veces encontré el último de estos libros abierto sobre mi mesa, con algunos párrafos marcados con pequeños puntitos que parecían hechos con un alfiler. Después yo repetía, involuntariamente, de memoria estos párrafos. No puedo olvidarlos».

—Keng-Su, repítelos, por favor. No conozco esos libros y me gustaría oír esas palabras de tus labios.

Keng-Su palideció levemente y jugando con la arena me dijo:

—No tengo inconveniente.

»A cada día correspondía un párrafo. Bastaba que saliera un momento de mi habitación para que me esperara el libro abierto y la frase marcada con los inexplicables puntitos. La primera frase que leí fue la siguiente:

»“Si deseamos sinceramente acumular virtudes y atesorar méritos tenemos que amar no solo a los hombres, sino a los animales, pájaros, peces, insectos, y en general a todos los seres diferentes de los hombres, que vuelan, corren y se mueven”.

»Al otro día leí: “Por pequeños que seamos, nos anima el mismo principio de vida: todos estamos arraigados en la existencia y del mismo modo tememos la muerte”.

»Guardé el libro dentro del armario, pero al otro día lo encontré sobre mi cama, con este párrafo marcado: “Caminando, de pie sentada o acostada, si ves un insecto pereciendo, trata de liberarlo y de conservarle la vida. ¡Si lo matas con tus propias

manos, qué destino te esperará!…”.

»Escondí el libro en el cajón de la cómoda, que cerré con llave; al otro día estaba sobre la cómoda, con la siguiente leyenda subrayada:

»“Song-Kiao, que vivió bajo la dinastía de los Song, un día construyó un puente con pequeñas cañas para que unas hormigas cruzaran un arroyo, y obtuvo el primer grado de Tchoang-Youen (primer doctor entre los doctores). Keng-Su, ¿qué obtendrás por tu oscuro crimen?…”.

»A las dos de la mañana, el día de mi cumpleaños, creí volverme loca al leer:

»“Aquel que recibe un castigo injusto conserva un resentimiento en su alma”.

»Busqué en la enciclopedia de una librería (conozco al dueño, un hombre bondadoso, y me permitió consultar varios libros) el tiempo que viven los insectos lepidópteros después de la última metamorfosis; pero como existen cien mil especies diferentes es difícil conocer la duración de la vida de los individuos de cada especie; algunos, en estado de imago, viven dos o tres días; pero ¿pertenecía mi mariposa a esta especie tan efímera?

»Los párrafos seguían apareciendo en el libro, misteriosamente subrayados con puntitos: “Algunos hombres caen en la desdicha; otros obtienen la dicha. No existe un camino determinado que los conduzca a una u otra parte. Depende todo del hombre, que tiene el poder de atraer el bien o el mal, con su conducta. Si el hombre obra rectamente obtiene la felicidad; si obra perversamente recibe la desdicha. Son rigurosas las medidas de la dicha y de la aflicción, y proporcionadas a las virtudes y a la gravedad de los crímenes”.

»Cuando mis manos bordaban, mis pensamientos urdían las tramas horribles de un mundo de mariposas.

»Tan obcecada estaba, que estas marcas de mis labores, que llevo en la yema de los dedos, me parecían pinchazos de la mariposa.

»Durante las comidas intentaba conversaciones sobre insectos, con los compañeros de mesa. Nadie se interesaba en estas cuestiones, salvo una señora que me dijo: “A veces me pregunto cuánto vivirán las mariposas. ¡Parecen tan frágiles! Y he oído decir que cruzan (en grandes bandadas) el océano, atravesando distancias prodigiosas. El año pasado había una verdadera plaga en estas playas”.

»A veces tenía que deshacer una rama entera de mi labor: insensiblemente había bordado con lanas amarillas, en lugar de hojas o de pequeños dragones, formas de alas.

»En la parte superior de la tapicería tuve que bordar tres mariposas. ¿Por qué hacerlas me repugnaba tanto, ya que involuntariamente, a cada instante, bordaba sus alas?

»En esos días, como sentía cansada la vista, consulté a un médico. En la sala de espera me entretuve con esas revistas viejas que hay en todos los consultorios. En una de ellas vi una lámina cubierta de mariposas. Sobre la imagen de una mariposa me pareció descubrir los puntitos del alfiler; no podría asegurar que esto fuera

justificado, pues el papel tenía manchas y no tuve tiempo de examinarlo con atención.

»A las once de la noche caminé hasta el espigón proyectando un viaje a las montañas. Hacía frío y el agua me contemplaba con crueldad.

»Antes de regresar al hotel me detuve debajo de los árboles de la plaza, para respirar el olor de las flores. Buscando siempre la mariposa, arranqué una hoja y vi en la verde superficie una serie de agujeritos: pertenecían, sin duda, a un hormiguero.

»Pero en aquel momento pensé que mi visión del mundo se estaba transformando y que muy pronto mi piel, el agua, el aire, la tierra y hasta el cielo se cubrirían de esos puntitos, y entonces —fue cómo el relámpago de una esperanza— pensé que no tendría motivos de inquietud, ya que una sola mariposa, con un alfiler, a menos de ser inmortal, no sería capaz de tanta actividad.

»Mi tapicería estaba casi concluida y las personas que la vieron me felicitaron.

»Hice nuevas incursiones en el jardín de la plaza, hasta que descubrí, entre un montón de hojas, la mariposa. Era la misma, sin duda. Parecía una flor mustia. Envejecidas las alas, no brillaban. Ese cuerpo, horadado, torcido, había sufrido. La miré sin compasión. Hay en el mundo tantas mariposas muertas. Me sentí aliviada.

»Busqué en vano el alfiler de oro con la turquesa. Mi padre me lo había regalado. En el mundo no hallaría otro alfiler como ése. Tenía el prestigio que sólo tienen los recuerdos de familia.

»Pero una vez más en el libro tuve que ver un párrafo marcado:

»“Hay personas que inmediatamente son castigadas o recompensadas; hay otras cuyas recompensas y castigos tardan tanto en llegar que no las alcanzan sino en los hijos o en los nietos. Por eso hemos visto morir a jóvenes cuyas culpas no parecían merecer un castigo tan severo, pero esas culpas se agravaban con los crímenes que habían cometido sus antepasados”.

»Luego leí una frase interrumpida: “Como la sombra sigue los cuerpos…”.

»Con qué impaciencia había esperado esa mañana, y qué indiferente resultó después de tantos días de sufrimiento: pasé la aguja con la última lana por la tapicería (esa lana era del color oscuro que daña mi vista)».

—Me saqué los anteojos y salí del trabajo como de un túnel. La alegría de terminar un bordado se parece a la inocencia. Logré olvidarme de la mariposa —continuó Keng-Su ajustando en sus cabellos una tira de papel amarillo—. El mar, como un espejo, con sus volados blancos de espuma, me besaba los pies. Yo he nacido en América y me gustan los mares. Al penetrar en las ondas vi algunas mariposas muertas que ensuciaban la orilla. Salté para no tocarlas con mis pies desnudos.

»Soy buena nadadora. Me has visto nadar algunas veces, pero las olas entorpecían mis movimientos. Soy nadadora de agua dulce y no me gusta nadar con la cabeza dentro del agua. Tengo siempre la tentación de alejarme de la costa, de perderme debajo del cóncavo cielo».

—¿No tienes miedo? A doscientos metros de la costa ya me asusta la idea de

encontrar delfines que podrían escoltarme hasta la muerte —le dije.

Keng-Su desaprobó mis temores. Sus oblicuos ojos brillaban.

—Me deslicé perezosamente —continuó—. Creo que sonreí al ver el cielo tan profundo y al sentir mi cuerpo transparente e impersonal como el agua. Me parecía que me despojaba de los días pasados como de una larga pesadilla, como de una vestidura sucia, como de una enfermedad horrible de la piel. Suavemente recobraba la salud.

»La felicidad me penetraba, me anonadaba. Pero un momento después una sombra diminuta sobre el mar me perturbó: era como la sombra de un pétalo o de una hoja doble; no era la sombra de un pez.

»Alcé los ojos. Vi la mariposa: las llamas de sus alas luminosas oscurecían el color del cielo. Con el alfiler fijo en el cuerpo —como un órgano artificial pero definitivamente adherido—, me seguía. Se elevaba y bajaba, rozaba apenas el agua delante de mí, como buscando un apoyo en flores invisibles. Traté de capturarla. Su velocidad vertiginosa y el sol me deslumbraban. Me seguía, vacilante y rápida; al principio parecía que la brisa la llevaba sin su consentimiento; luego creí ver en ella más resolución y más seguridad. ¿Qué buscaba? Algo que no era el agua, algo que no era el aire, algo que no era una sombra. (Me dirás que esto es una locura; a veces he desechado la idea que ahora te confieso). Buscaba mis ojos, el centro de mis ojos, para clavar en ellos su alfiler.

»El terror se apoderó de mis ojos indefensos como si no me pertenecieran, como si ya no pudiera defenderlos de ese ataque omnipotente.

»Trataba de hundir la cara en el agua. Apenas podía respirar. El insecto me asediaba por todos lados. Sentía que ese alfiler, ese recuerdo de familia que se había transformado en el arma adversa, horrible, me pinchaba la cabeza. Afortunadamente, yo estaba cerca de la orilla.

»Cubrí mis ojos con una mano y nadé durante cinco minutos que me parecieron cinco años, hasta la costa. El bullicio de los bañistas seguramente ahuyentó a la mariposa. Cuando abrí los ojos, había desaparecido. Casi me desmayé en la arena. Este papel, donde pinté yo misma un dios con tinta colorada, me preserva ahora de todo mal».

Keng-Su me enseñó el papel amarillo, que había colocado tan cuidadosamente entre los dientes de su peineta, sobre su cabellera.

—Me rodearon unos bañistas y me preguntaron que me sucedía. Les dije: «He visto un fantasma». Un señor muy amable me dijo: «Es la primera vez que un hecho así ocurre en esta playa», y agregó: «Pero no es peligroso. Usted es una gran nadadora. No se aflija».

»Durante una semana entera pensé en ese fantasma. Podría dibujártelo, si me dieras un papel y un lápiz. No se trata de una mariposa común; se trata de un pequeño monstruo. A veces, al mirarme al espejo, veía sus ojos sobrepuestos a los míos. He visto hombres con caras de animales y me han inspirado cierta repugnancia; un

animal con cara humana me produce terror.

»Imagínate una boca desdeñosa, de labios finos, rizados; unos ojos penetrantes, duros y negros; una frente abultada y resuelta, cubierta de pelusa. Imagínate una cara diminuta y mezquina —como una noche oscura—, con cuatro alas amarillas, dos antenas y un alfiler de oro; una cara que al desmembrarse conservaría en cada una de sus partes la totalidad de su expresión y de su poder. Imagínate ese monstruo, de apariencia frágil, volando, inexorable (por su misma pequeñez e inestabilidad); llegando siempre —tal como yo lo imagino— de la avenida de las tumbas de los Ming».

—Habrás contribuido a formar una nueva especie de mariposas, Keng-Su: una mariposa temible, maravillosa. Tu nombre figurará en los libros de ciencia —le dije mientras nos desvestíamos para bañarnos. Consulté mi reloj.

—Son las ocho de la noche. Entremos en el mar. Las mariposas no vuelan de noche.

Nos acercábamos a la orilla. Keng-Su puso un dedo sobre los labios, para que nos calláramos, y señaló el cielo. La arena estaba tibia. Tomadas de la mano, entramos en el mar lentamente para admirar mejor los reflejos del cielo en las olas. Estuvimos un rato con el agua hasta la cintura, refrescando nuestros rostros. Después comenzamos a nadar, con temor y con deleite. El agua nos llevaba en sus reflejos dorados, como a peces felices, sin que hiciéramos el menor esfuerzo.

—¿Crees en los fantasmas?

Keng-Su me contestaba:

—En una noche como ésta… Tendría que ser un fantasma para creer en fantasmas.

El silencio agrandaba los minutos. El mar parecía un río enorme. En los acantilados se oía el canto de los grillos, y llegaban ráfagas de olores vegetales y de removidas tierras húmedas.

Iluminados por la luna, los ojos de Keng-Su se abrieron desmesuradamente, como los ojos de un animal. Me habló en inglés:

—Ahí está. Es ella.

Vi nítidamente la luna amarilla recortada en el cielo nacarado. Lloraba en la voz de Keng-Su una súplica. Creo que el agua desfigura las voces, suele comunicarles una sonoridad de llanto; pero esta vez Keng-Su lloraba, y no podré olvidar su llanto mientras exista mi memoria. Me repitió en inglés:

—Ahí está. Mírala como se acerca buscando mis ojos.

En la dorada claridad de la luna, Keng-Su hundía la cabeza en el agua y se alejaba de la costa. Luchaba contra un enemigo para mí invisible. Yo oía el horrible chapoteo del agua y el sonido confuso de unas palabras entrecortadas.

Traté de nadar, de seguirla. La llamé desesperadamente. No podía alcanzarla. Nadé hacia la orilla a pedir socorro. Busqué inútilmente al guardamarina, al bañero. Oí el ruido del mar; vi una vez más el reflejo imperturbable de la luna. Me desmayé

en la arena. Después, debajo de la carpa encontré la tira de papel amarillo con el ídolo pintado.

Cuando pienso en Keng-Su, me parece que la conocí en un sueño.

9

La litera fantasma
Rudyard Kipling

Periodista, poeta, cuentista de gran calidad, novelista y —para muchos— intérprete o profeta del imperialismo británico, RUDYARD KIPLING nació en Bombay, India, en 1865. En 1907 conquistó el premio Nobel de literatura. Algunas obras: *Plain Tales from the Hills, Barrack Room Ballads, Many Inventions, The Jungle Book, Captains Courageus, Kim*, etc. Murió en 1936.

«May no ill dreams disturb my rest,
Nor Powers of Darkness me molest[5]*».*
—Himno Vespertino.

Una de las pocas ventajas que tiene la India, comparada con Inglaterra, es la gran facilidad para conocer a las gentes. Después de cinco años de servicio, el hombre menos sociable tiene relaciones directas o indirectas con doscientos o trescientos empleados civiles de su provincia, con la oficialidad de diez o doce regimientos y baterías, y con mil quinientos individuos extraños a la casta de los que cobran sueldo del Estado.

E A los diez años sus conocimientos duplicarán las cifras anteriores, y si continúa durante veinte años en el servicio público, estará más o menos ligado con todos los ingleses del Imperio, de tal manera que podrá ir a cualquier parte sin tomar alojamiento en los hoteles.

Los enamorados de la vida errante, que consideran como un derecho vivir en las casas ajenas, han contribuido últimamente a desanimar en cierto grado la disposición hospitalaria del inglés; pero hoy como ayer, si pertenecéis al Círculo Íntimo y no sois ni un Oso ni una Oveja Negra, se os abrirán de par en par todas las puertas, y encontraréis que este mundo, a pesar de su pequeñez, encierra muchos tesoros de cordialidad y de amistosa ayuda.

Hará quince años, Rickett, de Kamartha, era huésped de Polder, de Kumaon. Su propósito era pasar solamente dos noches en la casa de éste; pero, obligado a guardar cama por haber sufrido un ataque de fiebre reumática, durante mes y medio desorganizó la casa, paralizó el trabajo del dueño de ella y estuvo a punto de morir en la alcoba de mi buen amigo.

Polder es tan hospitalario que todavía hoy se cree ligado por una eterna deuda de gratitud con el que lo honró alojándose en su casa, y anualmente envía una caja de juguetes y otros obsequios a los hijos de Rickett.

El caso no es excepcional, y el hecho se repite en todas partes. Caballeros que no se muerden la lengua para deciros que sois unos animales, y gentiles damas que hacen trizas vuestra reputación y que no interpretan caritativamente las expansiones de vuestras esposas, son capaces de afanarse noche y días pares serviros si tenéis la dicha de caer postrados por una dolencia, o si la suerte os es contraria.

Además de su clientela, el doctor Heatherlegh atendía un hospital explotado por su propia cuenta. Un amigo suyo decía que el establecimiento era un establo para incurables, pero en realidad era un tinglado para reparar las maquinarias humanas descompuestas por los rigores del clima. La temperatura de la India es a veces sofocante, y como hay poca tela que cortar y la que hay debe servir para todo, o en otros términos, como hay que trabajar más de lo debido y sin que nadie lo agradezca, muchas veces la salud humana se ve más comprometida que el éxito de las metáforas de este párrafo.

No ha habido médico que pueda compararse con Heatherlegh, y su receta invariable a cuantos enfermos lo consultan es: «Acostarse, no fatigarse, ponerse al fresco». En su opinión, es tan grande el número de individuos muertos por exceso de trabajo, que la cifra no está justificada por la importancia de este mundo.

Sostiene que Pansay, muerto hace tres años en sus brazos, fue víctima de lo mucho que trabajó. En verdad, Heatherlegh tiene derecho para que consideremos sus palabras revestidas de autoridad. Él se ríe de mi explicación y no cree, como yo, que Pansay tenía una hendidura en la cabeza, y que por esa hendidura se le metió una ráfaga del Mundo de las Sombras. «A Pansay —dice Heatherlegh— se le soltó la manija y el aparato dio más vueltas de las debidas, estimulado por el descanso de una prolongada licencia en Inglaterra. Se portaría o no se portaría como un canalla con la señora Keith Wessington. Para mí, la tarea del establecimiento de Katabundi lo sacó de quicio, y después se puso melancólico y dio excesiva importancia a un *flirt* vulgar. La señorita Mannering fue su prometida, y un día ella renunció a aquella alianza. Le vino a Pansay un resfrío con mucha fiebre, y de allí nació la insensata historieta de los aparecidos. El exceso de trabajo originó la enfermedad, la fomentó y al fin mató al pobre muchacho. Fue una víctima del Sistema, ese maldito sistema de emplear a un hombre para que desempeñe el trabajo correspondiente a dos y medio».

Yo no creo en esta explicación de Heatherlegh. Muchas veces me quedé a solas con Pansay cuando el médico tenía que atender a otros enfermos, si por azar estaba cerca de la casa. Con voz grave y sin cadencia, el infeliz me atormentaba describiendo la procesión de hombres, mujeres, niños y demonios que pasaba constantemente por los pies de su cama. Impresionaba esa palabra doliente.

Cuando se restableció, le dije que debía escribir todo lo acontecido, desde el principio hasta el fin, y se lo dije por creer que su espíritu descansaría haciendo correr

la tinta. Cuando los chicos aprenden una mala palabra, no paran hasta escribirla en una puerta. Y eso tambien es Literatura.

Pero al escribir estaba muy agitado, y la forma terrorífica que adoptó era poco propicia para la calma que necesitaba ante todo. Dos meses después fue dado de alta; pero, en vez de consagrarse en cuerpo y alma a auxiliar en sus tareas a una comisión sin personal ni fondos suficientes, Pansay optó por morir jurando que era víctima de terrores misteriosos. Antes de que él muriera recogí su manuscrito, en el que consta la versión que dejó de los hechos. Lleva fecha de 1885, y dice así:

1

Mi médico asegura que yo necesito únicamente descanso y cambio de aires. No es poco probable que muy pronto disfrute de ambas cosas. Tendré el descanso que no perturban mensajeros de casaca roja ni la salva de los cañones del mediodía. Y tendré también un cambio de aires para el que no será necesario que tome billete en un vapor destinado a Inglaterra.

Entretanto, aquí me quedaré, y contrariando las prescripciones facultativas, haré al mundo entero confidente de mi secreto. Sabréis por vosotros mismos la naturaleza precisa de mi enfermedad, y juzgaréis de acuerdo con vuestro propio criterio, si es posible concebir tormentos iguales a los que yo he sufrido en este triste mundo.

Hablando como podría hacerlo un criminal sentenciado, antes de que se corran los cerrojos de su prisión, pido que cuando menos concedáis atención a mi historia, por extravagante y horriblemente improbable que os parezca. No creo en absoluto que se le conceda fe alguna. Yo mismo, hace dos meses, habría declarado loco o perturbado por el alcohol a quién me hubiera contado cosas semejantes. Yo era hace dos meses el hombre más feliz de la India. Hoy no podrá encontrarse uno más infortunado, desde Peshawar hasta la costa.

Esto lo sabemos únicamente el médico y yo. Su explicación es que tengo afectadas las funciones cerebrales, las digestivas y hasta las de la visión, aunque muy ligeramente: tales son las causas de mis ilusiones. ¡Ilusiones en verdad! Yo le digo que es un necio lo que no impide que siga prestándome sus atenciones médicas con la misma sonrisa indulgente, con la misma suavidad profesional y con las mismas patillas azafranadas que peina tan cuidadosamente. En vista de su conducta y de la mía, he comenzado a sospechar que soy un ingrato y un enfermo malhumorado. Pero dejo más bien el juicio a vuestro criterio.

2

Hace tres años tuve la fortuna —y la gran desgracia sin duda— de embarcarme en Gravesend para Bombay, después de una licencia muy larga que se me había concedido. Y digo que fue una gran desdicha mi fortuna, porque en el buque venía Inés Keith Wessington, esposa de un caballero que prestaba sus servicios en Bombay. No tiene el menor interés para vosotros inquirir que clase de mujer era aquélla, y debéis contentaros con saber que antes de que llegáramos al lugar de nuestro destino, ya nos habíamos enamorado locamente el uno del otro. El cielo sabe bien que lo digo sin sombra de vanidad. En esta clase de relaciones, siempre hay uno que se sacrifica y otro que es el sacrificador. Desde el primer momento de nuestra malaventurada unión, yo tuve la conciencia de que Inés sentía una pasión más fuerte, más dominadora —y si se me permite la expresión—, más dura que la mía. Yo no se si ella se daba cuenta del hecho, pero más tarde fue evidente para ambos.

Llegamos a Bombay en la primavera, y cada cual tomó su camino, sin que volviéramos a vernos hasta que al cabo de tres o cuatro meses nos reunieron en Simla una licencia que obtuve y el amor de ella para mí. En Simla pasamos la estación, y el humo de pajas que ardía en mi pecho acabó, sin dejar rescoldo, al fin del año. No intento excusarme, ni presento alegato en mi favor. La señora Wessington había hecho por mí todos los sacrificios imaginables, y estaba dispuesta a seguir adelante. Supo en agosto de 1882, porque yo se lo dije, que su presencia me hacía daño, que su compañía me fatigaba y que ya no podía tolerar ni el sonido de su voz. El noventa y nueve por ciento de las mujeres se hubiera cansado también de mí, y el setenta y cinco por ciento se habría vengado al instante, iniciando relaciones galantes con otro.

Pero aquella mujer no pertenecía a las setenta y cinco ni a las noventa y nueve: era la única del centenar. No producían el menor efecto en ella mi franca aversión ni la brutalidad con que yo engalanaba nuestras entrevistas.

—Jack, encanto mío.

Tal era el eterno reclamo de cuchillo con que me asesinaba.

—Hay entre nosotros un error, un horrible desconcierto que es necesario disipar para que vuelva a reinar la armonía. Perdóname, querido Jack, perdóname.

Yo era el de toda la culpa, y lo sabía, por lo que mi piedad se transformaba a veces en una resignación pasiva; pero en otras ocasiones despertaba en mí un odio ciego, el mismo instinto, a lo que creo, del que pone salvajemente la bota sobre la araña después de medio matarla de un papirotazo. La estación de 1882 acabó llevando yo este odio en mi pecho.

Al año siguiente volvimos a encontrarnos en Simla; ella con su expresión monótona y sus tímidas tentativas de reconciliación, y yo con una maldición en cada fibra de mi ser. Muchas veces no tenía valor para quedarme a solas con ella, pero cuando esto acontecía, sus palabras eran una repetición idéntica de las anteriores. Volvía a sus labios el eterno lamento del error; volvía la esperanza de que renaciera la

armonía; volvía a impetrar mi perdón. Si yo hubiera tenido ojos para verla, habría notado que sólo vivía alimentada por aquella esperanza. Cada vez aumentaban su palidez y su demacración. Convendréis conmigo en que la situación hubiera exasperado a cualquiera. Lo que ella hacía era antinatural, pueril, indigno de una mujer. Creo que su conducta merecía censura. A veces, en mis negras vigilias de febricitante, ha venido a mi mente la idea de que pude haber sido más afectuoso. Pero esto sí que es ilusión. ¿Cómo era posible en lo humano que yo fingiese un amor no sentido? Eso habría sido una deslealtad para ella y aun para mí mismo.

3

Hace un año volvimos a vernos. Todo era exactamente lo mismo que antes. Se repitieron sus imploraciones, cortadas siempre por las frases bruscas que salían de mis labios. Pude al cabo persuadirla de que eran insensatas sus tentativas de renovar nuestras antiguas relaciones.

Nos separamos antes de que terminara la estación, es decir, hubo dificultades para que nos viéramos, pues yo tenía otros intereses más absorbentes.

Cuando en mi alcoba de enfermo evoco los recuerdos de la estación de 1884, viene a mi espíritu una confusa pesadilla en la que se mezclan fantásticamente la luz y la sombra. Pienso en mis pretensiones a la mano de la dulce Kitty Mannering; pienso en mis esperanzas, dudas y temores; pienso en nuestros paseos por el campo, en mi declaración de amor, en su respuesta… De vez en cuando me visita la imagen del pálido rostro que pasaba fugitivo en la litera cuyas libreas negras y blancas aguardaba yo con angustia. Y estos recuerdos vienen acompañados del de las despedidas de la señora Wessington, cuando su mano enguantada hacia el signo de adiós. Tengo presentes nuestras entrevistas, que ya eran muy raras, y su eterno lamento.

Yo amaba a Kitty Mannering; la amaba honradamente, con todo mi corazón, y a medida que aumentaba este amor, aumentaba mi odio a Inés.

Llegó el mes de agosto, Kitty era mi prometida. Al día siguiente me topé, en las afueras de Jakko con esos malditos *jampanies*[6] «picazos» y, movido por un pasajero sentimiento de piedad, me detuve para decírselo todo a la señora Wessington. Ya ella lo sabía.

—Me cuentan que vas a casarte, querido Jack. —Y sin transición, añadió estas palabras:

—Creo que todo es un error, un error lamentable. Algún día reinará la concordia entre nosotros, como antaño.

Mi respuesta fue tal, que un hombre difícilmente la habría recibido sin parpadear. Fue un latigazo para la moribunda.

—Perdóname, Jack. No me proponía encolerizarte. ¡Pero es verdad, es verdad!

Se dejó dominar por el abatimiento. Le di la espalda, y la dejé para que terminara tranquilamente su paseo, sintiendo en el fondo de mi corazón, aunque sólo por un instante, que mi conducta era la de un miserable. Volví la cara y vi que su litera había cambiado de dirección, sin duda para alcanzarme.

La escena quedó fotografiada en mi memoria con todos sus pormenores y los del sitio en que se desarrolló. Estábamos al final de la estación de lluvias, y el cielo, cuyo azul parecía más limpio después de la tempestad, los tostados y oscuros pinos, el camino fangoso, los negros y agrietados cantiles, formaban un fondo siniestro en el que se destacaban las libreas negras y blancas de los panies y la amarilla litera, sobre la cual veía yo distintamente la rubia cabeza de la señora Wessington, que se inclinaba tristemente.

Llevaba el pañuelo en la mano izquierda y recostaba su cabeza fatigada en los cojines de la litera. Yo lancé mi caballo al galope por un sendero que está cerca del estanque de Sanjowlie, y emprendí la fuga. Creí oír una débil voz que, me llamaba:

—¡Jack!

Ha de haber sido efecto de la imaginación, y no me detuve para inquirir. Diez minutos después encontré a Kitty, que también montaba a caballo, y la delicia de nuestra larga cabalgata borró de mi memoria todo vestigio de la entrevista con Inés.

A la semana siguiente moría la señora Wessington, y mi vida quedó libre de la inexpresable carga que su existencia significaba para mí. Cuando volví a la llanura me sentí completamente feliz, y antes de que transcurrieran tres meses ya no me quedaba un solo recuerdo de la que había desaparecido, salvo tal o cual carta suya que inesperadamente hallaba en algún mueble, y que me traía una evocación pasajera y penosa de nuestras pasadas relaciones.

En el mes de enero procedí a un escrutinio de toda nuestra correspondencia, dispersa en mis gavetas, y quemé cuanto papel quedaba de ella.

En abril de este año, que es el de 1885, me hallaba una vez más en Simla, en la semidesierta Simla, completamente entregado a mis pláticas amorosas y a mis paseos con Kitty. Habíamos resuelto casarnos en los últimos días de junio. Os haréis cargo de que, amando a Kitty como yo la amaba, no es mucho decir que me consideraba entonces el hombre más feliz de la India.

Transcurrieron quince días, y estos quince días pasaron con tanta rapidez, que no me di cuenta de que el tiempo volaba sino cuando ya había quedado atrás. Despertando entonces el sentido de las conveniencias entre mortales colocados en nuestras circunstancias, le indiqué a Kitty que un anillo era el signo exterior y visible de la dignidad que le correspondía en su carácter de prometida, y que debía ir a la

joyería de Hamilton para que tomasen las medidas y comprásemos una sortija de alianza.

Juro por mi honor que hasta aquel momento habíamos olvidado en absoluto un asunto tan trivial. Fuimos ella y yo a la joyería de Hamilton el 15 de abril de 1885. Recordad y tened en cuenta diga lo que diga en sentido contrario mi médico que mi salud era perfecta, que nada perturbaba el equilibrio de mis facultades mentales y que mi espíritu estaba absolutamente tranquilo.

Entré con Kitty en la joyería de Hamilton, y sin el menor miramiento a la seriedad de los negocios, yo mismo tomé las medidas de la sortija, lo que fue una gran diversión para el dependiente.

La joya era un zafiro con dos diamantes. Después de que Kitty se puso el anillo, bajamos los dos a caballo por la cuesta que lleva al puente de Combermere y al café de Peliti.

Mi caballo buscaba cuidadosamente paso seguro por las guijas del arroyo, y Kitty reía y charlaba a mi lado, en tanto que toda Simla, es decir, todos los que habían llegado de las llanuras, se congregaban en la sala de lectura y en la terraza de Peliti; pero en medio de la soledad de la calle oía yo que alguien me llamaba por mi nombre de pila, desde una distancia muy larga. Yo había oído aquella voz, aunque no podía determinar dónde ni cuándo.

El corto espacio de tiempo necesario para recorrer el camino que hay entre la joyería de Hamilton y el primer tramo del puente de Combermere, había sido suficiente para que yo atribuyese a maás de media docena de personas la ocurrencia de llamarme de ese modo, y hasta pensé por un momento que me zumbaban los oídos y nada más. Inmediatamente después de que hubimos pasado frente a la casa de Peliti, mis ojos fueron atraídos por la vista de cuatro *jampanies* con su librea picaza que conducían una litera amarilla de las más ordinarias. Mi espíritu voló en el instante hacia la señora Wessington, y tuve un sentimiento de irritación y disgusto. Si ya aquella mujer había muerto, y su presencia en este mundo no tenía objeto, ¿qué hacían allí aquellos cuatro *jampanies*, con su librea blanca y negra, sino perturbar uno de los días más felices de mi vida?

Yo no sabía quién podía emplear a aquellos *jampanies*, pero me informaría y le pediría al amo, como un favor especialísimo, que cambiase la odiosa librea. Yo mismo tomaría para mi servicio a los cuatro portaliteras, y si era necesario, compraría su ropa a fin de que se vistieran de otro color. Es imposible describir el torrente de recuerdos ingratos que su presencia evocaba.

—Kitty —exclamé—, mira los cuatro *jampanies* de la señora Wessington. ¿Quién los tendrá a su servicio?

Kitty había conocido muy superficialmente a la señora Wessington en la pasada estación, y se interesó por la pobre Inés viéndola enferma.

—¿Cómo? ¿En dónde? —preguntó—. Yo no los veo.

Y mientras ella decía estas palabras, su caballo, que se apartaba de una mula con

carga, avanzó directamente hacia la litera que venía en sentido contrario. Apenas tuve tiempo de decir una palabra de aviso, cuando para horror mío, que no hallo palabras con que expresar, caballo y amazona pasaron a través de los hombres y del carricoche, como si aquéllos y éste hubieran sido de aire vano.

—¿Qué es eso? —exclamó Kitty—. ¿Por qué has dado ese grito de espanto? No quiero que la gente sepa de este modo nuestra próxima boda. Había mucho espacio entre la mula y la terraza del café, y si crees que no sé cabalgar… ¡vamos!

Y la voluntariosa Kitty echó a galopar furiosamente, a toda rienda, hacia el quiosco de la música, creyendo que yo la seguía, como después me lo dijo. ¿Qué había pasado?

Nada en realidad. O yo no estaba en mis cabales, o había en Simla una legión infernal.

Refrené mi jaco, que estaba impaciente por correr, y volví grupas. La litera había cambiado de dirección, y se hallaba frente a mí, cerca del barandal izquierdo del puente de Combermere.

¡Jack! ¡Jack! ¡Querido Jack!

Era imposible confundir las palabras. Demasiado las conocía, por ser las mismas de siempre. Repercutían dentro de mi cráneo como si una voz las hubiese pronunciado a mi oído.

—Creo que todo es un error. Un error lamentable. Algún día reinará la concordia entre nosotros como antaño. Perdóname, Jack.

La caperuza de la litera había caído, y en el asiento estaba Inés Keith Wessington con el pañuelo en la mano. La rubia cabeza, de un tono dorado, se inclinaba sobre el pecho. ¡Lo juro por la muerte que invoco, que espero durante el día y que es mi terror en las horas de insomnio!

4

No se cuánto tiempo permanecí contemplando aquella imagen. Cuando me di cuenta de mis actos, mi asistente tomaba por la brida al jaco galés, y me preguntaba si estaba enfermo y que sentía. Pero la distancia entre lo horrible y lo vulgar es muy pequeña. Descendí del caballo y me dirigí al café de Peliti, en donde pedí un cordial con una buena cantidad de aguardiente. Había dos o tres parejas en torno de las mesas del café, y se comentaba la crónica local. Las trivialidades que se decían aquellas gentes fueron para mí más consoladoras en aquel momento que la más piadosa de las

meditaciones. Me entregué a la conversación, riendo y diciendo despropósitos, con una cara de difunto cuya lividez note al vérmela casualmente en un espejo. Tres o cuarto personas advirtieron que yo me hallaba en una condición extraña, y atribuyéndola sin duda a una alcoholización inmoderada, procuraron caritativamente apartarme del centro de la tertulia, pero yo me resistía a partir.

Necesitaba a toda costa la presencia de mis semejantes, como el niño que interrumpe una comida ceremoniosa de sus mayores cuando lo acomete el terror en un cuarto oscuro. Creo que estaría hablando diez minutos aproximadamente, minutos que me parecieron una eternidad, cuando de pronto oí la voz clara de Kitty que preguntaba por mí desde afuera. Al saber que yo estaba allí, entró con la manifiesta intención de devolverme la sortija, por la indisculpable falta que acababa de cometer; pero mi aspecto la impresionó profundamente.

—Por Dios, Jack, ¿qué has hecho? ¿Qué ha ocurrido? ¿Estás enfermo?

Obligado a mentir, dije que el sol me había causado un efecto desastroso. Eras las cinco de la tarde de un día nublado de abril, y el sol no había aparecido un solo instante. No bien acabé de pronunciar aquellas torpes palabras, comprendí la falta, y quise recogerlas, pero caí de error en error, hasta que Kitty salió, llena de cólera, y yo tras ella, en medio de las sonrisas de todos los conocidos. Inventé una excusa, que ya no recuerdo, y al trote largo de mi galés me dirigí sin pérdida de momento hacia el hotel, en tanto que Kitty acababa sola su paseo.

Cuando llegué a mi cuarto, me di a considerar el caso con la mayor calma de que fui capaz. Y he aquí el resultado de mis meditaciones más razonadas. Yo, Teobaldo Juan Pansay, funcionario de buenos antecedentes académicos, perteneciente al Servicio Civil de Bengala, encontrándome en el año de gracia de 1885, aparentemente en el uso de mi razón, y en verdad con salud perfecta, era víctima de terrores que me apartaban del lado de mi prometida, como consecuencia de la aparición de una mujer muerta y sepultada ocho meses antes. Los hechos referidos eran indiscutibles.

Nada estaba más lejos de mi pensamiento que el recuerdo de la señora Keith Wessington cuando Kitty y yo salimos de la joyería de Hamilton, y nada más vulgar que el paredón de la terraza de Peliti. Brillaba la luz del día, el camino estaba animado por la presencia de los transeúntes, y de pronto he aquí que contra toda la ley de probabilidad, y con directa violación de las disposiciones legales de la Naturaleza, salía de la tumba el rostro de una difunta y se me ponía delante.

El caballo árabe de Kitty pasó a través del carricoche, y de este modo desapareció mi primera esperanza de que una mujer maravillosamente parecida a la señora Keith Wessington hubiese alquilado la litera con los mismos cuatro *coolies*. Una y otra vez di vuelta a esta rueda de mis pensamientos, y una y otra vez, viendo burlada mi esperanza de hallar alguna explicación, me sentí agobiado por la impotencia. La voz era fan inexplicable como la aparición. Al principio había tenido la idea de confiar mis zozobras a Kitty, y de rogarle que nos casáramos al instante para desafiar en sus

brazos a la mujer fantástica de la litera.

«Después de todo —decía yo en mi argumentación interna— la presencia de la litera es por sí misma suficiente para demostrar la existencia de una ilusión espectral. Habrá fantasmas de hombres y de mujeres, pero no de calesines y *coolies*. ¡Imaginad el espectro de un nativo de las colinas! Todo esto es absurdo».

A la mañana siguiente envié una carta penitencial a Kitty, implorando de ella que olvidase la extraña conducta observada por mí en la tarde del día anterior. La deidad estaba todavía llena de indignación, y fue necesario ir personalmente a pedir perdón ante ella. Con la abundante verba de una noche dedicada a inventar la más satisfactoria de las falsedades, dije que me había atacado súbitamente una palpitación cardíaca, a causa de una indigestión.

Este recurso, eminentemente práctico, produjo el efecto esperado, y por la tarde Kitty y yo volvimos a nuestra cabalgata, con la sombra de mi primera mentira entre su caballo árabe y mi jaco galés.

5

Nada le gustaba tanto a Kitty como dar una vuelta alrededor de Jakko. El insomnio había debilitado mis nervios hasta el punto de que apenas me fue dable oponer una resistencia muy débil a su insinuación, y sin gran insistencia propuse que nos dirigiéramos a la Colina del Observatorio, a Jutogh, al Camino de Boileau, a cualquier parte, en suma, que no fuera la ronda de Jakko. Kitty no sólo estaba indignada, sino ofendida; así, cedí temiendo provocar otra mala inteligencia, y nos encaminamos hacia Chota Simla.

Avanzamos al paso corto de nuestros caballos durante la primera parte del paseo, y siguiendo nuestra costumbre, a una milla o dos más abajo del Convento, los hicimos andar a un trote largo, dirigiéndonos había el tramo a nivel que está cerca del estanque de Sanjowlie.

Los malditos caballos parecían volar, y mi corazón latía precipitadamente cuando coronamos la cuesta. Durante toda la tarde no había dejado de pensar en la señora Wessington, y en cada metro de terreno veía levantarse un recuerdo de nuestros paseos y de nuestras confidencias. Cada piedra tenía grabada alguna de las viejas memorias; las cantaban los pinos sobre nuestras cabezas; los torrentes, henchidos por las lluvias, parecían repetir burlescamente la historia bochornosa; el viendo que silbaba en mis oídos, iba publicando con voz robusta el secreto de la iniquidad.

Como un final arreglado artísticamente, a la mitad del camino a nivel, en el tramo que se llama La Mill, de las Damas, el horror me aguardaba. No se veía otra litera sino la de los cuatro *jampanies* blanco y negro —la litera amarilla—, y en su interior la rubia cabeza, la cabeza color de oro, exactamente en la actitud que tenía cuando la dejé allí ocho meses y medio antes.

Durante un segundo, creí que Kitty veía lo que yo estaba viendo, pues la simpatía que nos unió era maravillosa. Pero justamente en aquel momento pronunció algunas palabras que me sacaron de mi ilusión.

—No se ve alma viviente. Ven, Jack, te desafío a una carrera hasta los edificios del Estanque.

Su finísimo árabe partió como un pájaro seguido de mi galés, y pasamos a la carrera bajo los acantilados. En medio minuto llegamos a cincuenta metros de la litera. Yo tiré de la rienda a mi galés y me retrasé un poco. La litera estaba justamente en medio del camino, y una vez más el árabe pasó a través, seguido de mi propio caballo.

—Jack, querido Jack. ¡Perdóname, Jack!

Esto decía la voz que hablaba a mi oído. Y siguió su lamento:

—Todo es un error; un error deplorable.

Como un loco, clavé los acicates a mi caballo, y cuando llegué a los edificios del Estanque volví la cara: el grupo de los cuatro *jampanies*, con sus libreas de blanco y negro, aguardaba pacientemente debajo de la cuesta gris de la colina… El viento me trajo un eco burlesco de las palabras que acababan de sonar en mis oídos. Kitty no cesó de extrañar el silencio en que caí desde aquel momento, pues hasta entonces había estado muy locuaz y comunicativo.

Ni aún para salvar la vida habría podido entonces decir dos palabras en su lugar, y desde Sanjowlie hasta la iglesia me abstuve prudentemente de pronunciar una sílaba.

6

Estaba invitado a cenar esa noche en la casa de los Mannering, y apenas tuve tiempo de ir al hotel para vestirme. En el camino de la colina del Elíseo, sorprendí la conversación de dos hombres que hablaban en la oscuridad.

—Es curioso —dijo uno de ellos—, cómo desapareció completamente toda huella. Usted sabe que mi mujer era una amiga apasionada de aquella señora (en la que por otra parte no vi nada excepcional), y así fue que mi esposa se empeñó en que

yo me quedara con la litera y los *coolies*, ya fuera por dinero, ya por halagos.

»A mí me pareció un capricho de espíritu enfermo, pero mi lema es hacer todo lo que manda la *Memsahib*. ¿Creerá usted que el dueño de la litera me dijo que los cuatro *jampanies* eran cuatro hermanos que murieron del cólera yendo a Hardwar (¡pobres diablos!), y que el dueño hizo pedazos la litera con sus propias manos, pues dice que por nada del mundo usaría la litera de una *Memsahib* que haya pasado a mejor vida? Eso es de oral agüero. ¡Vaya una idea! ¿Concibe usted que la pobre señora Wessington pudiera ser ave de mal agüero para alguien, excepto para sí misma?».

Yo lancé una carcajada al oír esto, y mi manifestación de extemporáneo regocijo vibró en mis propios oídos como una impertinencia. Pero en todo caso, era verdad que había literas fantásticas y empleos para los espíritus del otro mundo. ¿Cuánto pagaría la señora Wessington a sus *jampanies* para que vinieran a aparecérseme? ¿Qué arreglo de horas de servicio habrían hecho esas sombras del más allá? ¿Y qué sitio habrían escogido para comenzar y dejar la faena diaria?

No tardé en recibir una respuesta a la última pregunta de mi monólogo. Entre la sombra crepuscular vi que la litera me cerraba el paso. Los muertos caminan muy de prisa y tienen senderos que no conocen los *coolies* ordinarios. Volví a lanzar otra carcajada, que contuve súbitamente, impresionado por el temor de haber perdido el juicio.

Y he de haber estado loco, por lo menos hasta cierto punto, pues refrené el caballo al encontrarme cerca de la litera, y con toda atención di las buenas noches a la senora Wessington. Ella pronunció entonces las palabras que tan conocidas me son.

Escuché su lamento hasta el final, y cuando hubo terminado le dije que ya había oído aquello muchas veces, y que me encantaría saber de ella algo más, si tenía que decírmelo. Yo creo que algún espíritu maligno, dominándome tiránicamente, se había apoderado de las potencias de mi alma, pues tengo un vago recuerdo de haber hecho una crónica minuciosa de los vulgares acontecimientos del día durante mi entrevista con la dama de la litera, que no duró menos de cinco minutos.

—Está más loco que una cabra, o se bebió todo el aguardiente que había en Simla. ¿Oyes? A ver si lo llevamos a su casa.

La voz que pronunciaba estas palabras no era la de la señora Wessington. Dos transeúntes me habían oído hablar con las musarañas, y se detuvieron para prestarme auxilio. Eran dos personas afables y solícitas, y, por lo que decían, vine en conocimiento de que yo estaba perdidamente borracho. Les di las gracias en términos incoherentes, y seguí mi camino hacia el hotel.

Me vestí sin pérdida de momento, pero llegué con diez minutos de retardo a la casa de los Mannering. Me excusé, alegando la oscuridad nocturna; recibí una amorosa reprensión de Kitty por mi falta de formalidad con la que me estaba destinada para esposa, y tome asiento.

La conversación era ya general, y, a favor del barullo, decía yo algunas palabras

de ternura a mi novia, cuando advertí que en el extremo de la mesa un sujeto de estatura pequeña y de patillas azafranadas describía minuciosamente el encuentro que acababa de tener con un loco. Algunas de sus palabras, muy pocas por cierto, bastaron para persuadirme de que aquel individuo refería lo que me había pasado media hora antes.

Bien se veía que el caballero de las patillas era uno de esos especialistas en anécdotas de sobremesa o de café, y que cuánto decía llevaba el fin de despertar el interés de sus oyentes y provocar el aplauso; miraba, pues, en torno suyo para recibir el tributo de la admiración a que se juzgaba acreedor, cuando sus ojos se encontraron de pronto con los míos. Verme y callar con un extraño azoramiento, fue todo uno. Los comensales se sorprendieron del súbito silencio en que cayó el narrador, y éste, sacrificando una reputación de hombre ingenioso, laboriosamente formada durante seis estaciones consecutivas, dijo que había olvidado el fin del lance, sin que fuese posible sacarle una palabra más. Yo lo bendecía desde el fondo de mi corazón, y di fin al salmonete que se me había servido.

La comida terminó y yo me separé de Kitty con la más profunda pena, pues sabía que el ser fantástico me esperaba en la puerta de los Mannering. Estaba tan seguro de ello como de mi propia existencia.

El sujeto de las patillas, que había sido presentado a mí como el doctor Heatherlegh, de Simla, me ofreció su compañía durante el trecho en que nuestros dos caminos coincidían. Yo acepté con sincera gratitud.

El instinto no me había engañado. La litera estaba en el Afallo, con farol encendido y en la diabólica disposición de tomar cualquier camino que yo emprendiera con mi acompañante. El caballero de las patillas inició la conversación en tales términos que se veía claramente cuanto le había preocupado el asunto durante la cena.

—¿Diga usted, Pansay, qué demonios le aconteció a usted hoy en el camino del Eliseo?

Lo inesperado de la pregunta me sacó una respuesta en la que no hubo deliberación por mi parte.

—¡Eso! —dije, y señalaba con el dedo hacia el punto en que estaba la litera.

—Eso puede ser *delirium tremens* o alucinación. Vamos al asunto. Usted no ha bebido: No se trata, pues, de un acceso alcohólico. Usted señala hacia un punto en dónde no se ve cosa alguna, y, sin embargo, veo que suda y tiembla como un potro asustado. Hay algo de lo otro, y yo necesito enterarme. Véngase usted a mi casa. Está en el camino de Blessington.

Para consuelo mío, en vez de aguardarnos, la litera avanzó a 20 metros, y no la alcanzábamos ni al paso, ni al trote, ni al galope. En el curso de aquella larguísima cabalgata, yo referí al doctor casi todo lo que os tengo dicho.

—Por usted se me ha echado a perder una de mis mejores anécdotas —dijo él—, pero yo se lo perdono en vista de cuanto usted ha sufrido. Vayamos a casa, y

sométase usted a mis indicaciones. Y cuando vuelva a la salud perfecta de antes, acuérdese, joven amigo mío, de lo que hoy le digo: hay que evitar siempre mujeres y alimentos de difícil digestión. Observe usted esta regla hasta el día de su muerte.

La litera estaba enfrente de nosotros, y las dos patillas azafranadas se reían, celebrando la exacta descripción que yo hacía del sitio en donde se había detenido el calesín fantástico.

—Pansay, Pansay, recuérdelo usted: todo es ojos, cerebro y estómago. Pero el gran regulador es el estómago. Usted tiene un cerebro muy lleno de pretensiones a la dominación, un estómago diminuto y dos ojos que no funcionan bien. Pongamos en orden el estómago, y lo demás vendrá por añadidura. Hay unas píldoras que obran maravillas.

Desde este momento yo voy a encargarme de usted con exclusión de cualquier otro colega. Usted es un caso clínico demasiado interesante para que yo pase de largo sin someterlo a un estudio minucioso.

Nos cubrían las sombras del camino de Blessington en su parte más baja, y la litera llegó a un recodo estrecho, dominado por un peñasco cubierto de pinos. Yo instintivamente me detuve y di la razón que tenía para ello. Heatherlegh me interrumpió lanzando un juramento:

—¡Con mil legiones del infierno! ¿Cree usted que voy a quedarme aquí toda la noche, y enfriarme los huesos, sólo porque un caballero que me acompaña es víctima de una alucinación en que colaboran el estómago, el cerebro y los ojos? No; mil gracias. Pero ¿qué es eso?

Eso era un sonido sordo, una nube de polvo que nos cegaba, un chasquido después, la crepitación de las ramas al desgajarse y una masa de pinos desarraigados que caían del peñasco sobre el camino y nos cerraban el paso. Otros árboles fueron también arrancados de raíz; los vimos tambalearse entre las sombras, como gigantes ebrios, hasta caer en el sitio donde yacían los anteriores, con un estrépito semejante al del trueno. Los caballos estaban sudorosos y paralizados por el miedo. Cuando cesó el derrumbamiento de la enhiesta colina, mi compañero dijo:

—Si no nos hubiéramos detenido, en este instante nos cubriría una capa de tierra y piedras de tres metros de espesor. Habríamos sido muertos y sepultados a la vez. «Hay en los cielos y en la tierra otros prodigios», como dice Hamlet. A casa, Pansay, y demos gracias a Dios. Yo necesito un cordial.

Volvimos grupas y tomando por el puente de la iglesia, me encontré en la casa del doctor Heatherlegh, poco después de las doce de la noche.

Sin pérdida de momento, el doctor comenzó a prodigarme sus cuidados, y no se apartó de mí durante una semana. Mientras estuve en su casa, tuve ocasión de bendecir mil veces la buena fortuna que me había puesto en contacto con el más sabio y amable de los médicos de Simla. Día por día iban en aumento la lucidez y la ponderación de mi espíritu. Día por día también me sentía yo más inclinado a aceptar la teoría de la ilusión espectral producida por obra de los ojos, del cerebro y del

estómago.

Escribí a Kitty diciéndole que una ligera torcedura, producida por haber caído del caballo, me obligaba a no salir de casa durante algunos días, pero que mi salud estaría completamente restaurada antes de que ella tuviese tiempo de extrañar mi ausencia.

El tratamiento de Heatherlegh era sencillo hasta cierto punto. Consistía en píldoras para el hígado, baños fríos y mucho ejercicio de noche o en la madrugada, porque, como él decía muy sabiamente, un hombre que tiene luxado un tobillo, no puede caminar doce millas diarias, y menos aún exponerse a que la novia lo vea o crea verlo en el paseo, juzgándolo postrado en cama.

Al terminar la semana, después de un examen atento de la pupila y del pulso, y de indicaciones muy severas sobre la alimentación y el ejercicio a pie, Heatherlegh me despidió tan bruscamente como me había tomado a su cargo. He aquí la bendición que me dio cuando partí:

—Garantizo la curación del espíritu, lo que quiere decir que he curado los males del cuerpo. Recoja usted sus bártulos al instante y dedique todos sus afanes a la señorita Kitty.

Yo quería darle las gracias por su bondad, pero él me interrumpió.

—No tiene usted nada que agradecer. No hice esto por afecto a su persona. Creo que su conducta ha sido infame, pero esto no quita que sea usted un fenómeno, un fenómeno curioso en el mismo grado que es indigna su conducta de hombre.

Y deteniendo un movimiento mío, agregó:

—No; ni una rupia. Salga usted, y vea si puede encontrar su fantasma, obra de los ojos, del cerebro y del estómago. Le daré a usted un *lakh*[7] si esa litera vuelve a presentársele.

Media hora después me hallaba yo en el salón de los Mannering, al lado de Kitty, ebrio con el licor de la dicha presente y por la seguridad de que la sombra fatal no volvería a turbar la calma de mi vida. La fuerza de mi nueva situación me dio ánimo para proponer una cabalgata, y para ir de preferencia a la ronda de Jakko.

Nunca me había sentido tan bien dispuesto, tan rebosante de vitalidad, tan pletórico de fuerzas, como en aquella tarde del 30 de abril. Kitty estaba encantada de ver mi aspecto, y me expresó su satisfacción con aquella deliciosa franqueza y aquella espontaneidad de palabra que da tanta seducción. Salimos juntos de la casa de los Mannering hablando y riendo, y nos dirigimos como antes por el camino de Chota.

Yo estaba ansioso de llegar al estanque de Sanjowlie para que mi seguridad se confirmase en una prueba decisiva. Los caballos trotaban admirablemente, pero yo sentía tal impaciencia, que el camino me pareció interminable. Kitty se mostraba sorprendida de mis ímpetus.

—Jack —dijo al cabo—, pareces un niño. ¿Qué es eso?

Pasábamos por el convento, y yo hacía dar corvetas a mi galés, pasándole por encima la presilla del látigo para excitarlo con el cosquilleo.

—¿Preguntas que hago? Nada. Esto y nada más. Si supieras lo que es pasar una semana inmóvil, me comprenderías y me imitarías.

Recité una estrofa que celebra la dicha de vivir, que canta el júbilo de nuestra comunión con la naturaleza y que invoca a Dios, Señor de cuanto existe y de los cinco sentidos del hombre.

Apenas había yo terminado la cita poética, después de trasponer con Kitty el recodo que hay en el ángulo superior del convento, y ya no nos faltaban sino algunos metros para ver el espacio que se abre hasta Sanjowlie, cuando en el centro del camino a nivel aparecieron las cuatro libreas blanco y negro, el calesín amarillo y la señora Keith Wessington. Yo me erguí, miré, me froté los ojos, y creo que dije algo.

Lo único que recuerdo es que al volver en mí, estaba caído boca abajo en el centro de la carretera, y que Kitty, de rodillas, se hallaba hecha un mar de lágrimas.

—¿Se ha ido ya? —pregunté anhelosamente. Kitty se puso a llorar con más amargura.

—¿Se ha ido? No sé lo que dices. Debe ser un error, un error lamentable.

Al oír estas palabras, me puse en pie loco, rabioso.

—Sí, hay un error, un error lamentable —repetía yo—. ¡Mira, mira hacia allá!

Tengo el recuerdo indistinto de que cogí a Kitty por la muñeca, y de que me la llevé al lugar en donde estaba aquello. Y allí imploré a Kitty para que hablase con la sombra, para que le dijese que ella era mi prometida, y que ni la muerte ni las potencias infernales podrían romper el lazo que nos unía. Sólo Kitty sabe cuántas cosas más dije entonces. Una y otra, y mil veces dirigí apasionadas imprecaciones a la sombra que se mantenía inmóvil en la litera, rogándole que me dejase libre de aquellas torturas mortales. Supongo que en mi exaltación revelé a Kitty los amores que había tenido con la señora Wessington, pues me escuchaba con los ojos dilatados y la faz intensamente pálida.

—Gracias, señor Pansay; ya es bastante.

Y agregó dirigiéndose a su palafrenero:

—*Syce, ghora lao*.

Los dos *syces*[8], impávidos como buenos orientales, se habían aproximado con los dos caballos que se escaparon en el momento de mi caída. Kitty montó y yo asiendo por la brida el caballo árabe, imploraba indulgencia y perdón.

La única respuesta fue un latigazo que me cruzó la cara desde la boca hasta la frente, y una o dos palabras de adiós que no me atrevo a escribir. Juzgué por lo mismo, y estaba en lo justo, que Kitty se había enterado de todo. Volví vacilando hacia la litera. Tenía el rostro ensangrentado y lívido, desfigurado por el latigazo. Moralmente era yo un despojo humano.

Heatherlegh, que probablemente nos seguía, se dirigió hacia donde yo estaba.

—Doctor —dije, mostrándole mi rostro—, he aquí la firma con que la señorita Mannering ha autorizado mi destitución. Puede usted pagarme el *lakh* de la apuesta cuando lo crea conveniente, pues la ha perdido.

A pesar de la tristísima condición en que yo me encontraba, el gesto que hizo Heatherlegh podía mover a risa.

—Comprometo mi reputación profesional… —Fueron sus primeras palabras.

Y las interrumpí diciendo a mi vez:

—Ésas son necedades. Ha desaparecido la felicidad de mi vida. Lo mejor que usted puede hacer es llevarme consigo.

El calesín había huido. Pero antes de eso, yo perdí el conocimiento de la vida exterior. El crestón de Jakko se movía como una nube tempestuosa que avanzaba hacia mí.

Una semana más tarde, esto es, el 7 de mayo, supe que me hallaba en la casa de Heatherlegh tan débil como un niño de tierna edad. Heatherlegh me miraba fijamente desde su escritorio. Las primeras palabras que pronunció no me llevaron un gran consuelo, pero mi agotamiento era tal, que apenas si me sentí conmovido por ellas.

—La señorita Kitty ha enviado las cartas de usted. La correspondencia, a lo que veo, fue muy activa. Hay también un paquete que parece contener una sortija. También venía una cartita muy afectuosa de papá Mannering, que me tomé la libertad de leer y quemar. Ese caballero no se muestra muy satisfecho de la conducta de usted.

—¿Y Kitty? —pregunté neciamente.

—Juzgo que está todavía más indignada que su padre, según los términos en que se expresa.

»Ellos me hacen saber igualmente que antes de mi llegada al sitio de los acontecimientos usted refirió un buen número de reminiscencias muy curiosas. La señorita Kitty manifiesta que un hombre capaz de haber lo que usted hizo con la señora Wessington, debería levantarse la tapa de los sesos para librar a la especie humana de tener un semejante que la deshonra. Me parece que la damisela es persona más para pantalones que para faldas.

»Dice también que usted ha de haber llevado almacenada en la caja del cuerpo una cantidad muy considerable de alcohol cuando el pavimento de la carretera de Jakko se elevó hasta tocar la cara de usted. Por último, jura que antes morirá que volver a cruzar con usted una sola palabra».

Yo di un suspiro, y volví la cara al rincón.

—Ahora elija usted, querido amigo. Las relaciones con la señorita Kitty quedan rotas, y la familia Mannering no quiere causarle a usted un daño de trascendencia. ¿Se declara terminado el noviazgo a causa de un ataque de *delirium tremens*, o por ataques de epilepsia?

»Siento no poder darle a usted otra causa menos desagradable, a no ser que echemos mano al recurso de una locura hereditaria. Diga usted lo que le parezca, y yo me encargo de lo demás. Toda Simla está enterada de la escena ocurrida en la Milla de las lamas. Tiene usted cinco minutos para pensarlo».

Creo que durante esos cinco minutos exploré lo más profundo de los círculos infernales, por lo menos lo que es dado al hombre conocer de ellos mientras lo cubre una vestidura carnal. Y me era dado, a la vez, contemplar mi azarosa peregrinación por los tenebrosos laberintos de la duda, del desaliento y de la desesperación.

—Me parece que esas personas se muestran muy exigentes en materia de moralidad. Déles usted a todas ellas expresiones afectuosas de mi parte. Y ahora quiero dormir un poco más.

Los dos sujetos que hay en mí se pusieron de acuerdo para reunirse y conferenciaron, pero el que es medio loco y medio endemoniado, siguió agitándose en el lecho y trazando paso a paso el *viacrucis* del último mes.

«Estoy en Simla —me repetía a mí mismo—; yo, Jack Pansay, estoy en Simla, y aquí no hay duendes. Es una insensatez de esa mujer decir que los hay. ¿Por que Inés no me dejó en paz? Yo no le hice daño alguno. Pude haber sido yo la víctima, como lo fue ella. Yo no la maté de propósito. ¿Por qué no me deja solo… solo y feliz?».

Serían las doce del día cuando desperté, y el sol estaba ya muy cerca del horizonte cuando me dormí. Mi sueño era el del criminal que se duerme en el potro del tormento, más por fatiga que por alivio.

Al día siguiente no pude levantarme. El doctor Heatherlegh me dijo por la mañana que había recibido una respuesta del señor Mannering y que gracias a la oficiosa mediación del médico y del amigo, toda la ciudad de Simla me compadecía por el estado de mi salud.

—Como ve usted —agregó en tono jovial—, esto es más de lo que usted merece, aunque en verdad ha pasado una tormenta muy dura. No se desaliente; sanará usted, monstruo de perversidad.

Pero yo sabía que nada de lo que hiciera Heatherlegh aliviaría la carga de mis males.

A la vez que este sentimiento de una fatalidad inexorable, se apoderó de mí un impulso de rebelión desesperada e impotente contra una sentencia injusta. Había muchos hombres no menos culpables que yo, cuyas faltas, sin embargo, no eran castigadas, o que habían obtenido el aplazamiento de la pena hasta la otra vida.

Me parecía por lo menos una iniquidad muy cruel y muy amarga que sólo a mí se me hubiese reservado una suerte tan terrible. Esta preocupación estaba destinada a desaparecer para dar lugar a otra en la que el calesín fantástico y yo éramos las únicas realidades positivas de un mundo poblado de sombras. Según esta nueva concepción, Kitty era un duende; Mannering, Heatherlegh y todas las personas que me rodeaban eran duendes también; las grandes colinas grises de Simla eran sombras vanas formadas para torturarme.

Durante siete días mortales fui retrogradando y avanzando en mi salud, con recrudecimientos y mejorías muy notables; pero el cuerpo se robustecía más y más, hasta que el espejo, no ya sólo Heatherlegh, me dijo que compartía la vida animal de los otros hombres.

¡Cosa extraordinaria! En mi rostro no había signo exterior de mis luchas morales. Estaba algo pálido, pero era tan vulgar y tan inexpresivo como siempre. Yo creí que me quedaría alguna alteración permanente, alguna prueba visible de la dolencia que minaba mi ser. Pero nada encontré.

8

El 15 de mayo, a las once de la mañana, salí de la casa de Heatherlegh, y el instinto de la soltería me llevó al Club. Todo el mundo conocía el percance de Jakko, según la versión de Heatherlegh. Se me recibió con atenciones y pruebas de afecto que en su misma falta de refinamiento acusaban más aún el exceso de la cordialidad. Sin embargo, pronto advertí que estaba entre la gente sin formar parte de la sociedad, y que durante el resto de mis días habría de ser un extraño para todos mis semejantes. Envidiaba con la mayor amargura a los *coolies* que reían en el Mallo. Comí en el mismo Club, y a las cuatro de la tarde bajé al paseo con la vaga esperanza de encontrar a Kitty. Cerca del quiosco de la música se me reunieron las libreas blanco y negro de los cuatro *jampanies* y oí el conocido lamento de la señora Wessington. Yo lo esperaba por cierto desde Bali, y sólo me extrañaba la tardanza. Seguí por el camino de Chota llevando la litera fantástica a mi lado. Cerca del bazar, Kitty y un caballero que la acompañaba nos alcanzaron y pasaron delante de la señora Wessington y de mí. Kitty me trató como si yo fuera un perro vagabundo. No acortó siquiera el paso, aunque la tarde lluviosa hubiera justificado una marcha menos rápida. Seguimos, pues, por parejas: Kitty con su caballero, y yo con el espectro de mi antiguo amor. Así dimos vueltas por la ronda de Jakko. El camino estaba lleno de baches; los pinos goteaban como canales sobre las rocas; el ambiente se había saturado de humedad. Dos o tres veces oí mi propia voz que decía:

—Yo soy Jack Pansay, con licencia en Simla, ¡en Simla! Es la Simla de siempre, una Simla concreta. No debo olvidar esto; no debo olvidarlo.

Después procuraba recordar las conversaciones del Club: los precios que fulano o zutano habían pagado por sus caballos; todo, en fin, lo que forma la trama de la existencia cotidiana en el mundo angloindio, para mí tan conocido.

Repetía la tabla de multiplicar, para persuadirme de que estaba en mis cabales. La tabla de multiplicar fue para mí un gran consuelo, e impidió tal vez que oyera durante algún tiempo las imprecaciones de la señora Wessington.

Una vez más subí fatigosamente la cuesta del convento y entré por el camino a nivel. Kitty y el caballero que la acompañaba partieron al trote largo, y yo quedé solo con la señora Wessington.

—Inés —dije—, ¿quieres ordenar que se baje esa capota y explicarme la significación de lo que pasa?

La capota bajó sin ruido, y yo quedé frente a frente de la muerta y sepultada amante.

Vestía el mismo traje que le vi la última vez que hablamos en vida de ella; llevaba en la diestra el mismo pañuelo, y en la otra mano el mismo tarjetero. ¡Una mujer enterrada hacía ocho meses, y con tarjetero!

Volví a la tabla de multiplicar, y apoyé ambas manos en la balaustrada del camino, para cerciorarme de que al menos los objetos inanimados eran reales.

—Inés —repetí—, dime, por piedad, lo que significa esto.

Si mi narración no hubiera pasado ya todos los límites que el espíritu del hombre asigna a lo que se puede creer, sería el caso de que os presentara una disculpa por esta insensata descripción de la escena. Sé que nadie me creerá —ni Kitty, para quién en cierto modo escribo, con el deseo de justificarme—; así, pues, sigo adelante. La señora Wessington hablaba según lo tengo dicho, y yo seguí a su lado desde el camino de Sanjowlie hasta el recodo inferior de la Casa del Comandante General, como hubiera podido ir cualquier jinete conversando animadamente con una mujer de carne y hueso que pasea en litera. Acababa de apoderarse de mí la segunda de las preocupaciones de mi enfermedad —la que más me atormenta—, y como el Príncipe en el poema de Tennyson, «Yo vivía en un mundo fantasma».

Había habido una fiesta en la Casa del Comandante General, y nos incorporamos a la muchedumbre que salía del Garden-Party. Todos los que nos rodeaban eran espectros —sombras impalpables y fantásticas—, y la litera de la señora Wessington pasaba a través de sus cuerpos. No puedo decir lo que hablé en aquella entrevista, ni aún cuando pudiera, me atrevería a repetirlo.

¿Qué habría dicho Heartherlegh? Sin duda, su comentario hubiera sido que yo andaba en amoríos con quimeras creadas por una perturbación de la vista, del cerebro y del estómago. Mi experiencia fue lúgubre, y sin embargo, por causas indefinibles su recuerdo es para mí maravillosamente grato. ¿Podía cortejar, pensaba yo, y en vida aún, a la mujer que había sido asesinada por mi negligencia y mi crueldad?

Vi a Kitty cuando regresábamos: era una sombra entre sombras.

9

Si os describiera todos los incidentes de los quince días que siguieron a aquél, mi narración no terminaría, y antes que ella, acabaría vuestra paciencia. Mañana y tarde me paseaba yo por Simla y sus alrededores acompañando a la dama de la litera fantástica. Las cuatro libreas blanco y negro me seguían por todas partes, desde que salía del hotel hasta que entraba de nuevo. En el teatro, veía a mis cuatro *jampanies* mezclados con los otros *jampanies* y dando alaridos con ellos. Si después de jugar al *whist* en el Club me asomaba a la terraza, allí estaban los *jampanies*. Fui al baile del aniversario, y al salir vi que me aguardaban pacientemente. También me acompañaban cuando en plena luz hacía visitas a mis amistades.

La litera parecía de madera y de hierro, y no difería de una litera material sino en que no proyectaba sombra. Más de una vez, sin embargo, he estado a punto de dirigir una advertencia a algún amigo que galopaba velozmente hacia el sitio ocupado por la litera. Y más de una vez mi conversación con la señora Wessington ha sorprendido y maravillado a los transeúntes que me veían en el Mallo.

No había transcurrido aún la primera semana de mi salida de casa de Heatherlegh, y ya se había descartado la explicación del ataque, acreditándose en lugar de ella la de una franca locura, según se me dijo. Esto no alteró mis hábitos. Visitaba, cabalgaba, cenaba con amigos lo mismo que antes. Nunca como entonces había sentido la pasión de la sociedad.

Ansiaba participar de las realidades de la vida, y a la vez sentía una vaga desazón cuando me ausentaba largo rato de mi compañera espectral. Sería imposible reducir a un sistema la descripción de mis estados de alma desde el 15 de mayo a la fecha en que trazo estas líneas.

La calesa me llenaba alternativamente de horror, de un miedo paralizante, de una suave complacencia y de la desesperación mis profunda. No tenía valor para salir de Simla, y, sin embargo, sabía que mi estancia en esa ciudad me mataba. Tenía, por lo demás, la certidumbre de que mi destino era morir paulatinamente y por grados, día tras día. Lo único que me inquietaba era pasar cuanto antes mi expiación. Tenía, a veces, un ansia loca de ver a Kitty, y presenciaba sus ultrajantes flirteos con mi sucesor, o para hablar más exactamente con mis sucesores. El espectáculo me divertía.

Estaba Kitty tan fuera de mi vida, como yo de la de ella. Durante el paseo diurno yo vagaba en compañía de la señora Wessington, con un sentimiento que se aproximaba al de la felicidad. Pero al llegar la noche, dirigía preces fervientes a Dios para que me concediese volver al mundo real que yo conocía. Sobre todas estas manifestaciones flotaba una sensación incierta y sorda de la mezcla de lo visible con lo invisible, tan extraña e inquietante que bastaría por sí sola para cavar la tumba de quién fuese acosado por ella.

27 de agosto.— Heatherlegh ha luchado infatigablemente. Ayer me dijo que era

preciso enviar una solicitud de licencia por causa de enfermedad. ¡Hacer peticiones de esta especie fundándolas en que el signatario tiene que librarse de la compañía de un fantasma! ¡El Gobierno querrá, graciosamente, permitir que vaya a Inglaterra uno de sus empleados, a quien acompañan de continuo cinco espectros y una litera irreal!

La indicación de Heatherlegh provocó una carcajada histérica. Yo le dije que aguardaría el fin tranquilamente en Simla, y que el fin estaba próximo. Creedme: lo temo tanto, que no hay palabras con que expresar mi angustia. Por la noche me torturo imaginando las mil formas que puede revestir mi muerte.

¿Moriré decorosamente en la cama, como cumple a todo caballero inglés, o un día haré la última visita al Mallo, y de allí volará mi alma, desprendida del cuerpo, para no separarse más del lúgubre fantasma? Yo no sé tampoco si en el otro mundo volverá a renacer el amor que ha desaparecido, o si cuando encuentre a Inés me unirá a ella, por toda una eternidad, la cadena de la repulsión. Yo no sé si las escenas que dejaron su última impresión en nuestra vida flotarán perpetuamente en la onda del Tiempo. A medida que se aproxima el día de mi muerte, crece más y más en mí la fuerza del horror que siente toda carne a los espíritus de ultratumba.

Es más angustioso aún ver cómo bajo la rápida pendiente que me lleva a la región de los muertos, con la mitad de mi ser muerto ya. Compadecedme, y hacedlo siquiera por mi ilusión; pues yo bien sé que no creeréis lo que acabo de escribir. Y sin embargo, si hubo alguien llevado a la muerte por el Poder de las Tinieblas, ese hombre soy yo.

Y también compadecedla, en justicia. Si hubo alguna mujer muerta por obra de un hombre; esa mujer fue la señora Wessington. Y todavía me falta la última parte de la expiación.

(Traducción de Carlos Pereyra).

10

El que se enterró
Miguel de Unamuno

Filósofo, catedrático y filólogo, fugaz novelista poeta y dramaturgo, pero sobre todo ensayista volcado hacia la realidad viva de las cosas y principalmente de España, Don MIGUEL DE UNAMUNO puso un estilo vigoroso, capaz de la diatriba pero también de la emoción, al servicio de un pensamiento lúcido y original. De su obra numerosa y perdurable, citaremos: *El Sentimiento Trágico de la Vida, Vida de Don Quijote y Sancho Panza, Contra Esto y Aquello, Niebla, Tres Novelas Ejemplares y un Prólogo, La Agonía del Cristianismo*.

Nació en Bilbao en 1864. Murió en Salamanca en 1937.

Era extraordinario el cambio de carácter que sufrió mi amigo. El joven jovial, dicharachero y descuidado, habíase convertido en un hombre tristón, taciturno y escrupuloso.

Sus momentos de abstracción eran frecuentes y durante ellos parecía como si su espíritu viajase por caminos de otro mundo. Uno de nuestros amigos, lector y descifrador asiduo de Browning, recordando la extraña composición en que éste nos habla de la vida de Lázaro después de resucitado, solía decir que el pobre Emilio había visitado la muerte. Y cuantas inquisiciones emprendimos para adivinar la causa de aquel misterioso cambio de carácter fueron inquisiciones infructuosas.

Pero tanto y tanto le apreté y con tal insistencia cada vez, que por fin un día, dejando transparentar el esfuerzo que cuesta una resolución costosa y muy combatida, me dijo de pronto; «Bueno, vas a saber lo que me ha pasado, pero lo exijo, por lo que lo sea más Santo, que no se lo cuentes a nadie mientras yo no vuelva a morirme». Se lo prometí con toda solemnidad y me llevó a su cuarto de estudio, donde nos encerramos.

Desde antes de su cambio no había yo entrado en aquel su cuarto de estudio. No se había modificado en nada, pero ahora me pareció más en consonancia con su dueño. Pensé por un momento que era su estancia más habitual y favorita la que le había cambiado de modo tan sorprendente.

Su antiguo asiento, aquel ancho sillón frailero, de vaqueta, con sus grandes brazos, me pareció adquirir nuevo sentido. Estaba examinándolo cuando Emilio,

luego de haber cerrado cuidadosamente la puerta, me dijo, señalándomelo:

—Ahí sucedió la cosa.

Le miré sin comprenderle.

Me hizo sentar frente a él, en una silla que estaba al otro lado de su mesita de trabajo, se arrellanó en su sillón y empezó a temblar. Yo no sabía que hacer.

Dos o tres veces intentó empezar a hablar y otras tantas tuvo que dejarlo. Estuve a punto de rogarle que dejase su confesión, pero la curiosidad pudo en mí más que la piedad, y es sabido que la curiosidad es una de las cosas que más hacen al hombre cruel. Se quedó un momento con la cabeza entre las manos y la vista baja; se sacudió luego como quien adopta una súbita resolución, me miró fijamente y con unos ojos que no le conocía antes, y empezó:

—Bueno; tú no vas a creerme ni palabra de lo que te voy a contar, pero eso no importa. Contándotelo me libertaré de un grave peso, y me basta.

No recuerdo que le contesté, y prosiguió:

—Hace cosa de año y medio, meses antes del misterio, caí enfermo de terror. La enfermedad no se me conocía en nada ni tenía manifestación externa alguna, pero me hacía sufrir horriblemente. Todo me infundía miedo, y parecía envolverme una atmósfera de espanto. Presentía peligros vagos. Sentía a todas horas la presencia invisible de la muerte, pero de la verdadera muerte, es decir, del anonadamiento.

»Despierto, ansiaba porque llegase la hora de acostarme a dormir, y una vez en la cama me sobrecogía la congoja de que el sueño se adueñara de mí para siempre. Era una vida insoportable, terriblemente insoportable. Y no me sentía ni siquiera con resolución para suicidarme, lo cual pensaba yo entonces que sería un remedio. Llegué a temer por mi razón…».

—Tenía miedo, como lo tenía de todo. Y este miedo fue creciendo de tal modo, que llegué a pasarme los días enteros en este cuarto y en este sillón mismo en que ahora estoy sentado, con la puerta cerrada, y volviendo a cada momento la vista atrás. Estaba seguro de que aquello no podía prolongarse y de que se acercaba la catástrofe o lo que fuese. Y en efecto llegó.

—¿Y cómo no consultaste con un especialista? —le dije por decirle algo.

Aquí se detuvo un momento y pareció vacilar. —No te sorprenda el que vacile —prosiguió— porque lo que vas a oír no me lo he dicho todavía ni a mí mismo. El miedo era ya una cosa que me oprimía por todas partes, que me ponía un dogal al cuello y amenazaba hacerme estallar el corazón y la cabeza. Llegó un día, el siete de septiembre, en que me desperté en el paroxismo del terror; sentía acorchados cuerpo y espíritu. Me preparé a morir de miedo. Me encerré como todos los días aquí, me senté donde ahora estoy sentado, y empecé a invocar a la muerte. Y es natural, llegó. —Advirtiéndome la mirada, añadió tristemente—: Sí, ya sé lo que piensas, pero no me importa.

Y prosiguió:

—A la hora de estar aquí sentado, con la cabeza entre las manos y los ojos fijos

en un punto vago más allá de la superficie de esta mesa, sentí que se abría la puerta y que entraba cautelosamente un hombre. No quise levantar la mirada. Oía los golpes del corazón y apenas podía respirar. El hombre se detuvo y se quedó ahí, detrás de esa silla que ocupas, de pie, y sin duda mirándome.

»Cuando pasó un breve rato me decidí a levantar los ojos y mirarlo. Lo que entonces pasó por mí fue indecible; no hay para expresarlo palabra alguna en el lenguaje de los hombres que no se mueren sino una sola vez. El que estaba ahí, de pie, delante mío, era yo, yo mismo, por lo menos en imagen. Figúrate que estando delante de un espejo, la imagen que de ti refleja en el cristal se desprende de éste, toma cuerpo y se te viene encima…».

—Sí, una alucinación… —murmuré.

—De eso ya hablaremos —dijo y siguió:

—Pero la imagen del espejo ocupa la postura que ocupas y sigue tus movimientos, mientras que aquel, mi yo de fuera estaba de pie, y yo, el yo de dentro de mí, estaba sentado.

»Por fin el otro se sentó también, se sentó donde tú estás sentado ahora, puso los codos sobre la mesa como tú los tienes, se cogió la cabeza, como tú la tienes, y se quedó mirándome como me estás ahora mirando».

Temblé sin poder remediarlo al oírle esto, y él, tristemente, me dijo:

—No, no tengas también tú miedo; soy pacífico.

Y siguió:

—Así estuvimos un momento, mirándonos a los ojos el otro y yo, es decir, así estuve un rato mirándome a los ojos. El terror se había transformado en otra cosa muy extraña y que no soy capaz de definirte; era el colmo de la desesperación resignada. Al poco rato sentí que el suelo se me iba de debajo de los pies, que el sillón se me desvanecía, que el aire iba enrareciéndose, las cosas todas que tenía a la vista, incluso mi otro yo, se iban esfumando, y al oír al otro murmurar muy bajito y con los labios cerrados: «Emilio, Emilio», sentí la muerte. Y me morí.

Yo no sabía que hacer al oírle esto. Me dieron tentaciones de huir, pero la curiosidad venció en mí al miedo. Y él continuó:

—Cuando al poco rato volví en mí, es decir, cuando al poco rato volví al otro, o sea, resucité, me encontré sentado ahí, donde tú te encuentras ahora sentado y donde el otro se había sentado antes, de codos en la mesa y cabeza entre las palmas contemplándome a mí mismo, que estaba donde ahora estoy.

»Mi conciencia, mi espíritu, había pasado del uno al otro, del cuerpo primitivo a su exacta reproducción. Y me vi, o vi mi anterior cuerpo, lívido y rígido, es decir, muerto. Había asistido a mi propia muerte. Y se me había limpiado el alma de aquel extraño terror. Me encontraba triste, muy triste, abismáticamente triste, pero sereno y sin temor a nada. Comprendí que tenía que hacer algo; no podía quedar así y aquí el cadáver de mi pasado.

»Con toda tranquilidad reflexioné lo que me convenía hacer. Me levanté de esa

silla, y tomándome el pulso, quiero decir, tomando el pulso al otro, me convencí de que ya no vivía.

»Salí del cuarto dejándolo aquí encerrado, bajé a la huerta, y con un pretexto me puse a abrir una gran zanja. Ya sabes que siempre me ha gustado hacer ejercicio en la huerta. Despaché a los criados y esperé la noche. Y cuando la noche llegó cargué a mi cadáver a cuestas y lo enterré en la zanja. El pobre perro me miraba con ojos de terror, pero de terror humano; era, pues, su mirada una mirada humana. Le acaricié diciéndole: "No comprendemos nada de lo que pasa amigo, y en el fondo no es esto más misterioso que cualquier otra cosa…"».

—Me parece una reflexión demasiado filosófica para ser dirigida a un perro —le dije.

—¿Y por qué? —replicó—. ¿O es que crees que la filosofía humana es más profunda que la perruna?

—Lo que creo es que no lo entendería.

—Ni tú tampoco, y eso que no eres perro.

—Hombre, sí, yo lo entiendo.

—¡Claro, y me crees loco!…

Y como yo callara, añadió:

—Te agradezco ese silencio. Nada odio más que la hipocresía. Y en cuanto a eso de las alucinaciones, he de decirte que todo cuanto percibimos no es otra cosa, y que no son sino alucinaciones nuestras impresiones todas. La diferencia es de orden práctico. Si vas por un desierto consumiéndote de sed y de pronto oyes el murmurar del agua de una fuente y ves el agua, todo esto no pasa de alucinación. Pero si arrimas a ella tu boca y bebes y la sed se te apaga, llamas a esta alucinación una impresión verdadera, de realidad. Lo cual quiere decir que el valor de nuestras percepciones se estima por su efecto práctico. Y por su efecto práctico, efecto que has podido observar por ti mismo, es por lo que estimo lo que aquí me sucedió y acabo de contarte. Porque tú ves bien que yo, siendo él mismo, soy, sin embargo, otro.

—Esto es evidente…

—Desde entonces las cosas siguen siendo para mí las mismas, pero las veo con otro sentimiento. Es como si hubiese cambiado el tono, el timbre de todo. Vosotros creéis que soy yo el que he cambiado y a mí me parece que lo que ha cambiado es todo lo demás.

—Como caso de psicología… —murmuré.

—¿De psicología? ¡Y de metafísica experimental!

—¿Experimental? —exclamé.

—Ya lo creo. Pero aún falta algo. Ven conmigo.

Salimos de su cuarto y me llevó a un rincón de la huerta. Empecé a temblar como un azogado, y él, que me observó, dijo:

—¿Lo ves? ¿Lo ves? ¡También tú! ¡Ten valor, racionalista!

Me percaté entonces de que llevaba un azadón consigo. Empezó a cavar con él

mientras yo seguía clavado al suelo por un extraño sentimiento, mezcla de terror y de curiosidad. Al cabo de un rato se descubrió la cabeza y parte de los hombros de un cadáver humano, hecho ya casi esqueleto. Me lo señaló con el dedo diciéndome:

—¡Mírame!

Yo no sabía qué hacer ni qué decir. Volvió a cubrir el hueco. Yo no me movía.

—¿Pero qué te pasa, hombre? —dijo sacudiéndome el brazo.

Creí despertar de una pesadilla. Lo miré con una mirada que debió de ser el colmo del espanto.

—Sí —me dijo—, ahora piensas en un crimen; es natural. ¿Pero has oído tú de alguien que haya desaparecido sin que se sepa su paradero? ¿Crees posible un crimen así sin que se descubra al cabo? ¿Me crees criminal?

—Yo no creo nada —le contesté.

—Ahora has dicho la verdad; tú no crees en nada y por no creer en nada no te puedes explicar cosa alguna, empezando por las más sencillas. Vosotros, los que os tenéis por cuerdos, no disponéis de más instrumentos que la lógica, y así vivís a obscuras…

—Bueno —le interrumpí—, ¿y todo esto qué significa?

¡Ya salió aquello! Ya estás buscando la solución o la moraleja. ¡Pobres locos! Se os figura que el mundo es una charada o un jeroglífico cuya solución hay que hallar. No, hombre, no; esto no tiene solución alguna, esto no es ningún acertijo ni se trata aquí de simbolismo alguno. Esto sucedió tal cual te lo he contado, y si no me lo quieres creer, allá tú.

Después que Emilio me contó esto y hasta su muerte, volví a verle muy pocas veces, porque rehuía su presencia. Me daba miedo. Continuó con su carácter mudado, pero haciendo una vida regular y sin dar el menor motivo a que se le creyese loco.

Lo único que hacía era burlarse de la lógica y de la realidad. Se murió tranquilamente, de pulmonía, y con gran valor. Entre sus papeles dejó un relato circunstanciado de cuanto me había contado y un tratado sobre la alucinación. Para nosotros fue siempre un misterio la existencia de aquel cadáver en el rincón de la huerta, existencia que se pudo comprobar.

En el tratado a que hago referencia sostenía, según me dijeron, que a muchas, a muchísimas personas les ocurren durante la vida sucesos trascendentales, misteriosos, inexplicables, pero que no se atreven a revelar por miedo a que se les tenga por locos.

«La lógica —dice— es una institución social y la que se llama locura una cosa completamente privada. Si pudiéramos leer en las almas de los que nos rodean veríamos que vivimos envueltos en un mundo de misterios tenebrosos, pero palpables».

(Extraído de De Esto y Aquello*, t.* II*, por gentileza de Editorial Sudamericana S. A., Buenos Aires).*

T’ao Yuan-Ming">11

La fuente de las flores de durazno
T’ao Yuan-Ming

T’AO YUAN-MING, delicado poeta chino, nació en el año 365 y murió en el 427 de nuestra era. Breve tiempo funcionario, prefirió el retiro de su hogar y su jardín. Su filosofía está compendiada en el siguiente canto fúnebre compuesto por él:

«Si existe la vida, es necesaria la muerte./ Morir demasiado pronto no es un destino cruel./ Ayer era un hombre con todos vosotros,/ ahora estoy con las sombras./ El alma vuela y parte no se sabe adónde,/ el cuerpo inerte yace en el ataúd./ Mis hijas llamarán a su padre en vano,/ mis amigos llorarán inclinándose./ Yo no sabré de lo verdadero y lo falso / no sentiré el bien ni el mal/ Dentro de diez mil años/ ¿quién pensará en mi vergüenza o en mi gloria?/ El único pesar que traigo de la vida/ es no haber bebido suficiente vino».

Bajo la dinastía de las Tsin, un hombre de Wu-Ling, pescador de oficio, se extravió siguiendo un río y ya no sabía cuánto camino había recorrido. De improviso descubrió un bosque de durazneros en flor que se alzaba en ambas orillas, a varios centenares de pasos, sin que hubiese allí un árbol de otra especie diferente. Los matorrales florecidos eran bellos y perfumados y los pétalos caídos cubrían el suelo.

El pescador, después de admirar el espectáculo, reanudó su camino, queriendo llegar al extremo del bosque. Este terminaba en la fuente misma del río. Allí encontró una montaña. En la montaña había un pequeño túnel a través del cual le pareció ver luz.

Abandonando entonces su barca, entró en esa caverna. Al principio era muy angosta, permitiendo apenas el paso de un hombre. Mas cuando hubo recorrido varias decenas de pasos arribó de pronto a un espacio descubierto y claro.

El terreno era llano; la planicie se extendía a la distancia y se veían hermosas casas. Había campos bien cultivados y bellos estanques, bosquecillos de moreras y de bambúes. Los caminos eran numerosos; por doquier se oían cantar los gallos y ladrar los perros. Pero los hombres y las mujeres que iban y venían, paseando o trabajando, vestían como extranjeros. Y todos, desde los ancianos de cabellos amarillentos hasta

los niños desgreñados, tenían aspecto apacible y feliz.

Cuando descubrieron al pescador, se quedaron asombrados. Le preguntaron de dónde venía, y él les contó. Entonces lo invitaron a entrar en una casa donde le ofrecieron vino y mataron una gallina para obsequiarlo. Y cuando en la aldea se supo que había llegado un hombre, todos vinieron para hablarle e interrogarlo.

En cuanto a ellos mismos, le explicaron que sus antepasados, huyendo de las agitaciones de su época, trayendo a sus mujeres, niños y amigos, habían venido a refugiarse en ese rincón perdido de donde jamás volvieron a salir y donde no tenían ningún contacto con el mundo de afuera.

Preguntaron al pescador que dinastía reinaba entonces en China; ni siquiera habían oído hablar de la dinastía Han, y mucho menos de las siguientes.

El pescador les contó en detalle cuanto sabía, y ellos lo escuchaban suspirando. Luego los demás habitantes lo invitaron uno tras otro a sus casas y todos le ofrecieron bebidas y alimentos.

Después de permanecer allí algunos días, el pescador se dispuso a partir. Entonces esos hombres del interior de la montaña le suplicaron que no hablara de ellos. A la salida encontró su barca y emprendió el regreso, señalando cuidadosamente su itinerario. Cuando arribó a la ciudad, se presentó al prefecto y le narró to sucedido. El prefecto despachó a sus hombres para reconocer el camino. Buscaron las señales del pescador, pero bien pronto se extraviaron y no pudieron encontrar el buen camino.

Lieu Tseu-Ki, de Nan-Yang, letrado de mucho mérito, oyendo entusiasmado referir esta historia, quiso ir personalmente. Pero sus indagaciones no tuvieron éxito. Poco más tarde enfermó y murió, y no hubo desde entonces quien saliera en busca de la fuente.

(Traducido de la ANTHOLOGIE RAISONNÉE: DE LA LITTÉRATURE CHINOISE *de G. Margoulies).*

12

Lázaro
Leónidas Andreiev

LEÓNIDAS ANDREIEV nació en 1871, en Orel, Rusia. Llevó una vida pobre y desdichada a la que alguna vez quiso poner fin por su propia mano. Su obra, en la que hay un dejo de cinismo y aún de morbosidad, tiene sin embargo extraordinaria fuerza. Citaremos, entre sus novelas, *Judas Iscariote, La Risa Roja, Los Siete Ahorcados*. Murió en Finlandia en 1919.

1

Cuando Lázaro salió del sepulcro, donde tres días y tres noches yaciera bajo el misterioso poder de la muerte, y, vuelto a la vida, tornó a su casa, no advirtieron sus deudos, al principio, las malignas rarezas que, con el tiempo, hicieron terrible hasta su nombre.

Alborozados con ese claro júbilo de verlo restituido a la vida, amigos y parientes prodigábanle caricias y halagos sin cesar y ponían el mayor esmero en tenerle a punto la comida y la bebida y ropas nuevas.

Vistiéronle hábitos suntuosos con los colores radiantes de la ilusión y la risa, y cuando él, semejante a un novio con su traje nupcial, volvió a sentarse entre los suyos a la mesa, y comió y bebió con ellos, lloraron todos de emoción y llamaron a los vecinos para que viesen al milagrosamente resucitado.

Y los vecinos acudieron y también se regocijaron; y vinieron también gentes desconocidas de remotas ciudades y aldeas y con vehementes exclamaciones expresaban su reverencia ante el milagro… Como enjambres de abejas revoloteaban sobre la casa de María y Marta.

Y lo que de nuevo se advertía en el rostro de Lázaro y en sus gestos, reputábanlo naturalmente como huellas de la grave enfermedad y de las conmociones padecidas.

Era evidente que la labor destructora de la muerte, en el cadáver, había sido detenida por milagroso poder, pero no borrada del todo; y lo que ya la muerte lograra hacer con el rostro y el cuerpo de Lázaro, venía a ser cual el diseño inconcluso de un artista, bajo un fino cristal.

En las sienes de Lázaro, por debajo de sus ojos y en las demacradas mejillas, perduraba una densa y terrosa cianosis; y esa misma cianosis terrosa matizaba los largos dedos de sus manos y también en sus uñas, que le crecieran en el sepulcro, resaltaba ese mismo color azul, con tonos rojizos y oscuros. En algunos sitios, en los labios y en el cuerpo, habíasele resquebrajado la piel, tumefacta en el sepulcro, y en esos sitios mostraba tenues grietas rojizas, brillantes, cual espolvoreadas de diáfana mica. Y se había puesto obeso.

El cuerpo, hinchado en el sepulcro, conservaba aquellas monstruosas proporciones, aquellas protuberancias terribles, tras las cuales adivinábase la hedionda humedad de la putrefacción. Pero el cadavérico hedor de que estaban impregnados los hábitos sepulcrales de Lázaro, y, al parecer, su cuerpo todo, no tardó en desaparecer por completo y al cabo de algún tiempo amortiguóse tambien la cianosis de sus manos y su rostro y se igualaron aquellas hinchazones rojizas de su piel, aunque sin borrarse del todo. Con esa cara presentóse a la gente, en su segunda existencia; pero aquello parecía natural a quienes le habían visto en el sepulcro.

Lo mismo que la cara pareció haber cambiado también el carácter de Lázaro; pero tampoco eso asombró a nadie ni atrajo sobre él demasiado tiempo la atención. Hasta el día de su muerte, había sido Lázaro un hombre jovial y desenfadado, amigo de risas y burlas inocentes. Por esa su jovialidad simpática e inalterable, exenta de toda malignidad y sombra de mal humor, cobrárale tanto cariño el Maestro.

Ahora, en cambio, habíase vuelto serio y taciturno; jamás gastaba bromas a nadie ni coreaba con su risa las ajenas; y las palabras que rara vez salían de sus labios, eran las más sencillas, corrientes e indispensables y tan faltas de sustancia y enjundia, cual esos sonidos con que el animal expresa su dolor y su bienestar, la sed y el hombre. Palabras que un hombre puede pronunciar toda su vida, sin que nadie llegue a saber de que se duele o se alegra su profunda alma.

Así, con la faz de un cadáver, sobre el que, por espacio de tres días, señoreara la muerte en las tinieblas… vestido con sus nupciales ropas, brillantes de amarillo oro y sanguinolenta púrpura, pesado y silencioso, vuelto otro hasta el espanto, pero aún reconocible para todos… sentábase a la mesa del festín, entre sus amigos y deudos.

En anchas ondas, ora dulces, ora sonoramente aborrascadas surgían en torno a él, las ovaciones; y miradas, encendidas de amor, iban a posarse en su rostro, que aún conservaba la frialdad de la tumba; y la tibia mano de un amigo acariciaba la suya, pesada y azuleante. Tocaba la música. Habían llevado músicos y éstos tocaban cosas alegres; y vibraban címbalos y flautas, cítaras y guzlas. Como enjambres de abejas, bordoneaban… como cigarras estridentes… como pájaros, cantaban sobre la venturosa mansión de María y Marta.

2

Un imprudente levantó el velo. Con el soplo indiscreto de una palabra lanzada al azar, rompió el luminoso encanto y en toda su informe desnudez dejó ver la verdad. Aún no se concretara del todo en su mente la idea, cuando sus labios, sonriendo, preguntaron:

—¿Por que Lázaro, no nos cuentas… lo que viste allí?

Y todos guardaron silencio, sorprendidos de aquella pregunta. Parecía como si, por primera vez entonces, se diesen cuenta de que Lázaro había estado muerto tres días y miráronlo curiosos, aguardando su respuesta. Pero Lázaro callaba.

—¿No quieres contárnoslo? —insistió el preguntón con asombro—. ¡Tan terrible era aquello!

Y otra vez su pensamiento fuéle a la zaga a sus palabras; de haberle ido por delante, no habría formulado esa pregunta, que en aquel mismo instante, le destrozaba el corazón con irresistible pánico. Inquietáronse también todos y con ansia aguardaban las palabras de Lázaro; pero éste seguía guardando un silencio grave y frío y sus ojos tenían una mirada vaga. Y otra vez volvieron a notar, como al principio, aquella terrible cianosis de su rostro y aquella repugnante obesidad; sobre la mesa, como olvidadas por Lázaro, yacían sus manos, de un azul rojizo… y todas las miradas involuntariamente fijas, convergían en ellas, cual si de ellas aguardasen la respuesta anhelada. Y seguían tocando los músicos; pero no tardó en correrse hasta ellas el silencio y así como el agua apaga un rescoldo, también aquel silencio apagó los alegres compases. Callaron las flautas; callaron también los sonoros címbalos y las bordoneantes guzlas; y lo mismo que una cuerda que salta, gimió desmayada la canción… y como un trémulo, intermitente sonido, enmudeció también la cítara. Y todo quedó en silencio.

—¿No quieres decírnoslo? —repitió el preguntón, incapaz de contener su lengua. Reinaba el silencio y sobre la mesa descansaban inmóviles las azulosas, rojizas manos de Lázaro. Y he aquí que aquellas manos moviéronse levemente y todos respiraron aliviados y alzaron los ojos; y las fijaron en ellas, y todos a una, con una sola mirada, pesada y terrible, quedáronse contemplando al resurrecto Lázaro.

Era aquél el tercer día, después que Lázaro saliera del sepulcro. De entonces acá, muchos habían sentido el poder aniquilador de su mirada; pero ni aquellos que por ella quedaron destruidos para siempre ni aquellos otros que en las primordiales fuentes de la vida, tan misteriosas como la propia muerte, encontraron valor para afrontarla… jamás pudieron explicarse lo horrible que, invisible, yacía en el fondo de sus negras pupilas. Miraba Lázaro de un modo sencillo y sereno, sin deseo de descubrir cosa alguna, ni intención de decir nada… hasta miraba fríamente cual si fuese del todo ajeno al espectáculo de la vida. Y eran muchos los despreocupados que tropezaban con él y no lo notaban, y, luego, con asombro y pavor, reconocían quien era aquel hombre obeso y flemático que los rozaba con la orla de su lujosa y brillante

túnica. Seguía brillando el sol cuando miraba él, y seguía manando, cantarina, la fuente y no perdían los cielos su color cerúleo; pero el hombre que caía bajo su mirada enigmática, ya no oía el rumor de la fuente ni reconocía los nativos cielos.

Unas veces, rompía a llorar con amargura; otras, desesperado, se arrancaba los cabellos y, como loco, gritaba pidiendo socorro; pero lo más frecuente era que, con toda calma e indiferencia, empezara a morirse y siguiera muriéndose durante largos años, muriéndose a vista de todos, muriéndose descolorido, bostezante y tedioso como un árbol que se va agotando en silencio sobre una tierra pedregosa. Y los primeros, los que gritaban y enloquecían, volvían luego a la vida; pero los otros… nunca.

—¿De modo, Lázaro, que no quieres contarnos lo que viste allí? —Por tercera vez repitió el preguntón. Pero ahora su voz era indiferente y brumosa y mortecina y un tedio gris miraba por sus ojos. Y sobre todas las caras extendióse como polvo, aquel mismo tedio mortal y con romo asombro miráronse unos a otros los comensales, sin comprender por que se habían reunido allí, en torno a aquella rica mesa. Dejaron de hablar. Con indiferencia pensaban que debían irse a sus casas, pero no podían sacudirse aquel pegajoso e indolente tedio, que paralizaba sus músculos, y continuaban sentados, apartados unos de otros, cual nebulosas lucecillas desparramadas por los nocturnos campos.

Pero a los músicos les habían pagado para que tocasen y volvieron a coger sus instrumentos y volvieron a surgir y saltar sus sones estudiadamente alegres, estudiadamente tristes. Toda aquella armonía vertíase sobre ellos, pero no sabían los comensales qué falta les hacía aquello ni a qué conducía el que aquellos individuos pulsasen las cuerdas, inflando los carrillos y soplasen en las tenues flautas y armasen aquel raro, discordante ruido.

—¡Qué mal tocan! —dijo uno.

Los músicos diéronse por ofendidos y se largaron. Detrás de ellos, uno tras otro, fuéronse también los comensales, porque ya estaba anocheciendo. Y cuando por los cuatro costados envolviólos la sombra, y ya empezaban a respirar a sus anchas… súbitamente, ante cada uno de ellos, con el fulgor de un relámpago, surgió la figura de Lázaro; rostro azuleante de muerto, vestidura nupcial lujosa y brillante y fría mirada, del fondo de la cual destilaba, inmóvil, algo espantoso. Cual petrificados quedáronse ellos en distintos sitios y la sombra los circundaba; pero en la sombra, con toda claridad, destacábase la terrible visión, la sobrenatural imagen de aquel que, por espacio de tres días yaciera bajo el enigmático poder de la muerte. Muerto estuvo tres días; tres veces salió y se puso el sol y él estaba muerto; jugaban los chicos, bordoneaba el agua en los guijarros, ardía el polvo, levantado en el camino por los pies de los viandantes… y él estaba muerto. Y ahora otra vez se hallaba entre los hombres…, los palpaba…, los miraba…, ¡los miraba!… Y por entre los negros redondeles de sus pupilas, como al través de opaco vidrio, miraba a las gentes el más incomprensible Allá.

3

Nadie se preocupaba de Lázaro, amigos y deudos, todos sin excepción, lo habían abandonado y el gran desierto que rodeaba la ciudad santa, llegaba hasta los umbrales mismos de su casa. Y en su casa se metía y en su cuarto se instalaba cual si fuese su mujer y apagaba los fuegos.

Nadie se preocupaba de Lázaro. Una tras otra, fuéronse de su lado sus hermanas… María y Marta… Resistióse mucho a hacerlo Marta, porque no sabía quien iría luego a alimentarlo y le daba lástima y lloraba y oraba. Pero una noche, habiéndose levantado en el desierto un huracán que, silbando, zarandeaba los cipreses sobre el techo, vistióse sus ropas con sigilo y con el mismo sigilo se fue. Seguro que Lázaro oiría el ruido de la puerta que, mal cerrada, volteaba sobre sus goznes bajo los intermitentes embates del viento… pero no se levantó ni salió a mirar. Y toda la noche, hasta ser de día, estuvieron zumbando sobre su cabeza los cipreses y crujiendo, quejumbrosa, la puerta, dando paso franco hasta el interior de la casa, al frío y ansiosamente galopante desierto.

Cual a un leproso huíanle todos y como a un leproso querían colgarle al cuello una campanilla, con el fin de evitar oportunamente su encuentro. Pero hubo quién, palideciendo, dijo que sería terrible eso de oír en el silencio de la noche, al pie de la ventana, el tintineo de la campanilla de Lázaro… y todos también, palideciendo, le dieron la razón.

Y como tampoco él se cuidaba de sí mismo, es posible que se hubiera muerto de hambre, si sus vecinos, por efecto de cierto temor, no se hubieran encargado de llevarle la comida. Valíanse para esto de los niños, que eran los únicos que no se asustaban de Lázaro; sino que, lejos de eso, burlábanse de él, como suelen hacerlo, con inocente crueldad, de todos los desdichados.

Mostrábansele indiferentes, y con la misma indiferencia pagaba Lázaro; no sentía el menor antojo de acariciar sus negras cabecitas ni mirar a sus ojillos, brillantes e ingenuos. Rendida al poder del tiempo y del desierto, derrumbóse su casa, y mucho hacía ya que se le fueran con sus vecinos sus hambrientas escuálidas cabras.

Desgarráronsele también sus lujosas vestiduras nupciales. Según se las pusiera aquel venturoso día, en que tocó la música, así las llevó sin mudárselas, cual si no advirtiese diferencia alguna entre lo nuevo y lo viejo, entre lo roto y lo entero. Aquellos vistosos colores se destiñeron y perdieron su brillo; los malignos perros de la ciudad y los agudos abrojos del desierto convirtieron en andrajos su delicado cíngulo.

Un día, que el implacable sol volviérase un verdugo de toda cosa viva y hasta los escorpiones permanecían amodorrados bajo sus piedras, conteniendo su loca ansia de morder, Lázaro, sentado inmóvil bajo los rayos solares, alzaba a lo alto su azulesco rostro y sus greñudas y salvajes barbazas.

Cuando todavía los hombres le hablaban, preguntáronle una vez:

—Pobre Lázaro, ¿es que te gusta estarte sentado, mirando al sol?

Y contestó él:

—Sí.

Tan grande debía de ser el frío de tres días en la tumba y tan profunda su tiniebla, que no había ya en la tierra calor ni luz bastantes a calentar a Lázaro y a iluminar las sombras de sus ojos, pensaban los preguntones y, suspirando, se alejaban.

Y cuando el globo rojizo, incandescente, se inclinaba hacia la tierra, salíase Lázaro al desierto e iba a plantarse frente al sol como si quisiera cogerlo. Siempre caminaba cara al sol, los que tuvieron ocasión de seguirlo y ver lo que hacía por las noches en el yermo, conservaban indelebles en la memoria la larga silueta de aquel hombre alto, sombrío sobre el rojo y enorme disco encendido del astro. Ahuyentábalos la noche con sus terrores y no llegaban a saber lo que hacía Lázaro en el desierto; pero su imagen negra sobre rojo, quedábaseles grabada en el cerebro, con caracteres imborrables. Como una fiera, que revuelve los ojos y se frota el hocico con sus patas, así también apartaban ellos la vista y se restregaban los ojos; pero la imagen de Lázaro quedaba impresa en ellos hasta la muerte.

Pero había individuos que vivián lejos y nunca habían visto a Lázaro y sólo tenían de él vagas referencias. Por efecto de esa curiosidad irresistible, más poderosa todavía que el miedo, aunque del miedo se nutre, con una íntima burla en el alma, llegábanse a Lázaro, que estaba sentado al sol, y lo interpelaban. Por aquel entonces, ya el aspecto exterior de Lázaro había mejorado y no resultaba tan imponente; así que, al pronto, ellos chascaban los dedos y pensaban que los habitantes de la ciudad santa eran unos estúpidos. Pero luego de terminarse el breve coloquio, cuando ya se iban a sus casas, mostraban un aspecto tal, que en seguida los habitantes de la ciudad santa los conocían y comentaban:

—Todavía hay locos que van a ver a Lázaro —y sonreían compasivos y alzaban al cielo los brazos. Llegaban, con estruendo de armas, valientes guerreros que no conocían el miedo; llegaban, con risas y canciones, jóvenes felices; y discretos publicanos, preocupados con el dinero, y los arrogantes ministros del templo detenían sus rebaños junto al hebreo Lázaro…, pero ninguno volvía de allí como había ido. La misma sombra terrible caía sobre las almas y confería un nuevo aspecto al viejo mundo conocido.

Así expresaban sus sentimientos aquellos que se prestaban aún a hablar:

«Todos los objetos, visibles para los ojos y tangibles para la mano, vuélvense vacíos, livianos y translúcidos… semejantes a claras sombras en la bruma nocturna, así se vuelven porque esa misma gran bruma que envuelve toda la creación, no iluminada por el sol ni por la luna, ni por las estrellas, que cual velo negro infinito arropa a la tierra como una madre, envolvíalos a todos; todos los cuerpos penetrábamos, así el hierro como la piedra y soltábanse las partes del cuerpo, faltas de encaje, y en lo hondo de esas partes penetraba también y disgregábanse las partes en partículas; porque ese gran vacío, que envuelve la creación no se colmaba ni con

el sol ni con la luna o las estrellas, sino que imperaba sin límites, por doquiera calaba, separándolo todo, cuerpos de cuerpos y partes de partes; en el vacío hundían sus raíces los árboles y ellos tambien estaban vacíos; en el vacío, amenazando con espectral caída, gravitaban los templos, los palacios y las casas y ellos tambien estaban vacíos; y en el vacío agitábase inquieto el hombre y también resultaba vacío y leve cual una sombra: porque no existía el tiempo y el principio de cada cosa fundíase con su fin; apenas labraban un edificio y aun sus constructores daban martillazos; cuando ya se dejaban ver sus escombros y en el lugar de ellos, el vacío; apenas nacía una criatura, cuando ya sobre su cabeza ardían los blandones fúnebres y se apagaban y ya el vacío ocupaba el lugar del hombre y de los fúnebres blandones; y abrazado por el vacío y la sombra, temblaba sin esperanza el hombre ante el horror de lo Infinito».

Así decían aquellos que aún se prestaban a hablar. Pero es de suponer que aún habrían podido decir más aquellos otros que se negaban a hablar y en silencio morían.

4

Por aquel tiempo había en Roma un escultor famoso. Del barro, el mármol y el bronce creaba cuerpos de dioses y hombres y era tal su divina belleza que todos la reputaban sin igual.

Él, sin embargo, no estaba satisfecho de sus obras y afirmaba que aún había algo más bello que no podía reproducirse ni en el mármol ni en el bronce.

—Aún no pude captar el fulgor de la Tuna —decía— ni tampoco el del sol… y mis mármoles no tienen alma ni mis bellos bronces, vida. —Y cuando las noches de luna, vagaba despacio el artista por la ciudad y, recortando las negras sombras de los cipreses, se deslizaba con su blanco jirón bajo la luna, los amigos que se lo encontraban, echábanse a reír afectuosamente y decían:

—¿Es que andas tras de cazar el fulgor de la luna, Aurelio? ¿Por qué no te trajiste un cesto?

Y él, también riendo, señalaba a sus ojos:

—Estos son mis cestos, en los que recojo la luz de la luna y el resplandor del sol.

Y era verdad; brillaba en sus ojos la luna y el sol resplandecía en ellos. Sólo que no podía trasladarlos al mármol y aquél era el luminoso dolor de su vida.

Procedía de antiguo linaje patricio, estaba casado con una mujer de buena condición, tenía hijos y no podía sufrir deficiencia de ninguna clase.

Luego que hubo llegado a sus oídos la vaga fama de Lázaro, consultó con su mujer y sus amigos y emprendió la larga peregrinación a Judea, al solo fin de ver con sus propios ojos a aquel hombre milagrosamente resucitado. Sentíase por aquel entonces un tanto aburrido y esperaba reavivar con aquel viaje su adormecida atención. Cuanto le habían referido del resucitado, no fue parte a intimidarlo; había meditado mucho sobre la muerte, y aunque no le resultaba simpática, menos simpáticos le eran todavía aquellos que la descartaban de su vida.

—A este lado… la bellísima vida; a este otro… la enigmática muerte —pensaba él— y nada mejor podía discurrir el hombre que lo vivo…, alegrarse con la vida y la belleza es lo vivo. Y hasta sentía cierto presuntuoso deseo; ver a Lázaro con la verdad de sus ojos y volver a la vida su alma de igual modo que volviera su cuerpo. Lo cual le parecía tanto más fácil cuanto que aquellos rumores sobre el resucitado, raros y medrosos, no expresaban toda la verdad acerca de él y solamente de un modo confuso prevenían contra algo espantoso.

Ya se levantaba Lázaro de la piedra para seguir al sol que iba a ocultarse en el desierto, cuando hubo de llegarse a él un opulento romano, seguido de un esclavo armado, y en voz recia, le dijo:

—¡Lázaro!

Y reparó Lázaro en el bello arrogante rostro nimbado por la fama y las radiantes vestiduras y las gemas que centelleaban al sol. Los rojizos rayos del astro daban a la cabeza y a la cara un cierto parecido con el bronce vagamente brillante… y Lázaro lo advirtió. Sentóse dócilmente en su sitio y agobiado, bajó la vista.

—Sí… no tienes nada de bello, mi pobre Lázaro —dijo lentamente el romano, jugando con su cadenilla de oro—. Incluso terrible pareces, mi pobre amigo; y la muerte no anduvo perezosa el día que tan imprudentemente caíste en sus brazos. Pero estás inflado como un tonel y los gordos son gente buenaza, por lo general —decía el gran César— y no me explico por qué la gente te tiene tanto miedo. ¿Me permitirás pasar la noche en tu casa? Es tarde ya y no tengo posada.

Nadie hasta entonces pidiérale hospitalidad por una noche en su casa al resucitado.

—Yo no tengo casa —dijo Lázaro.

—Yo soy algo marcial y puedo dormir sentado —respondióle el romano—. Encenderemos lumbre…

—Yo no tengo fuego.

—Pues entonces, nos sentaremos en la sombra, como dos amigos y conversaremos. Pienso que tendrás algo de vino…

—Yo no tengo vino.

El romano echóse a reír.

—Ahora comprendo por que estás tan sombrío y descontento de tu segunda vida. ¡Te falta el vino! Bien…; es igual, nos pasaremos sin él; mira, hay manantiales cuyas aguas se suben a la cabeza lo mismo que el falerno.

Despidió con un gesto al esclavo y ambos se quedaron solos. Y de nuevo rompió a hablar el escultor; pero habríase dicho que, juntamente con el sol declinante, íbase la vida de sus palabras y quedábanse pálidas y hueras… cual si se tambaleasen sobre sus mal seguros pies, como si resbalasen y cayesen, ebrias de un vino de pena y desesperanza. Y dejáronse ver negros resquicios entre ellas…, cual remotas alusiones al gran vacío y a la gran tiniebla.

—¡Ahora soy tu huésped y no me ofenderás, Lázaro! —dijo—. La hospitalidad es un deber, incluso para quién estuvo muerto tres días. ¡Porque tres días, según me han dicho, estuviste en el sepulcro!… ¡Oh y qué frío debe de hacer allí!… Allí debiste aprender esa mala costumbre de prescindir del fuego, aún en invierno… Con lo amante que soy yo de la luz… y lo pronto que oscurece aquí… Tienes un diseño muy interesante de cejas y frente; se diría las calcinadas ruinas de un palacio, después de un terremoto. ¿Pero por qué vas vestido de un modo tan raro y feo? Yo he visto a los recién casados en vuestro país y hay que ver como van vestidos… de un modo tan ridículo… ¡Tan horrible!… Pero ¿acaso eres tú uno de ellos?

Ocultábase ya el sol, negras sombras gigantescas venían del oriente…; cual pies enormes y descalzos hacían crujir la arena y un leve escalofrío corríase por la espalda.

—En la sombra pareces todavía más grande, Lázaro; se diría que has engordado en este instante. ¿No será que te alimenta la sombra?… Pero yo daría algo por tener aquí fuego…, por poco que fuere…, solamente unas brasas… Si no estuviera esto tan oscuro, diría que me estás mirando, Lázaro… Sí, no hay duda que me miras… Porque lo siento…; sí…, y ahora te has sonreído.

Hízose de noche y el aire se llenó de una pesada negrura.

—¡Qué gusto mañana, cuando vuelva a salir el sol!… Porque has de saber que yo soy un gran escultor, por lo menos eso dicen mis amigos. Yo creo…; sí…, eso se llama crear…; pero para eso necesito la luz del día. Infundo vida al frío mármol, moldeo en el fuego el sonoro bronco, en el radiante, cálido fuego. ¿Por qué me has tocado con tu mano?

—Vámonos —dijo Lázaro—. Eres mi huésped.

Y ambos se encaminaron a la casa. Y la larga noche tendióse por la tierra. No aguardaba el esclavo a su señor y marchó en su busca cuando ya iba alto el sol. Y vio con asombro, cara a los quemantes rayos del sol, que estaban sentados, uno junto al otro, Lázaro y su amo, y fijos en lo alto los ojos, callaban. Echóse a llorar el esclavo y gritó recio:

—Señor, ¿qué te pasa? ¡Señor!

Aquel mismo día regresó el escultor a Roma. Todo el camino fue Aurelio ensimismado y silencioso, mirándolo todo de hito en hito… la gente, los barcos, el mar…, y habríase dicho que hacía esfuerzos por recordar algo. Sobrevino en el mar una recia tempestad y todo el tiempo que duró estúvose Aurelio sobre cubierta mirando las olas que se encrespaban y caían. Al llegar a su casa chocóles a sus

deudos el terrible cambio que sufriera; pero él los tranquilizó diciéndoles estas ambiguas palabras:

—Lo encontré.

Y sin quitarse aquel sucio traje con que hiciera el camino, puso inmediatamente manos a la obra, y el mármol plegábase dócil, retumbando bajo los recios martillazos. Larga y tensamente estuvo trabajando el artista, sin siquiera interrumpir su labor para tomar un bocado, hasta que, al fin, una mañana anunció estar ya terminada su obra y mandó llamar a los amigos, severos estimadores y expertos en achaques de buen gusto. Y en tanto llegaban, vistióse ropas suntuosas, de fiesta, brillantes de oro rubio, rojas de púrpura.

—He ahí lo que he creado —dijo pensativo. Miraron sus amigos y la sombra del más profundo agravio cubrió sus semblantes. Era aquello algo monstruoso, sin forma conocida habitual, pero no exento de cierto aire novedoso, de cosa nunca vista. Sobre una tenue, encorvada florecilla, o algo semejante, posábase torcido y raro, el ciego, informe y arrugado pecho de alguien vuelto hacia adentro, de unos trazos que pugnaban impotentes por huir de sí mismos. Y al azar, por debajo de uno de esos salientes, bárbaramente clamantes, veíase una mariposa admirablemente esculpida, de alitas translúcidas, como temblando en impotente ansia de volar.

—¿Por que esa admirable mariposa, Aurelio? —preguntó uno, indeciso.

—No sé —respondióle el escultor.

Pero era preciso decir la verdad; y uno de los amigos, aquel que quería más a Aurelio, con tono firme dijo:

—¡Eso es algo informe, mi pobre amigo! Hay que destruirlo. Dame acá el martillo. —Y de dos martillazos destrozó al monstruoso grupo, dejando sólo aquella mariposa, admirablemente esculpida.

A partir de aquel día, ya no volvió Aurelio a crear nada. Con absoluta indiferencia miraba el mármol y el bronce y todas sus divinas creaciones anteriores, en las cuales anidara la belleza inmortal. Pensando despertarle su antiguo fervor por el trabajo, vivificar su alma mortecina, lleváronlo a contemplar las más bellas obras de otros artistas…, pero no sacudió ante ellas su apatía y la sonrisa no vino a caldear sus cerrados labios. Y sólo, después que le hubieron hablado largo y tendido de la belleza, objetó cansado y bostezante:

—Pues para que lo sepáis, todo eso es… mentira.

Pero de día, en cuanto brillaba el sol, salíase a su espléndido jardín construido con un alarde de arte y buscando allí un lugar adonde no hiciese sombra, entregaba su desnuda cabeza y sus nublados ojos a su brillo y su flama. Revoloteaban por allí mariposas rojas y blancas; en la marmórea fuente corría, chapoteaba el agua, manando de las crispadas fauces de un sátiro; y él se estaba allí sentado, sin moverse… cual pálido trasunto de aquel que en la profunda lejanía, en las mismas puertas del pedregoso yermo, permanecía así también, sentado y sin moverse, bajo los ardientes rayos del sol.

5

Y hete aquí que hubo de llamar a Lázaro a su palacio, el propio divino Augusto.

Vistieron suntuosamente a Lázaro, con solemnes atavíos nupciales, como si el tiempo los legitimase y hasta el fin de sus días hubiese de seguir siendo el navío de una novia ignorada. Parecía como si a un viejo y podrido féretro que ya empezaba a pudrirse y deshacerse, le hubiesen dado capa de oro y colgádole nuevos y alegres cascabeles. Y triunfalmente llevándolo entre todos, todos ataviados y brillantes, cual si de verdad fuese aquel un viaje de bodas y trompeteaban los batidores en sus trompetas pidiendo paso para el legado del emperador. Pero desiertos estaban los caminos de Lázaro; su país entero maldecía ya el nombre del resucitado y el pueblo huía al solo anuncio de su aproximación terrible. Las trompetas eran las únicas que sonaban y el desierto les respondía con sus largos ecos.

Lleváronlo luego por el mar. Y fue el más lujoso y el más triste navío que jamás se hubiese reflejado en las ondas del Mediterráneo. Muchos pasajeros iban a bordo de él, pero resultaba silencioso como una tumba y parecía cual si llorase el agua, al hendirla la aguda y esbelta proa. Solo iba allí sentado Lázaro, expuesta al sol la frente; escuchaba el rumor de las olas y callaba mientras lejos de él, en confuso enjambre de tristes sombras, sentábanse y bostezaban marineros y embajadores. Si en aquellos momentos hubiese estallado una tempestad y desgarrado el viento las rojas velas, es seguro que el bajel habríase hundido, sin que ninguno de los que a bordo llevaba hubiese tenido fuerzas ni deseo de luchar por su vida. Haciendo un supremo esfuerzo, asomábanse algunos a la borda y fijaban ansiosos la vista en el azul, diáfano abismo… ¿No se deslizarían por entre las ondas los hombros rosados de una náyade? … ¿No retozaría en ellas, levantando con sus cascos ruidosos surtidores, algún ebrio centauro, loco de alegría? Pero desierto estaba el mar y mudo y vacío el ecuóreo abismo.

Indiferente recorrió Lázaro las calles de la ciudad eterna. Habríase dicho que toda su riqueza, sus grandes edificios, erigidos por titanes, todo aquel brillo y belleza de un vivir refinado…, eran para él apenas otra cosa que el eco del viento en el desierto, el reflejo de las muertas inestables arenas. Rodaban las carrozas, pasaban densos grupos de gentes recias, gallardas, bellas y altivas, fundadoras de la ciudad eterna y orgullosas partícipes de su vida; sonaban canciones…, reían las fuentes y las mujeres con su risa perlada…, filosofaban los borrachos… y los que no lo estaban escuchaban sus discursos, y los cascos de los corceles aporreaban a más y mejor las piedras del pavimento. Y rodeado por doquiera de alegre rumor, cual un frío manchón de silencio, cruzaba la ciudad el sombrío, pesado Lázaro, sembrando a su paso el desánimo, sombra y una vaga, consuntiva pena.

—¿Quién se atreve a estar triste en Roma? —murmuraban los ciudadanos y fruncían el ceño; pero ya, al cabo de dos días, nadie ignoraba en la curiosa Roma al milagrosamente resucitado y con terror se apartaban de él.

Pero también allí había muchos osados que querían probar sus fuerzas y Lázaro acudía dócilmente a sus imprudentes llamadas. Ocupado en los asuntos de Estado, tardó el emperador en recibirlo y por espacio de siete días enteros anduvo el milagrosamente resucitado por entre la muchedumbre.

Y una vez hubo de llegarse Lázaro a un alegre borracho y éste riendo con sus rojos labios, lo saludó diciendo:

—¡Ven acá, Lazaro, y bebe!… ¡Que Augusto no podrá contener la risa, cuando te vea borracho!

Y reían aquellas mujeres desnudas, borrachas, y ponían pétalos de rosa en las azulosas manos de Lázaro. Pero no bien fijaban los borrachos sus ojos en los ojos de Lázaro… ya se había acabado para siempre su alegría. Toda su vida seguían ya borrachos; no bebían ya, pero no se les pasaba la jumera… y en vez de esa jovial locuacidad que el vino infunde, sueños espantables ensombrecían sus mentes infelices. Sueños horribles venían a ser el único pábulo de sus almas desatentadas. Sueños horribles, lo mismo de noche que de día, tenían los cautivos de sus monstruosos engendros y la muerte misma era menos horrible que aquellos sus fieros pródromos.

Pasó una vez Lázaro por delante de una parejita de jóvenes, que se amaban y eran bellísimos en su amor. Estrechando ufano y recio entre sus brazos a su amada, dijo el joven con honda compasión:

—Míranos, Lázaro, y alégrate con nosotros. ¿Hay acaso en la vida algo más poderoso que el amor?

Y miró Lázaro. Y toda su vida siguieron ellos amándose, pero su amor se les volvió triste y sombrío cual aquellos cipreses sepulcrales, cuyas raíces se nutren de la podredumbre de las tumbas y cuyas agudas y negras copas tiéndense afanosamente al cielo en la plácida hora vespertina. Lanzados por la misteriosa fuerza de la vida uno en brazos del otro, iban sus besos mezclados con lágrimas, su placer, con dolor, y ambos sentíanse como dos esclavos; cual dos sumisos esclavos de la vida exigente y servidores sin rechistar de la amenazante silenciosa Nada. Eternamente unidos, eternamente separados, chisporroteaban como chispas y como chispas se apagaban en la ilimitada oscuridad.

Y pasó Lázaro junto a un orgulloso sabio y el sabio le dijo:

—Yo ya sé todo cuanto puedas decir de horrible, Lázaro… ¿Con qué podrías tu asustarme ya?

Pero al cabo de breve tiempo, ya sintió el sabio que conocer lo horrible… no es todavía lo horrible y que la visión de la muerte… no es todavía la muerte. Y sintió asimismo que la sabiduría y la necedad vienen a ser iguales ante la faz de lo Infinito, porque el Infinito no sabe nada de ellas. Y borróse el lindero entre visión y ceguera, entre verdad y mentira, entre el arriba y el abajo, y su pensamiento informe quedóse colgando en el vacío. Y entonces llevóse el sabio las manos a la cana cabeza y clamó, desolado:

—¡Ay, que no puedo pensar! ¡Que no puedo pensar!

Así perecía, ante la mirada indiferente del milagrosamente resucitado, todo cuanto contribuye a afianzar la vida, el pensamiento y su gozo. Y empezaron los hombres a decir que era peligroso llevarlo a presencia del emperador y que era preferible matarlo y enterrarlo en secreto y decirle al César que había desaparecido no se sabía dónde. Y ya se afilaban los cuchillos y jóvenes leales al poder de la vida, apréstabanse con abnegación al homicidio… cuando Augusto mandó que a la mañana siguiente le llevasen a Lázaro y con ello frustró aquellos planes crueles.

Pero ya que era imposible eliminar del todo a Lázaro acordaron los cortesanos atenuar por lo menos la penosa impresión que producía su rostro. Y a ese fin, reunieron hábiles artistas que, toda la noche trabajaron modelando la cabeza de Lázaro. Le recortaron las barbas, y se las rizaron, dándoles una apariencia grata y bella. Desagradable resultaba aquel mortal viso azul de sus brazos y su cara y con colorete se lo quitaron; blanqueáronle las manos y le arrebolaron las mejillas. Repelentes resultaban aquellas arrugas que el sufrimiento marcara en su rostro senil y se las quitaron y borraron del todo y sobre aquel fondo limpio grabáronle con finos pinceles las arrugas de una benévola risa y de una jovialidad simpática y bonachona.

Con absoluta indiferencia sometióse Lázaro a cuanto quisieron hacerle y quedó pronto convertido en un anciano naturalmente gordo, guapo, apacible y cariñoso abuelo de numerosos nietos. Aún no huyera de sus labios la sonrisa con que contara d divertidos chascarrillos, aún perduraba en el rabillo del ojo una mansa ternura senil… tal hacía pensar. Pero a quitarle sus vestiduras nupciales, no se atrevieron, como tampoco lograron cambiarle los ojos…, aquellos cristalillos opacos y terribles, al trasluz de los cuales miraba a las gentes el propio inescrutable Allá.

6

No impresionaron a Lázaro lo más mínimo los imperiales aposentos. Cual si no advirtiese la diferencia entre su derruida casa, a cuyos umbrales llegaba el desierto, y aquel sólido y bello palacio de mármol…; con esa misma indiferencia miraba y no miraba, al pasar.

Y los recios pisos de mármol parecían volverse bajo sus pies semejantes a las movedizas arenas del yermo y aquella muchedumbre de gentes bien vestidas y arrogantes convertíase en algo así como la vacuidad del aire, bajo su mirada. No lo miraban a los ojos al pasar, temiendo quedar sometidos al terrible poder de sus

pupilas; pero cuando por el pesado ruido de sus pisadas sentían que ya pasaba de largo… erguían la frente y con medrosa curiosidad contemplaban la figura de aquel anciano sombrío, corpulento, levemente encorvado, que despacio se adentraba en el propio corazón del imperial palacio.

Si la muerte misma hubiera pasado ante ellos, no los hubiera aterrado más; porque hasta entonces sólo los muertos habían conocido a la muerte, y los vivos sólo de la vida habían, y no había puente alguno entre una y otra. Pero aquel hombre extraordinario conocía a la muerte y tenía una significación ambigua y terriblemente maldita.

—¡Va a matar a nuestro grande, divino Augusto! —pensaban los cortesanos llenos de pavor y lanzaban impotentes maldiciones a la zaga de Lázaro, el cual lentamente y con indiferencia absoluta seguía adelante, adentrándose cada vez más en las honduras del palacio.

Ya estaba también informado el César de la clase de hombre que era Lázaro, y aprestábase a recibirlo. Pero era hombre varonil, sentía toda la magnitud de su enorme e invencible poder y en su fatal entrevista a solas con el milagrosamente resucitado no quería apoyarse en la débil ayuda de la gente. Solo con él, cara a cara los dos, recibió el César a Lázaro.

—No levantes hasta mí tu mirada, Lázaro —ordenóle cuando aquél entró en la cámara—. Me han dicho que tu rostro es semejante al de Medusa y que conviertes en piedra a quien miras. Pero yo quiero mirarte a ti y hablar contigo antes que me conviertas en piedra —añadió con imperial jovialidad, no exenta de terror.

Y llegándose a Lázaro contempló de hito en hito su rostro y sus extrañas vestiduras nupciales. Y padeció el engaño del artístico aliño, aunque su mirar seguía siendo agudo e insolente.

—¡Vaya! Al parecer, no tienes nada de espantoso, respetable anciano. Pero tanto peor para la gente el que lo horrible asuma tan respetable y simpático aspecto. Hablemos ahora.

Sentóse Augusto e interrogando con la mirada tanto como con la palabra, inició el diálogo:

—¿Por que no me has saludado, al entrar?

Lázaro con indiferencia, contestóle:

—No sabía que hubiera que hacerlo.

—Pero ¿quién eres tú?

Con cierto esfuerzo respondió Lázaro:

—Yo he sido un muerto.

—Bien. Ya lo he oído decir. Pero y ahora ¿quién eres?

Lázaro tardó en responder y al cabo repitió con indiferencia y vaguedad:

—Yo he sido un muerto.

—Escúchame, desconocido —dijo el emperador, expresando clara y severamente lo que ya antes pensara— mi imperio es un imperio de vivos; mi pueblo, un pueblo

de vivos y no de muertos. Y tú estás de más aquí. No sé quién seas, no sé lo que allí hayas visto…; pero si mientes, abominaré de tu mentira; y si dices verdad…, abominaré de tu verdad. Siento en mi pecho el palpitar de la vida; en mis manos, el poder… y mis altivos pensamientos, igual que las águilas, recorren con sus alas el espacio. Y allí, a mis espaldas, bajo la salvaguardia de mi poderío, bajo las redes de las leyes por mí promulgadas, viven y trabajan y se alegran los hombres. ¿No oyes esta portentosa armonía de la vida? ¿No oyes ese grito de guerra que lanzan las gentes a la faz del que pasa, provocándole a lucha?

Augusto extendió los brazos en actitud de rezo y solemnemente exclamó:

—¡Bendita seas, grande, divina vida!

Pero Lázaro callaba; y con severidad creciente, continuó el emperador:

—Tú estás de más aquí. Tú, despojo lamentable, medio roído por la muerte, infundes a los hombres tristeza y aversión a la vida; tú, como la oruga de los campos, devoras la pingüe mies de la alegría y dejas la baba de la desesperación y el encono. Tu verdad es semejante al puñal tinto en sangre de nocturno asesino… y como a un asesino voy a entregarte al verdugo. Pero antes quiero mirarte a los ojos. Puede que sólo a los cobardes metan miedo y a los valientes les despierten ansias de combate y victoria…, y, si así fuere, no serás digno del suplicio, sino de un premio… Mírame también tú a mí, Lázaro.

Y al principio parecióle al divino Augusto que era un amigo el que lo miraba… que así era de mansa, de tiernamente halagadora la mirada de Lázaro. No terror, sino una dulce serenidad prometía, y a una tierna amante, a una compasiva hermana… o a una madre parecíase lo Infinito. Pero sus abrazos volvíanse cada vez más fuertes y ya la respiración faltábale a los labios ávidos de besos y ya por entre el suave talle del cuerpo asomaban los férreos huesos, apretados en férreo círculo… y unas garras de no se sabía quién rozaban el corazón y en él se clavaban.

—¡Oh, qué dolor! —exclamó el divino Augusto—. ¡Pero mira, Lázaro, mira!

Lentamente abrióse una pesada puerta, cerrada de siglos y por el creciente resquicio, entróse fría y tranquilamente el amenazante horror de lo Infinito. Y he aquí que como dos sombras penetraron allí el inabarcable vacío y la inabarcable tiniebla, y apagaron el sol; lleváronse la tierra de debajo de los pies y la techumbre de sobre las cabezas. Y dejó de doler el desgarrado corazón.

—Mira, mira, Lázaro —ordenó Augusto, tambaleándose.

Detúvose el tiempo y terriblemente se juntaron el principio y el fin de toda cosa. Aún recién levantado el trono, de Augusto derrumbóse y ya el vacío vino a ocupar el lugar del trono y de Augusto. Sin duda alguna, desplomóse Roma y una nueva ciudad vino a ocupar su puesto y también, a su vez, se la tragó el vacío. Cual colosales espectros, caían y desaparecían en el vacío ciudades, imperios y países y con indiferencia se los tragaban, sin hartarse, las negras fauces de lo Infinito.

—Deténte —ordenó el emperador. Y ya en su voz vibraba la indiferencia e inertes colgaban sus manos y en su afanosa lucha con la creciente tiniebla encendíanse y se

apagaban sus aquilinos ojos.

—Me has matado, Lázaro —dijo de un modo vago y bostezante.

Y aquellas palabras de desesperanza lo salvaron. Acordóse del pueblo, a cuya defensa venía obligado y un agudo, salvador dolor penetró en su corazón agonizante. «¡Condenados a perecer! —pensó con pena—. Sombras luminosas en la tiniebla de lo infinito —pensó con espanto—, frágiles arterias con hervorosa sangre, corazones que saben del dolor y la gran alegría —pensó con ternura».

Y así pensando y sintiendo, inclinando la balanza ya del lado de la vida, ya del lado de la muerte, volvióse con lentitud a la vida para en sus dolores y sus goces, encontrar amparo contra las tinieblas del vacío y el espanto de lo Infinito.

—¡No; no me has matado, Lázaro! —dijo con firmeza—. ¡Pero yo voy a matarte a ti! ¡Ven acá!

Aquella noche, comió y bebió con especial fruición el divino Augusto. Mas de cuando en cuando flaqueábale en el aire la levantada mano y un opaco brillo deslucía el radiante fulgor de sus ojos aquilinos… otras el horror corríale en doloroso escalofrío por las piernas. Vencido, pero no muerto, esperando fríamente su hora, cual una negra sombra permaneció toda su vida a su cabecera, imperando por las noches y cediendo dócilmente los claros días, a los sufrimientos y goces del vivir.

Al día siguiente, por orden del emperador, con un hierro candente quemáronle a Lázaro los ojos y lo volvieron a su tierra. A quitarle la vida no fue osado el divino Augusto.

Volvió Lázaro a su desierto y acogiólo el desierto con sus vientos de alentar sibilante y su calcinante sol. De nuevo se sentó sobre la piedra, levantando a lo alto sus greñudas barbas salvajes y dos negros huecos en lugar de sus quemados ojos, miraban estúpida y terriblemente al cielo. En la lejanía, zumbaba y rebullíase inquieta la ciudad santa; pero en su proximidad todo estaba yermo y mudo; nadie se acercaba al lugar donde dejaba correr los días el milagrosamente resucitado y hacía ya mucho tiempo que los vecinos abandonaran su casa.

Traspasado por el hierro candente hasta lo hondo del meollo, su maldita fama manteníase allí como en emboscada; como desde una emboscada lanzaba él miles de ojos invisibles sobre el hombre… y ya no osaba nadie mirar a Lázaro.

Pero al atardecer, cuando enrojeciendo y guiñando, declinaba el Sol hacia su ocaso, lentamente íbase tras él el ciego Lázaro. Tropezaba con los guijos y caía, obeso y débil; a duras penas se levantaba y seguía andando; y sobre el rojo fondo del poniente, su negro torso y sus tendidos brazos, dábanle un prodigioso parecido con la cruz.

Y sucedió que salió un día al desierto y ya no volvió más. Así por lo visto, acabó la segunda vida de Lázaro, el que había pasado tres días bajo el misterioso poder de la muerte y resucitado milagrosamente después.

(Tomado de las Obras Completas de Andreiev, traducidas del ruso por Rafael Cansinos Assens, y publicadas en la colección Obras Eternas de Editorial Aguilar, que ha autorizado la inclusión de este cuento en la presente edición).

Notas

[1] ¿Qué habrá sido de Waring, desde que tomó el portante? <<

[2] El nombre del barco significa «la familia Apse». De ahí el equívoco (N. Del T.). <<

[3] En español en el original. <<

[4] La búsqueda de una comunicación entre el Atlántico y el Pacífico, en el hemisferio norte, ocupó a varias generaciones de exploradores. El «Paso del Noroeste» se encontró finalmente en las zonas árticas, pero resultó tan intrincado que no se empleó como vía usual de comunicación entre ambos océanos. De ahí el juego que menciona el autor (N. del T.). <<

[5] «Que malos sueños no perturben mi descanso ni las Potestades de las Tinieblas me molesten». <<

[6] Criados que llevan el *jampan*, palanquín o litera de manos. <<

[7] Lakh, 100,000 rupias o 6,600 libras esterlinas. <<

[8] Palafreneros. <<